

30 SEGUNDOS



JMMPEDRÓS



30 SEGUNDOS



30 SEGUNDOS

Autor: JMMPEDRÓS. ®2025

Edición y maquetación propia

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de Copyright y tratados internacionales.

Licencia: Creative Commons Atribución–NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0).

Esta obra puede compartirse, copiarse y adaptarse para fines **no comerciales**, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría.

Autor: JMMPEDRÓS

Para usos comerciales, traducciones editoriales o cualquier otra explotación con ánimo de lucro, es necesario el consentimiento expreso del autor.

Licencia completa:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>

SINOPSIS

En este intrigante relato, exploramos la asombrosa disonancia temporal que enfrenta nuestro protagonista. Sumergido en un mundo donde cada segundo se convierte en una eternidad, se encuentra atrapado en un torbellino de angustia y desesperación.

La historia sigue los pasos de un hombre cuya cordura se desvanece lentamente, mientras lucha con la percepción distorsionada del tiempo. En su frenético viaje, los semáforos en rojo se convierten en su peor pesadilla, cada uno de los 30 segundos que dura el ciclo pareciendo una tortura interminable.

Mientras los peatones cruzan rápidamente la calle, el protagonista se encuentra atrapado en un automóvil, preso de una temporalidad alterada. Cada segundo se estira hasta límites insoportables, convirtiendo su viaje en una agonizante odisea.

A medida que avanzamos en esta narración, somos testigos del progresivo deterioro mental del protagonista, mientras lucha por aferrarse a la realidad y escapar de la prisión temporal en la que se encuentra. La historia nos sumerge en su angustia, despertando nuestros propios miedos y ansiedades relacionados con la percepción del tiempo.

A través de esta historia impactante, exploramos los límites de la mente humana y cómo la distorsión temporal puede llevarnos al borde de la locura. Nos invita a cuestionar nuestra propia relación con el tiempo y nos sumerge en una experiencia absorbente y sobrecogedora.

INDICE

SINOPSIS	2
INDICE	3
PRÓLOGO	5
SEGUNDO 01.....	8
SEGUNDO 02.....	9
SEGUNDO 03.....	10
SEGUNDO 04.....	12
SEGUNDO 05.....	14
SEGUNDO 06.....	15
SEGUNDO 07.....	17
SEGUNDO 08.....	19
SEGUNDO 09.....	20
SEGUNDO 10.....	22
SEGUNDO 11.....	23
SEGUNDO 12.....	24
SEGUNDO 13.....	25
SEGUNDO 14.....	27
SEGUNDO 15.....	30
SEGUNDO 16.....	32
SEGUNDO 17.....	35
SEGUNDO 18.....	37
SEGUNDO 19.....	39
SEGUNDO 20.....	40
SEGUNDO 21.....	42
SEGUNDO 22.....	44
SEGUNDO 23.....	47
SEGUNDO 24.....	51
SEGUNDO 25.....	53
SEGUNDO 26.....	60
SEGUNDO 27.....	65
SEGUNDO 28.....	73

SEGUNDO 29..... 77
SEGUNDO 30..... 82
EPILOGO..... 86

PRÓLOGO

Esta es la historia de un ciudadano común que utiliza su auto para ir a trabajar todos los días. Este hecho indica su falta de civismo por no utilizar los medios de transporte público, que son considerados como centros de propagación de gérmenes y enfermedades, aunque todos estamos expuestos a ellos de alguna forma u otra. Desde nuestra infancia, estamos expuestos a diversos tipos de afecciones y esto nos ayuda a desarrollar inmunidad. A pesar de que nuestras madres nos protegen y desean que nos vistamos con trajes espaciales para ir al colegio.

Después de una breve introducción, nos adentramos en las dificultades que experimenta este ciudadano que elegí para mi historia. ¿Por qué preferí a un hombre? Se preguntarán ustedes. La respuesta es sencilla: soy un varón y me resulta más cómodo narrar esta historia desde la perspectiva de un caballero. Sin embargo, aún no lo presento formalmente:

Su nombre no es relevante, pero para efectos de esta historia, lo llamaremos Juan. Es un hombre común y corriente, con un aspecto ordinario y sin características distintivas. Podría representar a cualquiera de nosotros, y estoy generalizando para facilitar la identificación y comprensión de su situación.

Ahora que hemos aclarado este punto, he decidido narrar la historia en primera persona. De esta manera, espero imprimirle cierta personalidad a Juan, para que los posibles lectores puedan sentir una mayor conexión con él.

El color rojo se asocia frecuentemente con el peligro, la prohibición y la sangre, lo que a menudo lo hace relacionarse con el miedo a la violencia y los delitos, así como también con organizaciones humanitarias. Sin embargo, en el caso de los conductores, es el color que más nos irrita.

El personaje de nuestra historia siempre hace el mismo recorrido, un trayecto que ha sido diseñado por las autoridades durante años con el fin de fastidiar a los usuarios. Hay tantos semáforos en este recorrido que superan la cantidad de cruces de calles y avenidas en esta gran ciudad. Aunque se supone que estos semáforos existen para regular el tráfico, yo creo que más bien lo que hacen es reducir la velocidad de los autos.

Nuestro protagonista nunca logra pasar más de dos semáforos consecutivos en verde. Todo esto ha sido meticulosamente planeado por algún ingeniero de tráfico malvado que parece disfrutar haciendo nuestra vida más difícil. Nosotros somos los conductores, quienes pagamos altos impuestos de circulación para poder transitar por la ciudad. Parece que estamos a merced de las autoridades de tráfico y debemos seguir sus reglas, aunque sean inconvenientes para nosotros.

La historia se desarrolla en una gran ciudad dormitorio en la que salir para llegar a nuestro destino es toda una odisea, y entrar de nuevo cuando todo el mundo tiene la misma idea se convierte en un verdadero suplicio. Como resultado, terminamos haciendo varias horas extras a la semana sin recibir remuneración. Para que se hagan una idea, pasamos más de 30 segundos en cada semáforo, varios minutos más en los atascos de entrada y salida. No he querido hacer la suma exacta del tiempo perdido, la adrenalina des-

perdiciada, la cantidad de bicarbonato consumido ni tampoco las infusiones de manzanilla necesarias para calmar un estómago a punto de explotar, ni hablar del estado de ansiedad.

Finalmente, cuando logremos pasar por innumerables semáforos, pasos de peatones y limitaciones de 30 km/h y, Sin embargo, incluso después de haber superado los desafíos del tráfico, nos encontramos con un nuevo competidor en la forma de un chaval con su potente patinete eléctrico. A menudo, estos patinetes eléctricos son más rápidos y ágiles que los coches, lo que nos deja en una posición aún más desventajosa. Pero al final del día, cuando finalmente podemos entrar en nuestro hogar, nos sentimos como guerreros después de la batalla, habiendo superado los obstáculos y las dificultades del tráfico urbano.

Al abrir la puerta, si por casualidad hacemos algún ruido, entonces se escucha un "¡shh!; ¡shh!; ¡shhh!" pronunciado al unísono por nuestros hijos y esposa, quienes se han convertido en okupas frente a la televisión. En ese momento, me siento invadido por un sabor amargo en la boca, es la bilis acumulada durante todo el día.

En particular, voy a relatar solo un día en el que la rutina domina sobre todas las cosas. Imaginaros a este hombre despertándose con el estridente sonido del despertador, un regalo de boda de alguien que todavía se está riendo a carcajadas. A su lado, la persona con la que duerme, una desconocida de la que ya no queda ni rastro del amor de antaño. Se levanta a oscuras, iluminado solo por la escasa luz de las farolas que se filtra por las rendijas de la persiana. Siente el dolor de una vejiga a punto de explotar y busca desesperadamente las malditas zapatillas que nunca están donde las dejó el día anterior.

Cuando gira el grifo del agua caliente, se encuentra con el calentador al que nunca logra templar el agua, lo que lo obliga a ducharse con agua demasiado caliente o fría. Después de la ducha, el siguiente ritual es afeitarse, pero nunca encuentra una cuchilla nueva que pueda usar, todas están usadas o están en la papelera.

Una vez terminada la ducha, se viste con la ropa que dejó preparada la noche anterior, sin importar si le gusta o no, simplemente es la más cómoda para soportar el trayecto en coche. Luego, revisa su bolsillo para asegurarse de que lleva consigo las llaves del coche y la cartera con la documentación necesaria para conducir.

A pesar de su frustración, decide no despertar a su esposa, ya que teme las consecuencias de una pelea y la posibilidad de un nuevo período de "absentismo sexual forzado". En lugar de eso, trata de mantener la calma y respirar profundamente para relajarse.

Cuando sale del cuarto de baño con la cara hecha un cristo debido al mal estado de su cuchilla, se dirige a la cocina para recalentar el café del día anterior y tomar las magdalenas que, al no haber sido cerradas convenientemente, están duras como piedras. Después de una pelea para masticar los bollos, finalmente baja a sacar al perro. Ahora debe tener mucho cuidado con el dichoso can, ya que está acostumbrado a hacer lo que le da la gana y ponerle el collar es como una lucha libre, en la que siempre gana el que parecía más débil al principio.

Después de luchar por ponerle el collar al perro, este recupera su energía y arrastra a su dueño hasta el ascensor, ya que las escaleras están reservadas para los más atléticos. Una vez fuera, el perro dedica más de un cuarto de hora a husmear en cada rincón donde algún congénere suyo ha orinado antes, a dejar sus heces en la acera y, por supuesto,

a obligar a su dueño a recogerlas con la bolsa, que inevitablemente termina manchando sus manos. Finalmente, libre de las obligaciones impuestas por su mascota, regresa al apartamento y lo devuelve a su lugar favorito, donde tiene su cama, así como recipientes de agua y comida que renueva periódicamente. Luego, puede bajar al garaje y tomar su coche, que todavía está pagando después de 6 años de haberlo adquirido

El hombre sale de su hogar y se adentra en la oscuridad de la calle, iluminada por las farolas. Se dirige hacia su coche, un vehículo antiguo y maltrecho que le ha causado más problemas que beneficios.

Después de verificar los nuevos rasgones que aparecen en el lateral de su coche causados por su vecino de estacionamiento, quien nunca abre su puerta con cuidado debido al poco espacio disponible, el hombre no quiere discutir con él, pero le pide amablemente que espere a salir de su plaza antes de abrir la puerta del acompañante, para evitar rozar su auto. No entiende a comprender la respuesta del vecino, pero este lo mira de arriba abajo como si fuera un extraterrestre. El desagradable encuentro le produce tanta rabia que al salir con su auto por poco se carga la barrera de salida que se acciona antes introduciendo la maldita tarjeta que siempre está en lo más recóndito de su billetera.

Al final consigue Salir del garaje. Antes de llegar a la acera, en la pared hay una señal luminosa de color naranja intermitente que avisa a los soñolientos peatones del peligro de la salida del aparcamiento. Por suerte para él, todavía es temprano y ningún viandante es dañado, pero sí que un gato callejero no tuvo la misma suerte y acabó en un santiamén con sus siete vidas. Nuestro “Fittipaldi” no sé dio ni cuenta.

Después de su terrible experiencia, el hombre finalmente conduce por la avenida a paso de tortuga debido al límite de velocidad de 30 km/h. Se acerca al primer semáforo, que le parece enorme, como Don Quijote confundiendo molinos de viento con gigantes. Sin embargo, el hombre no tiene a su lado a su fiel corcel ni a su fiel escudero.

SEGUNDO 01

«¡La madre que me parió, siempre lo mismo! Nunca en tantos años que llevo pasando por aquí, pillo este semáforo en verde. El día que esté en verde, ese día me compraré un billete de lotería. Será tan excepcional que seguro que me toca el "gordo".

Como siempre, me aílo en mis pensamientos. De esa manera, pienso que el tiempo pasará más rápidamente. ¡Error! Es peor, os lo aseguro. Fijo mi mirada en la pequeña señal para peatones que está en verde y, por alguna de esas casualidades, intento con mi mente poner en marcha uno de mis poderes. Sí, ese que a todos nos gustaría poseer: el dominio de la mente para poder cambiar el color de los semáforos a nuestro antojo, entre otras cosas. Lógicamente, al carecer de este poder, desisto de mi estupidez. Desilusionado y abatido, dirijo mi mirada de manera perdida hacia ningún lugar en concreto.

Como si me hubieran dado una patada en la entrepierna, un ruido atronador me saca de mi abstracción. Giro la cabeza a mi derecha y, ¿qué veo? Al mismísimo Belcebú encarnado en un joven subido en su deportivo de color amarillo chillón, que seguramente se lo compró su papá con la promesa de no matarse ni matar a nadie.

El joven, con cara de estar borracho o algo peor, está parado a mi altura con la ventanilla bajada y el brazo apoyado como si estuviera en la barra de algún bar de mala muerte. ¡El muy hijo de puta! Nos está machacando los oídos a todos con su música a todo volumen, que incluso hace que me vibren los cristales.

Nadie dice nada. Como precaución y a modo de defensa para con mis oídos, subo la ventanilla y, aun así, parece que tengo la discoteca dentro de mi auto. Le dedico una mirada asesina a ver si de esa manera se da por aludido, pero ni por esas deja de mover la cabeza al ritmo de la infernal música. Estoy tentado de gritarle o algo peor, salir de mi auto y llamarle la atención. Pero ahora pobre de mí, ¿qué puedo hacer frente a un energúmeno? ¿Quién no te dice que este tipo esté loco y me dé un navajazo, saque un arma o algo parecido? Se oyen tantas noticias al respecto que me arrugo ante mi cobardía y me digo a mí mismo una frase que me inculcaron de pequeño: 'De valientes están los cementerios llenos'.

Lo siento, pero no voy a ser yo el primero en cambiar este cochino mundo. ¡Qué suplicio! Encima el rugido de sus tubos de escape y el olor a aceite quemado no paran de acompañar a la música, como el martillo pilón de alguna fundición siderúrgica. ¿Y este sol impecable que calienta con especial saña el techo de mi auto? ¿Cuánto falta para cambiar de color? Parece una eternidad, y si le sumamos que no funciona el aire acondicionado (bueno, miento, no dispongo de él), era un extra que ahora me arrepiento tanto que me estaría dando de bofetadas hasta el día del juicio final.

Encima se me amontonan los malos recuerdos que siempre vienen a tocar a mi puerta en estos momentos de máxima tensión. Rebusco en la guantera con la esperanza de encontrar ese cigarrillo que traté de perder de vista, con la esperanza de dejar de fumar. Ahora el día es óptimo para volver a las andadas, nunca se me presentó la ocasión o la excusa para desear un cigarrillo más que a mi vida...

SEGUNDO 02

La música atronadora sigue marcando el ritmo de mi asquerosa vida. ¡No aguanto más! Entre mis dedos temblorosos está ese maldito cilindro de papel y tabaco. A cada chupada que doy, el asco que me doy a mí mismo va en concordancia con el odio que les tengo a la pandilla de peatones que cruzan con la holgazanería propia de la gente que no tiene nada mejor que hacer que pasar delante de mí como si se estuvieran burlando de mi persona. Mi cara refleja mi crispación, siento cómo se forman nuevas arrugas, pierdo pelo y me rasco la cabeza. No sé qué hacer con mis manos y mis pies se mueven inquietos. ¡Mis uñas!, tengo los dedos en carne viva...

Entonces llega el colmo de las desgracias. A mi izquierda observo cómo una moto de alta cilindrada está zigzagueando entre la cola de vehículos que paciente y ordenadamente esperamos el semáforo en verde, pero no, los malditos de dos ruedas, incluyendo bicicletas y patinetes, como siempre se colocan delante. Las motos aceleran en cuanto tienen oportunidad, pero las bicicletas y los patinetes obstaculizan hasta el próximo semáforo, lo que significa que nunca te los quitas de encima, y uno se siente incómodo todo el tiempo, alerta con los cinco sentidos para evitar atropellarlos.

El motorista acelera como si quisiera que todo el mundo supiera lo chula que es su moto. Su acompañante va de paquete. La miro, o más bien, la devoro con la mirada. Quizás sea la única cosa que pueda paliar este cúmulo de desgracias, pero nada es perfecto: la esbeltez y lozanía de la muchacha están reñidas con la mirada de mala leche que me devuelve. Por lo visto, ella sintió mis ansias acariciándole el cogote. Como buen cobarde, rápidamente vuelvo a mi estado. Disimulo todo lo que puedo, buscando algo que ni yo mismo sé lo que es. Ahora soy yo el que siente las miradas de ambos. Me siento como el cazador cazado, deseando más que nunca el color verde. Miro de reojo para ver si se han cansado, pero no.

¡Peligro! El motorista intercambia unas palabras con su compañera y, acto seguido, acciona el caballete, se apea de su cabalgadura y se dirige con paso seguro hacia mi auto. Con los nudillos da unos golpecitos en el cristal de mi ventanilla que, para mí, parecen golpes de martillo. ¿Qué hago? De momento, cagarme en los pantalones, intentar no darme por aludido y rezar al Dios de los cobardes. Ahora, cuando ya percibo que es la segunda vez que llama, entonces ya no me queda más remedio que bajar el cristal de la ventanilla.

Por mi cabeza pasan mil formas de acabar con un ojo morado. Sin embargo, al bajar la ventanilla, una suave fragancia llega a mis narices. No es el puño del motorista estrellándose en mi ojo, sino que, con suma educación, me pregunta por una dirección. A duras penas, le contesto. Me agradece con una sonrisa condescendiente y, al marcharse, me brinda un saludo al estilo militar. Su compañera no disimula su risa, y por poco no estalla en carcajadas. Yo me siento avergonzado y deseo morirme ahí mismo, tratando de disimular la mierda que invade mis calzoncillos. Rezo para que no traspase mis pantalones y manche mi asiento, una mancha que seguramente escandalizaría a cualquiera que la vea, especialmente si la tapicería es clara.

SEGUNDO 03

¿Alguno de ustedes alguna vez ha defecado en los pantalones? Seguramente sí. El líquido caliente que se filtra por todas partes sin que puedas limpiarte, y cuando las heces empiezan a salir, otras que llevan tiempo queriendo salir aprovechan la oportunidad para liberarse.

Es entonces cuando ya no puedes aguantar más y tu cara cambia de color debido al empuje involuntario. En estos menesteres andaba yo cuando observo que al lado de la moto para un coche patrulla, el acompañante de este me observa, desde luego que cara de sospechoso sí que tengo, luego de aguantarme las ganas de cagar el rictus facial le podría recordar perfectamente y como mínimo a un borracho. El agente no sabe qué hacer, ya que debido a que tienen la ventanilla abierta percibo que su emisora transmite una urgencia.

De repente ponen la sirena que aúlla como si fuera una leona en celo, todos se abren a manera del profeta Moisés ordenado se habrán los mares y raudos desaparecen de la escena. Yo aliviado termino de evacuar todo lo que me queda en las tripas. Ahora estoy sentado en una almohadilla de mierda. El tufo es insoportable incluso para mí. No me atrevo a bajar la ventanilla. Empiezo a enloquecer, entre la atronadora música, la mierda que tengo pegada en el culo, el sofocante calor, las burlas del motorista y los viandantes haciendo el claro signo de taparse las narices, entro en una especie de shock. En ese estado, veo o creo ver el baño de caballeros de un hotel de lujo, donde un mayordomo servicial me espera. Me llama por mi nombre, me ofrece toallas limpias y un frasco de perfume.

Acto seguido, me acompaña hacia uno de los cubículos para asearme. Con suma delicadeza, me ayuda a bajar los pantalones y la ropa interior y me limpia el trasero de manera profesional y rápida, sin ninguna mirada acusatoria o reproche. Además, un cuarteto de cámara toca una música suave y relajante, lo que hace que la experiencia sea aún más agradable. La limpieza termina con el ofrecimiento de bebidas espirituosas y un pequeño aperitivo. Después de saciar mi sed y hambre, me dan un suave masaje y me devuelven mi ropa limpia y planchada. Para colmo, mi asistente personal me ayuda a vestirme.

Al momento alguien vuela a tocar en el cristal de mi ventanilla, aturdido miró a ver ¿quién es el hijo de puta que me ha despertado? Aparece un tipo mal encarado vestido con andrajos, con una botella de agua en la mano y en la otra un gastado limpiacristales, automáticamente me fijo en mi limpiaparabrisas, observando con horror el desastre; sin yo enterarme, este malnacido me ha guarreado los cristales, si antes estaban bastante sucios, ahora están peor, enojado y haciendo señas le grito mi protesta, él para toda respuesta escupe, intentando de nuevo arreglar el desaguisado, al ver que es peor el remedio que la enfermedad, bajo la ventanilla y le alcanzo la limosna, el susodicho mira lo que le he dejado en la palma de su mano me mira y con desdén me hace un corte de mangas.

Como propina el desagradecido le da una patada a la puerta, una rabia me invade, se me cruza por la mente apearme y darle su merecido, pero algo en mí me advierte que es una mala idea. Recuerdo que tengo el culo lleno de mierda y además esta clase de gente no tiene nada que perder. Encima me hace burlas y desaparece de mi vista profiriendo insultos y gesticulaciones provocando las risas de los demás.

Me siento humillado y vulnerable, pero trato de mantener la compostura mientras vuelvo a mi auto. Cierro la puerta y me siento en el asiento, tratando de calmarme. Respiro profundamente y trato de concentrarme en lo importante: esperar el semáforo en verde.

Dejo que el motor ronronee, tratando de no pensar en lo sucedido, pero la imagen de aquel hombre burlándose de mí sigue persiguiéndome.

Me siento como un perdedor, como si todo el mundo pudiera ver mi debilidad. Pero sé que eso no es verdad. Todos tenemos momentos difíciles y nadie es perfecto. Respiro profundamente tratando de calmar mi ira, y luego revisar el coche para asegurarme de que no ha sufrido daños. Gracias, todo parece estar bien. Sin embargo, no puedo sacudir la sensación de frustración y enojo que me ha dejado el encuentro con ese individuo.

Esponáneamente, el sonido de una llamada interrumpe mis pensamientos y me hace saltar en el asiento. Es mi mejor amigo, que como siempre parece saber cuándo necesito desahogarme. Contesto el teléfono y le cuento todo lo que ha pasado, desde el semáforo hasta la provocación del extraño en la calle. Él escucha pacientemente y luego me aconseja: —Deja ir la rabia, no vale la pena gastar tu energía en gente así. Mantén la calma y sigue adelante. —

Sus palabras me hacen reflexionar y me doy cuenta de que tiene razón. ¿Por qué dejarme llevar por la ira y permitir que alguien más controle mis emociones? Es entonces cuando respiro hondo, cierro los ojos y me concentro en mis pensamientos positivos. Dejo ir la rabia, como me aconsejó mi amigo, y me enfoco en lo que tengo por delante.

Pero, mis pensamientos me invaden como una horda de jinetes salvajes, sigo sentado en mi coche, atrapado en el tráfico y frente a mí está el semáforo en rojo. Mi paciencia se agota mientras sigo esperando a que cambie a verde. Mirando a mi alrededor, veo la misma escena: conductores frustrados, peatones apresurados y el constante rugido de motores y bocinas.

Siento como mi rabia aumenta cada vez más, maldiciendo a los ingenieros de tráfico y a todas las personas que están frenando mi progreso. ¿Por qué no puedo avanzar? ¿Por qué tengo que seguir esperando?

Mientras tanto, mi mente empieza a divagar, pensando en todos los problemas y preocupaciones que me abruma día a día. Me siento atrapado, como si no hubiera futuro para mí.

SEGUNDO 04

¡Bendito Dios de los cobardes ha parado de sonar la atronadora música! Pero... no puede ser, otra se enlaza a la anterior y no sé lo que es peor si las machaconas canciones de discotecas o estas. Miro con pánico y desazón en todas partes ¿de dónde puede venir semejante atrocidad musical? Ya lo veo son una pareja de gitanos, ella va con una escudilla pidiendo y él empuja un pequeño carro en donde hay una batería, un gran altavoz conectado a un amplificador que a su vez está acoplado a un teclado.

Como si fuera un famoso cantante empuña el micrófono, casi se lo come, se prepara toma aire y acto seguido entre salivazos y toses consigue a duras penas aclarar algo su garganta. Entre sonidos ensordecedores de contundentes baterías, bajos estruendosos, toques de agudas trompetas, saxófonos pasados de tuerca, estridentes rasgueos de guitarras españolas y maracas, suena su voz por encima de todos esos instrumentos como el que surfea encima de una gran ola. Pronto todo ese conglomerado de sonidos me hace sentir muy mal, sin embargo, el joven del deportivo, el motorista y los demás conductores se mueven al son de las rumbas, tangos y pasodobles de un conocido repertorio para espectadores poco exigentes. Al acabar cada canción el personal aplaude yo intento taparme los oídos con las toallas de papel que siempre llevo para alguna que otra emergencia.

Aprovecho la distracción de los demás. Me bajo algo los pantalones y como puedo intento limpiarme el culo. Estando en esa desagradable faena, por el rabillo del ojo noto una presencia. Pegada al cristal está la gitana con su escudilla. Yo, entre el culo lleno de heces con los pantalones bajados, las servilletas llenas de mierda, como comprenderán aquello me sobrecoge de tal manera que mi cara de idiotez rivalizaría con la cara de panoli que se les quedan a las víctimas del famoso timo del tocomochó. La gitana da unos toquecitos al cristal su faz no muestra asombro, ni reproche ni nada que me pueda sentir avergonzado. Su talante se muestra benevolente y conciliador.

De alguna manera, ella me hace señas, intentando decirme que se hace cargo de mi situación. Temeroso pero necesitado, le abro la puerta. Ella entra rápidamente y termina de bajarme los pantalones. Toma suficientes toallas de papel y las moja con el agua de una botella, lo cual es sorprendente ya que no llevo ninguna botella de agua en el coche, especialmente en este calor. Me mira con condescendencia, y yo le devuelvo la mirada de perro apaleado. Sin mediar palabra, con cariño y profesionalidad, me limpia con tanto mimo y cuidado que mi propia madre no se habría comparado con ella.

Con mucho cuidado y respeto me vuelve a subir los pantalones, no sin ante poner los suficientes papeles encima del asiento para no mancharlo en demasía. Estoy tan agradecido que le tiendo un billete de 20 euros, ella me mira, se santigua y acto seguido se despide con una inquietante mirada de pena. Tal como vino se va, con tanta alegría y desparpajo que nadie diría que esta persona pide por necesidad.

Aquel acontecimiento me deja tan aturdido que no sé qué pensar, de momento me siento avergonzado de mí mismo de mis pensamientos, de mi rencor hacia los demás.

Me recuesto en el asiento en un intento de hacerme tan pequeño que me gustaría, ¡no! quisiera desaparecer de este mundo.

SEGUNDO 05

Se han ido los gitanos, pero han dejado algo muy raro en el ambiente. No sabría cómo explicarlo, pero ya no se oyen los ruidos que antes me molestaban. Salgo de mi auto y compruebo que los demás hacen lo mismo. Parece como si antes estuviéramos solos y ahora nos damos cuenta de que tenemos vecinos. Aquí y allá observo cómo se forman corrillos de personas que nunca supieron unos de otros. Los autos están parados y ya no emiten ni ruido ni gases. En la actualidad, el aire está más limpio y se oye a la gente hablar entre ellos. Incluso se escucha cantar y la algarabía que forman los niños traspasa a los mayores que no se atrevían ni en sueños a hablar con los demás. El semáforo sigue en rojo, pero la gente piensa en verde.

Yo, emocionado, abrazo a todo aquel que me encuentro y los demás, entre lágrimas de júbilo, hacen lo propio. Llega la noche y la fiesta continúa, se encienden hogueras aquí y allá. Todos contribuyen, sacando de sus autos todo lo que sea comestible, y los motoristas, ciclistas y viandantes también hacen su parte. Nadie trabaja, nadie se ocupa de sus obligaciones, a partir de ahora la vida es una continua fiesta.

Nada es para siempre. Con el tiempo, los víveres se van agotando y las canciones cesan. Poco a poco la gente deja de hablar entre sí y el hambre comienza a hablar por sí mismo. Ahora, aquellos que tienen algo de comida la esconden, comen a escondidas ya altas horas de la noche, mientras que aquellos que no tienen rondan por las noches en busca de alguien descuidado a quien robar.

Nadie está a salvo. El más fuerte se come al más débil, así como suena. La escasez de alimentos ha provocado que aquellos que antes eran melindrosos y rechazaran cualquier pelo o algo raro en su comida, ahora se dediquen a cazar a los demás.

En este momento me encuentro dentro del auto con el puesto seguro. De vez en cuando, oigo cómo algunos desesperados intentan llamar mi atención, pero sé que, si salgo del auto, seré la cena de alguno de ellos. Ahora la situación es peor que antes: aunque antes nos odiábamos y cada uno iba a lo suyo, éramos de alguna manera útiles para la sociedad. Trabajábamos, nos pagaban un sueldo y consumíamos, produciendo beneficios que a su vez regresaban en forma de trabajo, una rueda que funcionaba. Pero se rompió el eslabón, y con ello, la misma cadena.

El paisaje parece un holocausto, todo lo que alcanza mi vista está repleto de escombros. Aquí y allá proliferan los incendios. Hordas de harapientos hambrientos vagabundean sin rumbo fijo. La destrucción es total, nadie trabaja, nadie se ocupa de sus obligaciones. Las máquinas, que antes eran mantenidas por expertos obreros que ganaban un sueldo y con el mismo compraban bienes, ahora están abandonadas y cubiertas de polvo. La gente se tumba como lagartos al sol, intentando conseguir algo de energía de la luz solar, que es el único alimento.

La anarquía se ha apoderado de este mundo, pero el semáforo sigue en pie en medio del caos, como si el tiempo no pasará por él, majestuoso, gobernando por encima de todos los seres vivos. Nadie puede o debe pasar, y eso es lo único que todavía se respeta.

SEGUNDO 06

Los golpes son tan fuertes que al final no me queda más remedio que atender. Alzo la cabeza con desconfianza y no doy crédito a lo que veo: todo ha desaparecido. No salgo de mi estupor y frente a la ventanilla, un tipo de más de un metro noventa de altura gesticula. Intento adivinar lo que quiere, pero no puedo, todavía estoy aturdido...

El tipo con autoridad vuelve a golpear con más energía. El sol refleja en su uniforme y hace destellar los botones metálicos, lo que me deslumbra. Ya no tengo dudas y tengo que abrir, es la autoridad. Al momento me recrimina mi actitud, él solo quiere saber cómo me encuentro. Me explica que mi forma de proceder no es nada normal. Aunque entiende que hace mucho calor, mis gritos, gesticulaciones y mi comportamiento han alertado a los vecinos. Me observa, buscando una excusa para arrestarme o algo peor, como llamar a los loqueros. En un intento de parecer normal, inicio una conversación hablando de diferentes temas de actualidad, quejándome sobre mi matrimonio y hablando de deportes. El caso es que acierto los temas, lo que crea una empatía entre los dos.

Al cabo de un buen rato lo veo cada vez más convencido de que esto es solo una crisis producida por el calor y las disputas familiares. Como camarada de sufrimiento me guiña el ojo, se sienta a mi lado y no me preguntan cómo, pero saca de sus pantalones una petaca que supuestamente contiene licor y está recubierta de algún metal que me recuerda a la plata. Me la ofrece y dudo un momento, miro a mi alrededor y observa que cada uno está esperando el semáforo en verde. Entonces insiste, casi me mete la botella por los ojos. La verdad es que tengo sed, así que tomo un sorbo, el licor es fuerte, de esos que queman por donde pasan.

Al momento noto un calor que sube desde mi estómago hacia todo mi cuerpo. Él se ríe y a su vez ingiere un buen sorbo. Su cara se enrojece, sus ojos se dilatan y su lengua se suelta. Entonces empieza a llorar, entre hipos me cuenta su desgraciada vida. Intento consolarlo con palabras típicas en estos casos, pero él va a lo suyo y no me escucha. Se establece un monólogo en el que él es el protagonista. Ahora soy yo el que quiere un trago. Me duele la cabeza y solo escucho su monótona y llorona voz. Me taparía los oídos, pero sería de mala educación y podría provocarlo. Observo cómo su arma reglamentaria cuelga de su cinto y temo que, en su delirio, me pegue un tiro. Él parece darse cuenta y me mira extrañado. Entre sollozos me asegura que nunca me haría daño y que es fiel a sus amigos. Para demostrármelo saca su arma, pero yo me echo para atrás en un movimiento instintivo. Me vuelve a asegurar que ni siquiera está cargada y saca todas las balas del tambor para mostrármelo.

Cuando me ve más tranquilo, se ríe como si estuviera loco, toma una de las balas y la coloca de nuevo en el tambor. Luego hace girar el mismo y me apunta. Me echo hacia atrás y trato de abrir la puerta para irme, pero descubro que no puedo moverme, ya que él tiene agarrada mi cabeza. De repente, apunta el arma en mi sien y la amartilla. Estoy aterrado y quiero gritar, pero no puedo. Siento que mi cara es presionada contra el asiento, me cuesta respirar. Escucho el sonido del percutor, pero no sucede nada. Luego, es-

cucho su risa y me dice que ahora es su turno. El sonido de la detonación es ensordecedor y siento una sensación pegajosa de sangre en mi cara, cabello y ropa.

SEGUNDO 07

¿Cómo es posible? Nadie ha oído nada. Miro a mi alrededor en busca de la cara de sorpresa de los demás, pero todo sigue igual. ¿Acaso un policía acaba de perder la vida y nadie se inmuta? Salgo de mi auto, empapado en sangre, y corro de un lado a otro tratando de llamar la atención, pero sólo recibo la indiferencia de los demás. Me pregunto cómo es posible que nadie haya oído nada.

—Por supuesto que nadie oyó nada.

—¡Qué cojones!

—¿De qué te sorprendes?

—¡La madre que me pario!

—¡Cuidado con lo que dices, mal nacido!

—Pero, si te has pegado un tiro.

—Eso lo dices tú.

—¿Cómo es posible?

—Ya ves sigo vivito y coleando, je.je.je...

—Encima te ríes cabronazo, deberías estar tieso

Mientras me sujetaba la cabeza con ambas manos, el policía "resucitado" se incorporó haciendo aspavientos, como si quisiera demostrar lo ridículo de mis afirmaciones. Todo parecía tener una lógica tan aplastante que jamás pensé que todo lo que había sucedido fuera producto de una locura, posiblemente causado por la falta de aire acondicionado.

En esos pensamientos estaba cuando de repente el policía toma su arma reglamentaria y comienza a disparar indiscriminadamente. Sus blancos, que parecen marionetas de trapo, caen abatidos por sus certeros disparos. Nadie corre, ni intenta detener esta locura, no veo a nadie llamar a urgencias o a quien sea necesario.

Los títeres caen al suelo, pero inexplicablemente se levantan y vuelven a su posición inicial. Mientras tanto, el policía no deja de reír y burlarse de mi cara de estúpido. Todo lo que está sucediendo es extraño y surrealista. Los gritos y risas del agente, junto con su constante deseo de demostrarme lo buen compañero que es a costa de mi doloroso hombro, me hace sentir como si estuviera delirando o en el purgatorio purgando mis pecados. Se dice que por muy buenos católicos que seamos, cometemos al menos 5 pecados antes de levantarnos de la cama.

No es que yo sea un beato ni nada parecido, pero sí que soy temeroso de la palabra de Dios. En consecuencia, estaba en ese lugar o estado al que llamamos "Purgatorio" antesala del infierno. Me imagino que la tortura del agente pertenecía a las multas sin pagar. Es posible que mi estancia en el purgatorio sea una oportunidad para reflexionar sobre mis acciones pasadas y arrepentirme de mis pecados. A través del arrepentimiento y la penitencia, podré avanzar hacia la purificación de mi alma y alcanzar la salvación.

Hay que recordar que la fe en Dios y la confianza en su misericordia son fundamentales para superar cualquier prueba. Mantener la esperanza y orar por la ayuda divina para superar esta situación y avanzar hacia la luz divina... Así sea

SEGUNDO 08

Empieza a nevar, un evento poco habitual que siempre me tranquiliza. Es como ver una escena navideña, donde los niños juegan tirándose bolas de nieve. Los más imaginativos, ayudados por las prendas de vestir que los demás no quieren, construyen muñecos de nieve primitivos y horribles.

Yo observo todo como si fuera una película. De repente, escucho las voces de los niños. Todos parecen estar asustados y alborotados, gritando de terror, ya que uno de sus compañeros ha desaparecido. El padre del niño, alertado por los amigos de su hijo, acude rápidamente para intentar rescatarlo. Se pide la colaboración de todos los presentes, incluyendo amigos y familiares del niño, quienes acuden con prontitud. Bajo el mando de las autoridades, se organiza una búsqueda para encontrar al niño desaparecido.

Entre lamentos y sollozos, las autoridades comunican a los padres que no hay ni rastro del niño. Se interroga a los compañeros, pero nadie sabe con certeza qué ha sucedido. Lo único que se atreven a decir es que desapareció repentinamente, como si un gran pájaro se lo hubiera llevado. La policía los atemoriza con las terribles consecuencias que podrían enfrentar si no dicen la verdad, pero cada uno de ellos tiene una versión diferente y fantástica de lo sucedido. Los padres, destrozados, acuden a las personas mayores que estaban presentes en el momento de la desaparición, esperando que puedan dar alguna explicación de lo ocurrido.

Me parte el alma ver a esos padres suplicando por alguna pista o explicación. Las autoridades descartan inmediatamente el asesinato, pero sospechan de un rapto. Registran todos los vehículos, incluso revisando la carga y usando perros rastreadores debajo de un camión de gran tamaño. Nos trajinan como si fuéramos culpables, pero no les guardo rencor. De hecho, somos los más cercanos a los niños, por lo que, lógicamente, deberíamos haber visto u oído algo. Sin embargo, el miedo, la incertidumbre y la prisa nos paralizan a todos. Así son las leyes y nuestra obligación es respetarlas.

Los agentes apelan a nuestro espíritu de la misma manera en que el buen samaritano ayudó al judío apaleado. Cada uno de nosotros busca en lo más profundo de su alma, incluso a pesar de nuestras diferencias. Nos miramos unos a otros con una mirada de complicidad y todos estamos de acuerdo en una sola cosa.

El desfile de padres, familiares y periodistas, que al ver la situación no dudan en llevar en volandas a los desdichados padres, es algo impactante. Incluso renuncian a cualquier hostilidad que puedan sentir hacia ellos. No nos queda más remedio que ayudar o parecer unos desalmados.

¿Sabemos si con nuestra ayuda aparecerá algún día? ¿Podremos traspasar el semáforo en rojo si ayudamos? Estas preguntas lanzadas no reciben respuestas, solo excusas por parte de las autoridades. Nadie se atreve a darnos dicho permiso, y todos se pasan la pelota de unos a otros.

Tenemos las manos atadas. Aunque sabemos que perder un hijo debe de ser lo peor que le puede ocurrir a unos padres, lo primero es lo primero. Todos contestamos lo mismo: lo único que podemos confirmar es que el semáforo sigue todavía en rojo.

SEGUNDO 09

Me vuelvo a meter en mi auto, dejando de lado la desaparición del niño. Todo esto me lleva a ensimismarme en mis recuerdos. En la sucia calle donde vivía, había un niño de mí misma edad, huérfano de madre, pero con una imaginación desbordante. Un día, para protegernos de la lluvia, nos metimos en el hueco de una escalera y allí, motivados por el aburrimiento, el chaval me contó una historia que todavía, después de tantos años, de vez en cuando regurgita en mi mente.

Era una noche sin luna. La negrura se apoderaba de cualquier rincón de la habitación. Al pronto, oyó el sonido de la puerta de su habitación abriéndose. Pensando que era su padre, acostumbrado a darle un beso de buenas noches, ni siquiera se inquietó. Notó cómo se sentaban en su cama, se incorporó para recibir el beso de su papá, pero la sorpresa fue que no era él, sino un chico sentado con las piernas cruzadas mirándolo intensamente. Lo peor era que no tenía ojos, sus cuencas negras y vacías le daban una sensación tan terrorífica que estuvo preso de una parálisis que no le permitió articular palabra alguna. El chico progresó la mano hacia él y de repente un sudor frío le recorrió la espalda, junto con un agarrotamiento que le impidió salir corriendo. Aunque el chico no parecía peligroso, le mostró una caja muy similar a una de zapatos, pero esta era negra como el azabache. Después del primer susto, sintió tanta curiosidad que incluso le exigió que le diera la caja. Sin embargo, el chico se negó y en un parpadeo desapareció, dejando como único rastro la sábana que indicaba que alguien o algo había estado allí. A la mañana siguiente, exaltado, le contó todo a su padre, pero este, como siempre, le echó la culpa a una pesadilla fruto de una cena copiosa a base de macarrones con una buena cantidad de salsa de tomate y queso fundido.

Pasaron los días y siempre ocurría lo mismo: el chico le mostraba la caja y acto seguido se la negaba. El padre, cansado de las persistentes repeticiones de su hijo, decidió mudarse, echando la culpa a la casa donde vivían. Cuando se mudaron a su nueva vivienda, la primera noche transcurrió sin incidentes. Pero después de un tiempo, el niño volvió a contarle a su padre lo mismo que en la anterior casa. No había la menor duda, no era la casa, era el dichoso niño. El padre, muy enojado, le preguntó qué quería ese niño. Su hijo lo miró fijamente y le respondió:

—Ahora me dice que es un niño muy feliz porque ha encontrado a su madre.

—¿Qué madre? le preguntó horrorizado.

—¡Eres tonto papá a la mamá de nosotros dos!

Desde entonces, mi amigo contó a todo aquel que quisiera escucharlo la buena noticia de haber encontrado a su hermano y madre, quienes se suponía que fallecieron en un trágico accidente debido a la explosión de una estufa de gas. Los familiares de la madre, que siempre sospecharon del padre, investigaron el asunto hasta que salieron a la luz las verdades incómodas, y esto terminó salpicándole. El padre, acorralado, no se lo pensó dos veces y se tomó los dos frascos enteros de somníferos que su esposa tomó con rela-

tiva regularidad. Ni mi amigo, ni nadie más se explicaban lo sucedido, pero las malas lenguas dicen que el hermano de mi amigo en realidad no era hijo del mismo padre...

SEGUNDO 10

En ese momento, noto destellos de luz blanca y roja que atraviesan la luneta trasera de mi auto como rayos, llegando hasta el retrovisor y deslumbrándome. Como si fuera poco, mis pobres oídos sufren el estridente sonido de una sirena que anuncia la llegada de un vehículo de seguridad que necesita un paso urgente.

Nadie se mueve. El semáforo tiene prioridad ante cualquier persona, incluso si fuera el mismísimo rey. Todos lo sabemos y todos lo respetamos". Aburrido de hacer ruido, el conductor del vehículo de emergencia apaga las luces y el sonido, y luego baja del vehículo con un cigarrillo tembloroso en la comisura de su gran boca. Se acerca y da unos golpecitos tímidos en mi ventana, diciéndome:

—¿Tiene fuego?

—por supuesto. —le contesto con simpatía.

—¿lleva usted mucho tiempo esperando el verde? —me pregunta esperanzado.

—nada, solo unos 10 segundos. —le respondo con desdén.

—todo un mundo ¿verdad? —dice con un toque irónico, pero a todas luces queriendo emprender una conversación.

—Pero oiga ¿usted no tenía prisa? —le pregunto con voz de idiota que ya sabe la respuesta.

—depende lo que usted entienda por prisa buen hombre. —me contesta con autosuficiencia.

—bueno... a las claras está las luces destellantes y el aullido de la sirena. —le contesto algo burlón.

—No tenga usted cuidado, lo de las luces y la sirena es para impresionar al pasajero que llevo al hospital, nada de particular... —me responde con parsimonia.

—¿Al hospital? entonces sí que es urgente —le largo con incredulidad.

—No se preocupe este ya no tiene prisa, se lo puedo asegurar. —contestó burlón.

—Será porque ya es cadáver ¿No? —pregunté con falso respeto.

—Él sí, pero ella no. —dijo dejándome con la miel en los labios.

—¿Ella? —pregunté queriendo saber más.

—Desde luego los jóvenes siempre tienen prisa. —dijo divertido como si yo tuviera que saberlo todo. ¡Maldito conductor de ambulancias! estaba jugando conmigo a las adivinanzas con lo fácil que es explicarse como es debido.

—¿Ella, es la joven? —pregunté entrando en el juego de los acertijos.

—Pues sí ha acertado usted buen hombre, al tener 40 años menos lo normal es asegurarse que tu marido este bien muerto, como comprenderá hay mucho en juego...

Entonces se abrió la puerta de la ambulancia y de repente ese día tan gris e insignificante se transformó en un bendito día de primavera. Estaba bien claro que ese cadáver había disfrutado de cada segundo con esa diosa que se contoneaba como una de las mejores meretrices que hubiera vivido en este maldito infierno llamado tierra.

SEGUNDO 11

Una vez que la heredera desembarcó, el conductor me ignoró y se dirigió a cumplir los caprichos de la joven viuda. En cierta manera, le agradezco su charla que me hace reflexionar sobre esta vida en la que algunos dicen que hemos venido a aprender. Desde luego, aparte del cadáver de su marido, soy el único que ha aprendido algo. El día sigue su curso habitual, nada fuera de lo común, aunque no puedo evitar notar a los tres niños en el vehículo de mi derecha. Mirando al aburrido padre, deduzco que la divorciada de su mujer se los ha impuesto. Él se quedará con sus amigos amantes del fútbol, para luego beber hasta caer de rodillas, implorando y repitiendo que jamás se volverá a emborrachar. Es inútil si pensamos que, si tú no quieres beber, siempre habrá alguien que se haga llamar a tu mejor amigo para pervertirte y sentirte menos desgraciado que tú.

Lo miro y él me devuelve esa mirada de perro apaleado en busca de un trozo de carne que echarse a la boca. Encogiéndome de hombros, le doy a entender que no puedo hacer nada por él. Él se ha metido en esa cárcel llamada familia y, encima, lo han desterrado. En este momento, seguro que me tiene envidia. Me siento superior, y en mi imaginación él consiguió mantenerme soltero, sin niños que me lloren ni gatos ni perros, y gracias a Dios, tampoco sobrinos. Aunque soy libre, no voy a negar que la soledad me corroe como un cáncer. Pero al verlo con esa cara y soportando a tres niños encerrados en el auto, no puedo menos que sentirme orgulloso de mí mismo. ¿Cuánto durará ese engañoso efecto? La verdad, no lo sé, pero sé que cuando el semáforo cambie de color, aceleraré de tal manera que esta visión pronto abandonará mi mente,

Una vez más, el salpicadero me traiciona. Sí, él tiene niños, mujer y mascotas. Allí están las fotos con el típico lema “Papá vuelve pronto a casa”. Mi cara de idiota pasa de una ancha sonrisa al típico rictus de cuando tropiezas y miras a tu alrededor por si acaso alguien viera lo ridículo de tu comportamiento. Entonces, de ahí viene lo de “tierra trágame”. Me agacho dentro del auto todo lo que puedo y solo asomo un poco la cabeza para poder ver la evolución de esta grotesca situación. ¿La mía o la de él? No lo tengo claro. Yo intentando reírme de él o él sabiendo lo estrambótico y cobarde de mi actitud.

En un momento dado, sentí que había sido descubierto. Los niños dejaron de atormentar a su padre y todos me señalaron, golpeando la espalda de su padre para indicar que había un intruso que los espiaba. El hombre se dio cuenta y miró en mi dirección. ¡Horror! Se bajó del auto y medía... sí, casi dos metros o más. Se acercó a grandes zancadas y golpeó con seguridad mi ventanilla. Yo, desde lo más profundo del auto, asomé mi nariz con cautela y lo miré, él me miró también. ¿Qué hacer? Grité para mí mismo, ¿bajo el cristal?, ¿arranco y me llevo por delante a todos? Finalmente, me encomendé a todos los santos existidos y por haber, accioné el interruptor de la ventanilla y, conforme iba bajando, me incorporé poco a poco, rehaciéndome con la poca dignidad que aún me quedará.

—Buen hombre, mis hijos se preguntan si no tendrá usted agua. —¿Disculpe? —respondiendo con voz de completa idiota.

SEGUNDO 12

Después de buscar por todo el auto como un poseso y finalmente poder cumplir con el deseo de los niños, me aventuré a mirar fijamente hacia el semáforo. Ese rojo intenso como la sangre se hizo cada vez más grande y me quedé ensimismado como una polilla atraída hacia la luz que sería su perdición. En ese momento, sentí como si me elevara de mi asiento como si la gravedad no existiera, saliendo por la ventana y observando desde arriba lo insignificante de la situación. Abajo, como las hormigas, estaban todos los autos parados y los peatones circulando a toda prisa, apurando el color verde del muñeco que a grandes zancadas intenta decirnos que ya podemos pasar, pero nunca va más allá del recuadro en el que se encuentra prisionero, igual que los ocupantes de los autos. Pero yo volaba y parecía que de alguna manera iba a pasar el semáforo en rojo, aunque fuera desde arriba. Cuando parecía que mi propósito estaba a punto de cumplirse, una fuerza me obligó a rebotar una y otra vez sin poder lograr mi objetivo.

—¿A dónde va usted, buen hombre? —la pregunta sale de todas partes y de ninguna en particular.

—¿A dónde va a ser? —respondo con otra pregunta, acompañado de una exclamación de incredulidad— ¡a pasar el semáforo, por supuesto!

—Lo siento, no puede pasar, el semáforo sigue en rojo —me responde con mucha autoridad.

—¿Y quién me lo va a impedir? —le pregunto desafiante.

—Usted mismo, por supuesto —contesta muy tajante.

—¿Yo? —pregunto con cara de nunca haber roto un plato en la vida.

—Sí, usted —remacha sin opción a réplica.

—Vale, entonces me contradigo a mí mismo —respondo envalentonado por mis propias tonterías.

—Inténtelo de nuevo y comprobará lo equivocado que está —dice en un tono de autosuficiencia que ya lo quisiera para mí mismo.

En efecto, por mucho que insisto, reboto como una pelota de goma. Después de varias intentonas, un sonido se cuela en mi particular inquietud. Ese molesto sonido se clava en mi mente como un martillo pilón. Tras resistirme a duras penas, despierto con un mal sabor de boca y dolor de cabeza. Miro a mi alrededor y observo que estoy de vuelta en mi punto de partida, con el color rojo sangre invadiendo todo el interior del auto.

Me giro en dirección al molesto ruido. ¡En este momento sí, en este mismo momento!, acaban de empezar las obras en la acera contigua. El martillo percutor devorador de hormigón, movido por el aire comprimido junto con el compresor que lo alimenta de aire, están a toda máquina produciendo un ruido infernal que rivalizaría con el ruido de la fragua de unos altos hornos. Salgo del auto dispuesto a pelearme con estos molinos de viento. Al llegar a su altura, la persona que maneja el percutor, sin dejar de trabajar, me mira. Acto seguido, disimulando, me doy media vuelta. Puede que sea idiota, pero no estoy loco, no soy ningún Quijote...

SEGUNDO 13

Después de mi comportamiento avergonzado, no me queda más remedio que soportar este suplicio. De repente, me doy cuenta de que estoy acompañado por una joven de mal aspecto. No puedo creerlo y me pregunto: ¿desde cuándo está aquí? No sé si me preocupa lo que pueda haber visto o, por el contrario, ¿cómo demonios se ha metido en mi auto sin que yo me diera cuenta?

—Perdone señor, es una emergencia —me dice con cara de perrito abandonado. Yo no digo nada, solo la observé. La verdad es que su aspecto delata que ha sufrido alguna agresión. En ese momento, ella asustada mira por la ventanilla y al observar un peligro que desde luego no logro identificar, se agacha haciéndose todo lo invisible que puede.

Sigo observando la situación. Alguien está corriendo entre los autos. Un tipo fornido con cara de pocos amigos avanza a grandes zancadas tocando las ventanillas de los diferentes autos, obligando a sus ocupantes a salir de sus vehículos. ¿Quién es el guapo que le dice que no? Nadie en absoluto le planta cara. Está claro que este puede ser el temor de la chica. Cruzamos nuestras miradas. No dice nada, pero su mirada me lo dice todo.

Dispongo de una pequeña manta de viaje por si acaso. Rápidamente le indico a la chica que se ponga debajo de mis pies tapándose con la manta. Cuando el mastodonte llega a nuestra altura, me hace señas de que baje del auto. En un alarde de caballero andante, me dispongo a salvaguardar la honra de mi doncella, negándome. Él insiste. Cruzamos nuestra mirada. Yo, como uno de los mejores artistas dramáticos, aunque esté cagado por dentro, ensayo mi mirada de implacable asesino. Para sorpresa mía y de mis ancestros, el mastodonte solo se conforma con mirar por la ventanilla, sin abrir la puerta ni obligarme a bajar del auto. Convencido, se marcha gesticulando y maldiciendo su mala suerte. Una vez pasa el peligro, la joven sale de entre mis piernas, se suena los mocos y vuelve a su asiento. Como puede, se arregla sus maltrechas ropas en un vano intento de estar lo más decente posible. La miro y ella me devuelve la mirada. Su cara de agradecimiento me lo dice todo. Se acerca tanto que huele a sudor de un animalillo asustado. Para mi sorpresa, empieza a recorrer mis piernas, subiendo cada vez más hasta tocarme en la entrepierna. Es una situación que no me gusta. El caballero andante que llevo dentro se niega a que le paguen su buena obra con favores sexuales. Sería denigrante y nada respetuoso. No quiero herir sus sentimientos y la rechazo con todo el tacto que me es posible. Ella, a su vez, se ríe. Pienso que ella en estos momentos pensará que soy todo un caballero que ha rechazado los favores de una lozana joven y en su particular baremo para medir a las personas, ahora me tiene en alta estima.

—Vaya, me ha impresionado —me dice con un guiño. No digo nada, me siento satisfecho conmigo mismo por haber hecho algo bueno por alguien más. —Por lo menos un abrazo de agradecimiento, ¿no? —insiste ella con coquetería. Nos fundimos en un abrazo largo y cálido. Con ese gesto sencillo, siento que mi buena acción ha sido recompensada. Después de que la chica se aleja contoneándose, aparece de repente el mastodonte. "¡Idiota, la ha dejado escapar!", me grita enfurecido. —¡Me ha robado la muy cabrona!

—sigue gritando. Me doy cuenta de que mi cartera ha desaparecido. Me palpo los bolsillos de mis pantalones y grito: —¡Mi cartera!"

SEGUNDO 14

Ahora me siento más apenado que nunca y estoy reflexionando sobre cómo puedo renovar toda mi documentación, que, como todos, llevo en mi cartera para identificarme ante la autoridad competente. He llegado a la conclusión de que esta muchacha solo está interesada en mi dinero y que en su huida tirará mi documentación. Con suerte, alguna alma caritativa me la devolverá por correo o, en el peor de los casos, alguno que me conozca la encontrará y me la entregará en mi casa.

Para distraerme de los futuros eventos, enciendo la radio y comienzo a buscar una emisora que no solo transmita las canciones de siempre y la publicidad constante. Después de sintonizar varias estaciones y dejarme los dedos en carne viva, finalmente encuentro algo diferente que me llama la atención.

Me concentro tanto en la emisora que me abstraigo del mundo exterior. Se trata de una tertulia típica en la que todos hablan de lo suyo y nadie escucha al otro. Sin embargo, entre tanto ruido, escucho una voz que me resulta muy familiar. Es muy curioso, ya que la voz que escucho en la radio me llama por mi nombre de pila, lo cual resulta extraño. ¿Será mi madre? La voz sigue insistiendo de forma apremiante, y aunque me resulta imposible, no puedo evitar sentir que es ella. No entiendo cómo es posible que la voz que escucho en la radio sea la de mi madre. Me parece algo imposible, pero a la vez mis oídos no me engañan. Me encuentro discutiendo con esa voz, intentando hacerme escuchar entre el caos de la tertulia. Mi voz resuena entre la multitud y, de repente, todos guardan silencio y prestan atención.

Al momento, alguien en la tertulia grita: —¡Callen todos, nos está escuchando! —La radio queda en silencio y yo me siento desesperado por volver a escuchar la voz de mi madre. Muevo el botón del volumen hasta el tope y entonces escucho a mi madre diciendo: —Cruza hijo, cruza —Los demás tertulianos están estupefactos y murmurando entre ellos. Grito desesperadamente: —¡No puedo madre, el semáforo está en rojo! —, mientras doy puñetazos sobre el salpicadero.

Súbitamente, alguno del programa de radio interrumpe y dice: —Por favor, señor, déjenos trabajar" — De pronto, la voz de uno en la tertulia sobresale por encima de las quejas y la insistencia de mi madre. —¡Su madre está muerta! —, afirman al unísono. Me quedo atónito ante esta afirmación y me pregunto si realmente lo sé. Pero la voz sigue diciendo: —¡Sí, lo sabe, estúpido! —Entonces mi madre interrumpe: —Hijo, no has caso... ¡cruza, cruza! —Pero yo no puedo evitar gritar: —¡Madre! —mientras la furia me hace arremeter contra la radio. Con rabia, arranco la radio del salpicadero como si fuera una mala hierba. Una vez en mis manos, bajo la ventana y con la habilidad de un lanzador de martillo, la hago volar con la esperanza de batir el récord mundial de lanzamiento de radio. Mientras observo el vuelo sin rumbo del receptor, noto que mis manos están ensangrentadas, pero no me duelen tanto como mi corazón que sangra de tristeza y culpa.

De repente, me doy cuenta de que la voz que escuché en la radio no era la de mi madre y de que la afirmación de que ella estaba muerta podría ser cierta. Me invade la tristeza y la culpa por no haber estado allí cuando ella más me necesitaba. Con lágrimas en los ojos, sigo aferrado al volante con la sensación de que he perdido algo irrecuperable.

Mi avaricia, mi falta a la promesa de no ingresarla, de no abandonarla jamás, retumba en mi propio cuerpo como si fuera el estampido de una manada de elefantes. A lo lejos observo el uniforme de un guardia urbano, conforme se acerca llevando algo en la mano, voy rezando al santo de los conductores para que no sea lo que me temo, pero por lo visto el Beato Mártir tiene cosas mejores que hacer que atender las plegarias de un idiota. Ahora tengo de nuevo la radio, un agujero en el salpicadero y 200 € menos. Observo furiosamente más allá del semáforo, anhelando que un meteorito, una bomba o algún tipo de cataclismo nos lleve a todos al infierno. Pero nadie parece darse cuenta de mi estado de ánimo; todos están hipnotizados por ese maldito color rojo y aferrados a sus volantes. El semáforo sigue imperturbable ante mis deseos y mi estado empeora. Mi mente se llena de pensamientos negativos y mi cuerpo está lleno de tensión. Me siento atrapado en una jaula de metal y hormigón, rodeado de personas que parecen vivir en una realidad diferente a la mía. Me pregunto ¿cuánto tiempo más podré soportar esta situación antes de explotar? Decido dejar atrás ese mal momento y continuar mi camino. Pongo mi mente en blanco, respiro profundamente y me concentro en el presente. Observo el paisaje que me rodea, escucho el sonido del motor y siento el aire en mi rostro.

Es una gran victoria haber logrado controlar esa bestia que me atormentaba. A veces, nuestros pensamientos y emociones pueden ser nuestros peores enemigos, y es importante aprender a reconocerlos y afrontarlos de manera efectiva. Me doy cuenta de que estoy vivo, de que cada segundo es valioso y que no vale la pena desperdiciarlo en pensamientos negativos y destructivos. Decido enfocarme en lo que sí puedo controlar y disfrutar del resto del día. Finalmente, me siento momentáneamente aliviado, sé que esta situación no ha terminado y que volveré a sentirme igual de atrapado e impotente la próxima vez que me encuentre en medio de un atasco. Entonces, decido salir del coche y caminar, necesito liberar mi mente y mi cuerpo de esta opresión. Me alejo del semáforo y comienzo a andar sin rumbo fijo, dejando que mis pies me lleven hasta donde quieran. El sol cae a plomo sobre mi cabeza, pero no siento el calor, solo el frío que me recorre la espalda.

De repente, me doy cuenta de que estoy perdido, no reconozco nada de mi alrededor, todo parece distinto. Me detengo en seco y me siento en un banco cercano, tratando de recuperar el aliento. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Qué estoy haciendo con mi vida? Me hundo en una profunda reflexión, tratando de encontrar respuestas a todas mis preguntas. De pronto, una anciana se sienta a mi lado, sonriéndome con dulzura. Me sorprende su presencia, pero al mismo tiempo me reconforta. Me pregunta si estoy bien y le confieso mi situación. Ella me escucha con atención y me dice que todo en la vida tiene solución, solo hay que ser paciente y perseverante. Sus palabras me llegan al corazón y me siento reconfortado. Le doy las gracias y me levanto del banco con una sonrisa en los labios. Ahora sé que no estoy solo en este mundo y que siempre hay alguien dispuesto a escucharnos ya tendernos una mano amiga. Regreso a mi coche con una sensación de paz interior que hace tiempo que no sentí. El semáforo sigue en rojo, pero ya no me

importa, sé que el tiempo pasará y que tarde o temprano todo cambiará. Mientras tanto, estoy dispuesto a enfrentar cualquier obstáculo que se me presente en el camino.

SEGUNDO 15

El peculiar sonido me devuelve a la realidad. ¿Una abeja? ¡Sí, se ha colado un maldito insecto! Abro la guantera con la esperanza de encontrarme con un insecticida o algo parecido, pero no, solo hay un viejo periódico que ni sé por qué está allí ni desde cuándo. Enrollo el periódico de forma que tenga un arma contra el abejorro y me dedico a dar porrazos aquí y allá con la esperanza de acertar en uno de mis innumerables intentos, pero por lo visto la abeja es más avispada que yo, esquivo sin ninguna dificultad mis torpes intentos de acabar con su insignificante vida. Me pregunto: ¿Cuánto puede vivir una abeja? ¿De dos a cuatro semanas? ¿Entonces por qué no se rinde? Qué más da unos pocos días menos, suponiendo que esta sea una recién nacida, claro. Al no sucumbir a los golpes de mi periódico, opte por el diálogo:

—Señora abeja, ¿sería tan amable de salir de mi auto? —Le digo, tratando de ser lo más amable posible.

—¿Por qué debería hacerle caso, caballero? —me contesta la abeja con una voz que parece de niña, similar a la de la abeja Maya.

—A propósito, ¿qué hace aquí? —le replico.

—Estoy recolectando para mi colmena. —me responde algo ofendida.

—¡Pero aquí no hay flores! —exclamo muy sorprendido.

—No soy tonta ni ciega, señor. No me negará que en los asientos traseros de su auto abundan los desperdicios de bolsas de aperitivos e incluso puedo observar manchas de refrescos que llegan a mis sentidos como el néctar de las flores —responde con reproche por mi descuidada higiene.

Luego de un tiempo en el que el molesto insecto hace varias pasadas zumbando muy cerca de mi cara, como si fuera un Kamikaze japonés, intento quitarle importancia al asunto.

—Estimada abeja es que tengo un problema. —le digo casi apelando a su conciencia.

—Dígame, soy todo oídos —responde con desgana.

—Soy alérgico a las picaduras de abejas. —respondo con un tono preocupado.

—¡Oh, vaya! ahora sí que ha metido la pata. Nunca le revele sus puntos débiles a su enemigo —exclama con una risa burlona.

De repente, veo cómo una lengua larga sale de las fauces de un camaleón verduzco y engulle a la abeja con una habilidad propia de su raza.

—Muy amable, señor camaleón, —le digo muy contento.

—De nada, siempre viene bien un aperitivo, y si es picante mejor que mejor —responde el camaleón con sorna.

—Estoy en deuda con usted, —expreso muy rimbombante.

—Usted no me debe nada, llevo viviendo a costa de sus desperdicios, —responde el camaleón con indiferencia.

Cuando el reptil estaba disfrutando de su aperitivo, en un visto y no visto, entra a toda velocidad una pequeña ave rapaz. Descuidado estaba el lagarto, que no le dio tiempo de camuflarse con el entorno, siendo presa del halcón. Me quedé ensimismado y, recordando a la abeja y al camaleón, pensé en dónde estaba mi depredador. Mientras tanto, el color del semáforo seguía rojo, como la lechuza que espera el descuido del ratón...

No pude evitar sentir cierta incomodidad al recordar la idea de tener un depredador, alguien o algo que estuviera al acecho de mi descuido. Miré a mi alrededor, observando el paisaje, tratando de identificar cualquier posible amenaza, pero todo parecía tranquilo.

Sin embargo, el recuerdo de la abeja, el camaleón, y ahora el lagarto y el halcón, me hizo reflexionar sobre la cadena alimentaria y el papel que jugamos en ella como seres humanos. Es fácil olvidar que, aunque nos consideremos en la cima de la pirámide, también somos parte de ella y estamos interconectados con todos los seres vivos.

Me pregunto si en nuestra búsqueda constante de comodidad y bienestar, no estaríamos descuidando nuestra relación con la naturaleza y poniéndonos en peligro a nosotros mismos. Quizás deberíamos ser más conscientes de nuestro impacto en el medio ambiente y tomar medidas para preservar nuestra biodiversidad y equilibrio ecológico.

Mientras estas reflexiones pasaban por mi mente, el color rojo del semáforo. Me quedé pensando en la idea de tener un depredador. ¿Realmente había alguien allí afuera acechándome? Miré a mi alrededor y me di cuenta de que había estado viviendo en una burbuja de seguridad, sin preocuparme demasiado por lo que podía acechar en la oscuridad. Pero ahora me di cuenta de que era importante estar alerta y consciente de mi entorno en todo momento.

Mientras pensaba en esto, el color rojo del semáforo seguía parpadeando, recordándome que aún tenía trabajo por hacer. Pero antes de volver a mi tarea, decidí hacer una pausa para reflexionar sobre la importancia de estar siempre alerta y consciente en todo lo que hacemos.

Porque, al igual que el halcón y la lechuza, todos tenemos depredadores, ya sea en el mundo natural o en el mundo humano. Y solo estando alerta y tomando las medidas necesarias podemos protegernos a nosotros mismos ya los que nos rodean de posibles peligros.

Con esa reflexión en mente, retomé mi tarea con un nuevo sentido de atención y conciencia, sabiendo que siempre había un halcón o una lechuza acechando en algún lugar, esperando su momento para atacar. Pero con mi nueva conciencia, estaba preparado para enfrentar cualquier desafío que se presentara en mi camino...

SEGUNDO 16

—¡Vendería mi alma al diablo! —exclamo con rabia.

—¿Quién me llama? —la pregunta viene de un ser estrafalario que aparece de la nada. Lo miro y al mismo tiempo miro a mi alrededor por si alguien llama mi atención y en lugar de uno somos dos viendo este personaje tan fuera de lugar. Pero no, o está dentro de mi cabeza o solo lo puedo ver yo.

—De qué se extraña, me ha llamado ¿No? —Es una frase hecha, una queja y un grito al universo. No pensará que le voy a vender mi alma ¿Verdad? —Por qué no ¿usted es especial? —pregunta sarcástica. —No, más bien del montón, pero nunca se me ocurriría vender mi alma. —digo muy expedito.

—¡Ay, señor! Estos humanos cada vez te salen más tontos. —se quejó con ironía—. Todos tenemos un precio. ¿Cuál es el tuyo?

—Déjame pensar —le contesto, haciéndome de rogar.

—¡Del semáforo olvídense! Pídame lo que quiera, menos eso. Es imposible adelantar el tiempo —dice algo indeciso, como pidiendo disculpas por esa incapacidad.

—¿Cómo dice? ¿Entonces para qué me sirve si es lo único que me importa? —pregunto sin ocultar mi frustración.

—¿Alguna debilidad tendrá, no? —me pregunta con malicia. —Desde luego que tengo muchas, pero ahora mismo solo pienso en una cosa —respondo con determinación.

—¡Ya lo sé! —responde perdiendo la paciencia. —¿Entonces para que pregunta

—Mi obligación es tentar su avaricia. —contesta poniéndose muy erguido.

—¿Es mucho pedir que el semáforo cambie de color de una vez por todas?

—Más de lo que se imagina —responde melancólico.

—¡Vaya diablo de pega que me ha tocado! —afirmo despectivamente

—¿Satanás? ¿Quién le ha dicho que yo sea el ángel caído?

—Salta a la vista ¿No?

—Soy su lado maligno —sentencia con orgullo— aquí traigo yo unas cuestiones que me gustaría discutir con usted.

—¿Cuestiones, que cuestiones? —pregunto con cara de idiota.

—Usted lo sabe —recalca muy seguro.

—¡Ya sé que yo lo sé, ¿es que se piensa que soy idiota?

—Eso me parece. Solo tiene que quitar la palanca de freno, apretar el embrague, poner la primera y luego con cariño levantar el embrague ayudado por un sutil toque con el acelerador y llevarse por delante a todos los autos que tiene a la cabeza y al final alcanzará usted la libertad.

—¿Qué está diciendo? ¿Llevarme por delante a todos los autos? ¿Está loco o qué? ¡Eso es un suicidio! —No lo vea así, solo le estoy dando una opción para conseguir lo que desea. ¿Acaso no está dispuesto a arriesgarlo todo por alcanzar su objetivo? —No, definitivamente no voy a hacer algo tan estúpido e irresponsable. No puedo poner en pe-

ligro la vida de otras personas por mi propia conveniencia. —Vaya, parece que tiene algo de conciencia moral después de todo. ¿Pero qué pasa con su avaricia? ¿No es capaz de hacer cualquier cosa para conseguir lo que quiere? —No se equivoque, tengo mis límites y no voy a cruzarlos por nada ni por nadie. —Entonces, ¿qué va a hacer? ¿Va a renunciar a su deseo de cambiar el semáforo? —No sé, tendré que pensar en otra opción, algo que no involucre poner en riesgo a otras personas. Pero definitivamente no voy a vender mi alma ni a hacer algo tan peligroso como lo que me está sugiriendo. —Como quiera, la decisión es suya. Pero no olvide que siempre estaré aquí, tentándolo con nuevas ideas y tentaciones. —Lo tendré en cuenta, pero no me haga perder más el tiempo. Tengo cosas más importantes que hacer que hablar con mi lado maligno.

—¿La libertad? ¿Eso es lo que me ofrece? ¿Provocar un accidente y huir? ¿Y qué pasa con las personas que podrían resultar heridas o muertas en el proceso? ¿No le importa eso? —pregunto incrédulo.

—Por supuesto que me importa, pero ¿qué es lo que más le importa a usted? ¿Su vida aburrida y monótona o su anhelo de libertad? Además, nadie tiene por qué resultar herido si lo hace con cuidado y precisión, como un verdadero maestro del volante. —me responde con voz persuasiva.

—No estoy dispuesto a arriesgar la vida de otras personas por mi propia libertad. Además, esa no es la única manera de lograr lo que quiero. Hay otras opciones, menos peligrosas y más éticas. —le contesto firmemente.

—¿Éticas? ¿Acaso cree que la ética existe en este mundo? ¿No ve lo que sucede a su alrededor? La gente se aprovecha de otros para lograr sus objetivos, y los que se quedan atrás son los débiles y los tontos. ¿Quiere ser uno de ellos? —me dice con un tono desafiante.

—No, no quiero ser uno de ellos. Pero tampoco quiero ser como usted, una persona sin escrúpulos dispuesta a hacer cualquier cosa para lograr lo que quiere. Prefiero encontrar mi propio camino, uno que me permita lograr mis objetivos sin dañar a nadie en el proceso. —le respondo con determinación.

—Muy bien, tiene su propia opinión. Pero recuerde, cuando quiera algo en esta vida, tendrá que luchar por ello. Nadie le va a dar nada sin pedir algo a cambio. ¿Está preparado para eso? —me pregunta con una sonrisa enigmática.

—Estoy preparado para lo que sea necesario, siempre y cuando sea ético y no dañe a nadie en el proceso. —le respondo con seguridad—No es lo que esperaba escuchar de usted, señor Maligno. Esperaba algo más... interesante. ¿Es esa su gran tentación? ¿Hacerme cometer un acto de locura en la calle? ¿No tiene algo más emocionante que ofrecerme? —pregunto con escepticismo.

—No todo tiene que ser emocionante, a veces la simpleza es suficiente para dar un gran paso. Y en cuanto a la locura, ¿acaso no es lo que muchos desean hacer en su interior? ¿No desea usted liberarse de las ataduras de la sociedad, de las normas y expectativas? —responde con un tono persuasivo.

Me quedo en silencio por unos instantes, reflexionando sobre sus palabras. ¿Realmente hay algo en mí que ansía la libertad de hacer lo que quiera, sin importar las consecuencias? ¿Es esa la debilidad que Satanás ha encontrado en mí?

—Lo pensaré, pero no puedo prometer nada. ¿Hay algo más que quiera ofrecerme? —pregunto con cautela.

—Hay muchas cosas más que puedo ofrecer, pero no puedo revelarlas todas de una vez. Tiene que haber un juego, un misterio, un reto. Siempre es más emocionante así, ¿no cree? —responde con una sonrisa malvada en su rostro.

Me quedo pensando en sus palabras, tratando de decidir si quiero seguir jugando este juego peligroso con el lado maligno de mi ser.

Pero algo en mi interior me dice que debo ser cauto, que no debo dejarme seducir por las tentaciones que me ofrece este ser diabólico. Aunque suene a lo de siempre, la libertad y la felicidad verdaderas no se encuentran en la satisfacción de los deseos más oscuros de mi ser, sino en el control y la disciplina de mis acciones. —Lo siento, pero creo que voy a pasar. No quiero jugar este juego contigo. Prefiero seguir mi camino y tratar de encontrar mi libertad de otra manera. —digo con determinación en mi voz. Satanás se encoge de hombros y sonríe con condescendencia. —Como quieras, pero recuerda que siempre estaré aquí, esperando por ti. Y cuando decidas que quieras volver a jugar, estaré listo para tentarte con nuevas ofertas y desafíos. —dice con sorna.

Después de unos momentos de silencio, Satanás rompe el hielo con una pregunta:

—¿Y bien? ¿Qué me dice, está dispuesto a seguir adelante?

Me tomo un momento para considerarlo, sopesando los riesgos y las recompensas. Por un lado, podría conseguir la libertad que tanto anhelo. Por otro lado, podría perder mucho más de lo que estoy dispuesto a arriesgar.

—No estoy seguro. Necesito pensarlo un poco más antes de tomar una decisión.

Satanás asiente, sin dejar de sonreír maliciosamente.

—Por supuesto, tómese todo el tiempo que necesite. Pero recuerde, siempre estoy aquí si necesita tentar su avaricia.

Con eso, se da la vuelta y se aleja, dejándome con mis pensamientos y mis dudas. ¿Debería seguir jugando este juego peligroso con mi lado maligno? ¿O debería intentar reprimirlo y seguir viviendo mi vida real, aunque no sea completamente libre?

Me quedo allí, enfrente del semáforo en rojo, contemplando mi siguiente movimiento y tratando de encontrar la respuesta a esta pregunta.

SEGUNDO 17

La verdad es que algunas veces desearía no haberme levantado después de mi experiencia con mi lado salvaje. Pero sin dejarme tregua alguna, otro personaje surge de la nada. Es muy curioso, pero nadie diría que es una imagen o una caricatura de lo que podría ser yo de viejo.

Me siento confundido por la aparición de este nuevo personaje y sus palabras me hacen sentir aún más inseguro. ¿Qué es lo que está tratando de decirme? ¿Por qué se parece tanto a mí? —No entiendo ¿cómo puede ser mi doble? ¿Quién es usted? —insisto en obtener respuestas. —Soy su futuro, su destino, su otra versión. Y si quiere saber más, tendrá que seguirme y averiguarlo por usted mismo. ¿Está dispuesto a aceptar el reto? —pregunta con una sonrisa burlona en su rostro. Siento una extraña mezcla de curiosidad y miedo ante la perspectiva de seguir a este extraño personaje, pero algo dentro de mí me impulsa a aceptar el desafío. ¿Qué es lo que me espera al seguirlo? ¿Seré capaz de enfrentar lo que sea que venga? No lo sé, pero sé que necesito saber la verdad.

Me mantengo alerta, esperando cualquier cosa que este extraño personaje tenga que decirme. Siento que algo importante está a punto de suceder, y necesito saber de qué se trata.

—Mire, no hay tiempo que perder. Me han enviado desde el futuro para advertirle de un grave peligro que se avecina. Una fuerza oscura está preparándose para atacar, y si no hacemos algo al respecto, el mundo tal y como lo conocemos dejará de existir. Pero no se preocupe, hay una manera de evitarlo. Usted tiene la clave para detenerlos, pero tiene que estar dispuesto a sacrificar todo para lograrlo.

Me quedo mirándolo, tratando de procesar la información que me acaba de dar. ¿Cómo puede ser posible que mi destino esté ligado a la salvación del mundo entero? Y más importante aún, ¿estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para lograrlo?

—Entiendo, pero ¿cómo sé que puedo confiar en usted? ¿Cómo sé que esto no es algún tipo de truco? —pregunto con precaución.

—Lo que le digo es la verdad. Si no hace nada, el mundo tal y como lo conocemos desaparecerá. Pero si está dispuesto a ayudarnos, podemos detenerlos juntos. ¿Está conmigo? ¿Está dispuesto a luchar por el bien mayor?

—¡Calma, amigo! Que todo en esta vida tarde o temprano nos llega a todos. En espera de su misiva, lo observé adecuadamente: a mi yo del futuro nada tiene que me pueda dar envidia; a pesar de que pueda tener algunos años más, el deterioro de su aspecto físico es evidente —me responde en un tono triste, dando a entender que espera algo de mí.

—Entonces, ¿dígame qué puedo hacer por usted? o por mí, según cómo se mire je, je, je —le pregunto con una risita por lo divertido de esta situación. No todos los días uno tiene el poder de cambiar su destino, así que es para tomarlo en serio.

—Muy sencillo, conténgase y actúe dentro de los parámetros normales de conducta —me dice en tono serio.

—¿Y yo qué gano en todo esto? —pregunto, sabiendo que juego con ventaja.

—¿Cómo es que usted es tan tonto o se entrena para serlo? —me responde con ira. —Puede ser, pero el que está en un manicomio es usted, no yo. —respondo divertido. —Pero oiga, ¿no se da cuenta de que algún día será usted como yo? —contesta resolviendo como un caballo viejo. —Sí, pero ¿cuánto falta para eso, 20 años o más? Pues si es así, que me quiten lo bailado. Mientras usted languidece en el sanatorio, yo ahora sabiendo que voy a acabar como usted, con más razón haré lo que me venga en gana. —Es posible que usted cumpla su amenaza, pero ¿y si ahora mismo de un navajazo lo envío al otro barrio? —me contesta con cara de pocos amigos. —Entonces usted también moriría. —insisto divertido. —¿Piensa usted que la vida en este sanatorio es divertida? —pregunta resignado. —Me imagino que no, pero esto tampoco es que me vuelva loco. —No puedo aceptar su propuesta, lo siento. —Le respondo decidido, sin dejar que su argumento me afecte demasiado. —Lo entiendo, amigo. Aunque quizás debería reconsiderarlo. No todos los días tiene uno la oportunidad de cambiar su destino. —Me contesta con cierta tristeza en su tono. —Lo sé, pero no puedo permitirme seguir por ese camino. Prefiero vivir mi vida sin tener que mirar constantemente por encima de mi hombro, sin tener que preocuparme por las consecuencias de mis acciones. —Le explico, intentando hacerle ver que no estoy dispuesto a cambiar de opinión. —Te comprendo, pero no puedo evitar sentir cierta envidia hacia ti. Todavía tienes toda la vida por delante, y en cambio yo estoy aquí atrapado en mi propio destino. —Me responde con melancolía. —No te preocupes, amigo. Sé que no es fácil, pero tienes que aceptar lo que te ha pasado. Y tal vez, con el tiempo, puedas encontrar la forma de liberarte de esa situación. —Le aconsejo, intentando ofrecer algo de esperanza. —Tienes razón. Gracias por escucharme, y por intentar ayudarme. Ahora tengo que irme. Espero que no cometamos los mismos errores. —Me dice.

Me quedo allí solo, pensando en todo lo que aprendí en este encuentro. Y aunque todavía me queda mucho por descubrir, sé que estoy en el camino correcto. Observo cómo mi yo del futuro se aleja, con la sensación de que algo importante ha quedado pendiente en esa conversación. A medida que se distancia, una idea comienza a tomar forma en mi mente: ¿y si no tiene por qué ser mi destino acabar como él? Con esa semilla plantada en mi cabeza, comienzo a reflexionar sobre mi vida y sus decisiones, preguntándome si realmente quiero seguir por el camino que ha estado siguiendo hasta ahora. Quizás aún haya tiempo para cambiar las cosas, para hacer las paces con mis demonios internos y tomar el control de mi vida. Aunque no sepa si será fácil o incluso posible, decido intentarlo. No quiero terminar como su yo del futuro, encerrado en un sanatorio mental y arrepintiéndose de todas las oportunidades perdidas. Así, me embarco en una nueva aventura, con el objetivo de encontrar la felicidad y la paz mental que he estado buscando durante tanto tiempo. Y aunque el camino no será fácil, sé que al menos estoy intentando hacer algo al respecto. El futuro sigue siendo incierto, pero al menos ahora tengo la sensación de que estoy tomando las riendas de mi destino. Y quién sabe, tal vez algún día me encuentre de nuevo con mi yo del futuro y tenga algo más que ofrecerme que una simple sonrisa irónica. Y aunque el camino no será fácil, sé que al menos estoy intentando hacer algo al respecto.

SEGUNDO 18

Luego de la experiencia con mi probable futuro, continuaba sentado en mi coche, completamente absorto en mis pensamientos, mirando fijamente a través del parabrisas. El semáforo del cruce en el que me encontraba seguía en rojo, y sabía que tendría que esperar a que se pusiera en verde para continuar mi camino, pero algo en ese momento me hizo sentir diferente, sabía cuál iba a ser mi futuro y eso me daba una gran ventaja hacía los demás.

Entonces como si estuviera mirando desde lo alto, Observé a mi alrededor y advertí que la gente caminaba apresurada, algunos iban al trabajo, otros al colegio, otros al supermercado. En ese momento, me sentí como si estuviera en una burbuja, como si todo el mundo estuviera moviéndose a mi alrededor, pero yo, estaba detenido en ese instante.

Empecé a pensar en mi vida, en mi trabajo, en mi familia, en mi rutina diaria. Me pregunté si eso era todo lo que había en la vida, si todo se reduciría a trabajar, pagar facturas y cumplir con las responsabilidades. Sentía que había algo más, algo que estaba esperando por mí y que aún no había descubierto. No sabía cómo, pero sentía que tenía que explorar y encontrar ese algo más. Quizás tenía que dar un giro de 180 grados a mi vida, o tal vez solo un pequeño cambio en mi rutina diaria. Pero algo tenía que hacer, porque no podía seguir sintiendo que mi vida estaba pasando frente a mis ojos sin que yo la estuviera viviendo realmente.

Mientras reflexionaba, me di cuenta de que el semáforo nunca cambiaba de color y que no podía seguir con mi camino. Pero, por alguna razón, me quedé allí sin saber qué hacer. Apagué el motor del coche y me quedé sentado en silencio, observando el tráfico que se movía a mi alrededor.

De repente, algo llamó mi atención. Una mujer mayor estaba cruzando la calle con dificultad, apoyándose en un bastón. La gente pasaba a su alrededor, pero nadie se detenía a ayudarla. Sentí que tenía que hacer algo al respecto.

Abrí la puerta del coche y corrí hacia la mujer. Le ayudé a cruzar la calle y me aseguré de que estuviera bien antes de volver a mi coche. Cuando me senté detrás del volante, me di cuenta de que me sentía diferente, más vivo. Ese día, me di cuenta de que había más en la vida que simplemente cumpliera con las responsabilidades diarias. Decidí hacer un cambio en mi vida y empezar a buscar lo que realmente me hacía feliz. Fue un pequeño paso, pero fue suficiente para cambiar mi perspectiva y mi forma de ver el mundo.

A partir de ese momento, me sentí más conectado con el mundo que me rodeaba y más consciente de mi papel en él. Pero no todo fue fácil. También me encontré con momentos de incertidumbre y miedo. Desde ese momento, supe que cambiar de vida requería esfuerzo y sacrificio, y que tenía que dejar atrás ciertas comodidades y seguridades. Pero estaba decidido a perseguir mi felicidad, aunque eso significara salir de mi zona de confort. Fue entonces cuando grabé a Ana, mi mujer con una visión de la vida similar a la mía. Juntos comenzamos a explorar nuevas experiencias, como viajar a lugares desconocidos y hacer voluntariado en comunidades locales. Me sentí cada vez más vivo y me

motivó, y me di cuenta de que tenía a mi lado a una persona que me apoyaba y me alentaba a seguir adelante. En ese momento, comencé a sentirme solo y desanimado. Me preguntaba si había tomado la decisión correcta al cambiar mi vida y si había perdido todo lo que había logrado hasta ahora. Me sentí arrastrado por el afán de buscar algo mejor, sin apreciar lo que tenía. Incluso la gente a mi alrededor parecía recordarme lo feliz que era antes, lo que sólo aumentaba mi sensación de fracaso. Pero en lugar de dejarme consumir por esos pensamientos negativos, decidí tomarme un momento para reflexionar sobre todo lo que había logrado y lo que todavía estaba por venir. Recordé todas las experiencias positivas que había tenido desde que tomé la decisión de cambiar mi vida, y me di cuenta de que todavía tenía mucho por descubrir y experimentar.

Después de ese día, empecé a prestar más atención a mi entorno ya buscar oportunidades para ayudar a los demás. A veces eran pequeñas acciones, como sostener una puerta abierta para alguien o ayudar a llevar sus bolsas de compras. Otras veces, eran acciones más grandes como hacer voluntariado en mi comunidad. Lo que fuera que hiciera, sintiera que estaba haciendo algo importante y que estaba viviendo una vida más significativa.

Aunque todavía tengo mis responsabilidades diarias y mi trabajo, siento que he encontrado un equilibrio entre eso y ayudar a los demás. Y lo más importante, encontró un sentido de propósito en mi vida.

Todo volvió como las ganas de fumar que nunca se fueron, y de repente, empecé a sentir esas sensaciones que me volvían loco. Me quedé paralizado, como si un ataque epiléptico me hubiera sucedido. El tiempo se detuvo, y sentí como si estuviera condenado a permanecer en ese lugar para siempre. Mientras tanto, los coches continuaban avanzando a mi alrededor, burlándose de mi inmovilidad, frustración e impotencia.

Golpeé el volante con rabia y maldije en voz baja mientras observaba cómo la vida seguía su curso a mi alrededor, ajena a mi propia desgracia. Me sentí como un extraño en mi propio mundo, desconectado y apartado de todo lo que me rodeaba.

La rebeldía comenzó a crecer dentro de mí, sentí la necesidad de desafiar la situación, de saltarme el semáforo, de algo para hacer cambiar mi situación. Sin embargo, algo en mi interior me frenó y me hizo reflexionar sobre las consecuencias de mis acciones. Finalmente, decidí esperar pacientemente a que la luz verde finalmente apareciera.

Fue entonces cuando me di cuenta de que esa sensación de frustración y rebeldía no era solo por la espera del semáforo, sino por mi vida entera. Me había sentido atrapado en una rutina diaria que me dejaba sin sentido, y esa pequeña situación en la calle era solo una representación de mi vida.

Decidí que era hora de tomar medidas y cambiar mi destino, comenzando por dejar de sentirme atrapado por las circunstancias y tomar el control de mi propia vida. Sabía que no sería fácil, pero al menos ahora tenía la motivación necesaria para hacerlo.

SEGUNDO 19

Estaba lamiéndome las heridas cuando un toque en la ventanilla me devolvió a la realidad de este mundo. Un individuo con mal aspecto se acercó a mí, probablemente para pedirme dinero. No me equivoqué y, rebuscando en el fondo de mi bolsillo, conseguí despedirme de un par de euros. Sin más y sin haberle ofrecido confianza en ningún momento, el hombre dio la vuelta al coche y entró por la puerta del acompañante. Luego, con descaro, empezó a contarme un relato: “Deja que te cuente una historia que te helará la sangre en las venas:

“Estaba sentado en mi coche, listo para salir a la carretera y comenzar mi viaje. Encendí el motor y ajusté los espejos retrovisores. Sin embargo, algo extraño comenzó a suceder. El asiento en el que estaba sentado comenzó a vibrar violentamente, como si algo lo estuviera sacudiendo con fuerza.

Intenté detener la vibración, pero no pude encontrar la fuente. Miré alrededor del coche y no vi nada fuera de lo común. Fue entonces cuando sentí una sensación extraña en mi cuerpo, como si algo estuviera tratando de entrar en mí.

Comencé a sentirme mareado y confundido. Mi visión se volvió borrosa y tuve dificultad para concentrarme en cualquier cosa. El coche comenzó a moverse de forma errática, y pronto me di cuenta de que no tenía control sobre él.

Traté de detener el coche, pero mis manos parecían estar pegajosas y no respondían a mis órdenes. Me sentí como si estuviera en trance, incapaz de hacer nada para detener lo que estaba sucediendo.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, el coche se detuvo. La vibración y la extraña sensación en mi cuerpo desaparecieron de arrepentimiento. Me quedé allí, temblando y confundido, sin saber qué había sucedido.

Miré a mi alrededor, tratando de encontrar alguna explicación para lo que había sucedido. Pero todo parecía normal. El coche estaba bien, la carretera estaba bien, y no había nada fuera de lo común.

Pero algo dentro de mí sabía que algo extraño había sucedido en ese coche. No podía explicarlo, pero sentía que algo había entrado en mí y había tomado el control de mi cuerpo. Desde entonces, he sido cauteloso al entrar en mi coche, siempre alerta a cualquier señal de que algo extraño pueda suceder de nuevo”

Al terminar su historia, el sujeto en cuestión me miró fijamente. Sus ojos de un color rojo fuego parecían traspasarme, y mi mente aturdida me avisó de un peligro inminente. Me sorprendí tanto que retrocedí con tanta fuerza que mi cabeza golpeó la ventanilla. Entonces, unos golpes me trajeron de vuelta a la realidad. Otro vagabundo estaba pidiéndome dinero, no parecía estar relacionado con el primero. Aturdido, bajé la ventanilla y me dispuse a darle algo de cambio, pero no tenía nada. De repente, unas risas provienen de la parte trasera del coche me hicieron girar en redondo, ¡pero no había nadie allí! El vagabundo, aburrido por mi tardanza, me escupió en la cara y, con aire enfadado, se fue en busca de otro incauto que le diera algo para comer, ya que gritaba que era de extrema necesidad.

SEGUNDO 20

Luego de mi desagradable encuentro con el desagradecido vagabundo, cuando de improviso, un conejo blanco saltó al asiento del copiloto. Al principio me asusté, pero luego noté que era un conejo amigable que parecía querer hablar conmigo.

Comenzamos a conversar y el conejo me contó sobre su familia y cómo había estado separado de ellos durante mucho tiempo debido a algunas dificultades. Me dijo lo difícil que era la vida, para un conejo blanco en la ciudad, y cómo debía tener cuidado para no ser visto por los gatos y otros depredadores.

Me contó cómo extrañaba a su esposa e hijos, y cómo anhelaba volver a estar con ellos. Me di cuenta de lo difícil que debía ser para el conejo vivir en una ciudad peligrosa y enfrentar la adversidad cada día.

Nuestra conversación me hizo reflexionar sobre mi propia vida y cómo a menudo me quejo de cosas pequeñas sin darme cuenta de cuán exitoso soy en comparación con otros. Agradecí al conejo por compartir su historia conmigo y me prometí ser más consciente de mis bendiciones y ayudar a otros que puedan estar pasando por dificultades similares a las del conejo.

El conejo blanco me contó que tenía una familia numerosa de conejos en el bosque, pero que últimamente habían estado pasando por momentos difíciles. Me explicó que la comida escaseaba y que había perdido a algunos de sus amigos y familiares por culpa de los cazadores furtivos.

Me dijo que se había escapado en busca de un lugar seguro y que había terminado en mi coche por casualidad. Me pidió que lo ayudara a encontrar un lugar donde pudiera estar a salvo, donde consiguiera reunirse con su familia y vivir en paz.

Me conmovió su historia y su situación, así que decidido, busqué en mi teléfono información sobre refugios de animales y santuarios en la zona, y juntos comenzamos a planear su futuro.

Mientras buscaba una protección, el conejo blanco siguió contándome historias de su vida en el bosque y de su familia. Me di cuenta de que, a pesar de las diferencias en nuestras vidas, compartimos algunas preocupaciones y problemas comunes.

Después de nuestra conversación, el conejo blanco pareció haber encontrado un poco de consuelo en compartir sus penas conmigo. Pero de repente, mientras yo seguía detenido por el maldito semáforo en rojo, un coche imprudente se acercó a gran velocidad y chocó con mi vehículo. El impacto fue tan fuerte que perdí el conocimiento por unos segundos. Cuando recobré la conciencia, me di cuenta de que el conejo blanco había sido arrojado fuera del coche y estaba gravemente herido en la carretera.

Desesperado, intenté buscar ayuda para el conejo, pero ya era demasiado tarde, cuando me di cuenta, el animalito había desaparecido. Me sentí devastado por la pérdida del conejo y por haber sido incapaz de ayudar. Nunca olvidaré su expresión de dolor y miedo en sus ojos mientras yacía herido en la carretera.

Al acercarme, vi que estaban asando al conejo en la hoguera. Me sentí un poco impactado por la escena, pero al mismo tiempo sentí curiosidad por saber quiénes eran

esas personas y por qué habían decidido asar al conejo. Me acerqué un poco más para escuchar su conversación y me di cuenta de que eran un grupo de famélicos conductores que desesperados y hambrientos dieron buena cuenta del conejo.

En ese momento sentí una mezcla de tristeza, rabia y asco. ¿Cómo podía la gente ser tan cruel y desalmada? ¿Cómo podrían rematar al conejo malherido y asar a un ser inocente como aquel conejo sin ningún tipo de remordimiento? Me sentí impotente ante tanta maldad y crueldad, pero también entendí que el hambre nos convierte en despiadas alimañas.

Mientras los individuos seguían cocinando al conejo, me alejé de allí en silencio, con lágrimas en los ojos. Me di cuenta de que había presenciado una de las peores formas de violencia animal y que, de alguna manera, yo también era cómplice de esa atrocidad al no haber hecho nada para detenerla.

Desde entonces, no puedo dejar de pensar en el conejo blanco y en cómo su vida fue arrebatada de manera tan violenta y sin sentido. Me pregunto si alguien lo extraña, su familia o amigos. También me pregunto si hay algo que podría haber hecho para evitar su trágico final.

Después de presenciar la terrible muerte del conejo blanco, me sentí inquieto y confundido. Comencé a notar cosas extrañas en mi entorno, como sombras que parecían moverse solas y ruidos inexplicables en la noche. A veces, incluso creía ver al conejo blanco en la distancia, corriendo hacia algún lugar desconocido.

Comencé a investigar sobre la vida del conejo blanco y su posible origen, pero todas mis averiguaciones parecían llevarme a callejones sin salida. Cada vez que creía estar cerca de una respuesta, algo inesperado sucedió y perdía todo rastro.

Aunque ahora intento seguir adelante, aún siento que hay algo extraño en todo esto. ¿Fue realmente una casualidad que el conejo blanco se cruzara en mi camino? ¿O hay algo más oscuro y misterioso detrás de su trágico final?

No puedo evitar sentir que algo no está bien. Tal vez haya alguien detrás de todo esto, alguien que quería que el conejo desapareciera y que ahora esté vigilándome. Me siento constantemente observado y la sensación de que algo anda mal no me deja en paz.

A veces me pregunto si estoy obsesionado con el caso del conejo blanco, pero la verdad es que no puedo dejar de pensar en él. Cada vez que cierro los ojos, veo su imagen y me pregunto qué pasó exactamente.

Sigo investigando, buscando cualquier pista que me ayude a entender lo que sucedió, pero cada vez parece que todo se vuelve más oscuro y confuso. ¿Serré capaz de descubrir la verdad algún día o todo esto quedará en la oscuridad para siempre?

SEGUNDO 21

Luego del fatídico encuentro con el dichoso animal, sigo atrapado en el coche, detenido por el maldito semáforo en rojo. Aburrido y asqueado observo a mi alrededor, buscando algo que me distraiga, cuando de repente un frío intenso me eriza todo el vello de mi cuerpo, presiento una figura extraña. Es como si alguien o algo estuviera observándome desde la oscuridad.

Me hago el despistado, tratando de ignorar esa sensación, pero se intensifica y comienzo a sentirme inquieto. De repente, una figura aparece frente a mí. ¡Es el maldito conejo blanco, el mismo que vi morir en la carretera! Su pelaje es ahora gris y sus ojos parecen penetrar mi alma.

Intento gritar, pero mi voz se queda atrapada en mi garganta. La figura del conejo se mueve cada vez más cerca, y puedo sentir su aliento frío en mi cara. Trato de escapar, pero estoy atrapado en el coche, incapaz de moverme.

De pronto, miro hacia atrás y el conejo blanco ya no está, pero la sensación de su presencia sigue atormentándome. ¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Por qué me persigue el fantasma del conejo muerto?

Me siento aterrado y confundido, sin entender lo que está sucediendo. ¿Es esto real o es solo mi imaginación? No puedo dejar de pensar en el conejo blanco y su trágico final, pero ahora también tengo que lidiar con su presencia inquietante y atormentadora.

Mientras permanezco atrapado por el semáforo en rojo, intento controlar mi respiración y tranquilizarme. Pero cuanto más lo intento, más siento que algo extraño está sucediendo. Es entonces, cuando noto un movimiento en el asiento del pasajero, como si algo o alguien se hubiera sentado allí. Giro la cabeza y lo que veo me deja sin aliento: ¡Es el conejo blanco!

No puedo creer lo que estoy viendo. El conejo me mira fijamente con sus ojos oscuros y penetrantes, y siento su presencia opresiva en el interior del coche. Intento abrir la puerta para salir, pero está bloqueada y no hay manera de abrirla. Me quedo atrapado allí con el conejo, que parece tener un control sobre mi mente y mi cuerpo.

Empiezo a sentirme mareado y confuso, como si mi mente se estuviera desvaneciendo. El conejo comienza a hablarme con una voz siniestra y profunda, como si estuviera hablando desde las profundidades del infierno.

—Has sido el testigo de mi muerte injusta, y ahora te elijo para que me acompañes en el más allá, —dijo el conejo con su voz escalofriante.

Trato de resistir, pero no pudo luchar contra su poder. Me sumerjo en la oscuridad mientras el conejo sigue hablándome con su voz macabra. Nunca se lo que sucedió después, pero desde ese día en adelante, siempre tengo la sensación de que el conejo blanco me está siguiendo, acechándome desde las sombras.

Después de ese extraño encuentro con el conejo blanco, algo cambió dentro de mí. Empecé a tener sueños perturbadores con él, en los que parecía que me hablaba y me

pedía algo, pero nunca podía entender qué era. Me volví cada vez más obsesionado con él, tratando de encontrar alguna pista o explicación a lo que me estaba sucediendo.

Pero, por más que intenté, nunca pude resolver el misterio del conejo blanco. Después de varios días de búsqueda infructuosa, decidí que era hora de dejarlo ir y seguir adelante con mi vida. Sin embargo, todavía siento su presencia a mi alrededor, como si estuviera vigilándome.

¿Fue todo simplemente una coincidencia o hay algo más detrás de todo esto? A veces me pregunto si el conejo blanco era solo un animal común y corriente o si era algo más, algo sobrenatural o incluso extraterrestre. Pero nunca lo sabré con certeza, y tal vez sea mejor así. El misterio del conejo blanco seguirá siendo un enigma sin resolver en mi vida.

La adrenalina aún corría por mis venas mientras recuperaba el aliento. En ese momento cuando recuperé algo de sentido común me dije para mis adentros: «Todo en esta vida tiene explicación». Me sentí un poco tonto al darme cuenta de que mi oponente no era más que un peluche, pero algo en esa situación me había hecho perder el control.

Después de un momento de reflexión, volví a examinar el peluche y noté algo extraño en él. Un pequeño rasgón en su costura pareció haber sido hecho con algo muy afilado, como una navaja.

Mis pensamientos se volvieron hacia mi hija y comencé a preguntarme si ella hubiera hecho eso. Pero ¿por qué destruir uno de sus propios juguetes? La idea me parecía absurda.

Decidí seguir investigando, pero una sensación de inquietud me invadió. ¿Qué había sucedido realmente dentro de ese auto mientras luchaba con un peluche? ¿Estaba perdiendo la cordura o había algo más siniestro en juego?

Las preguntas siguieron sin respuesta mientras, el pobre peluche estaba destrozado en el asiento del pasajero. No sabía qué me deparaba el futuro, pero algo me decía que la historia del conejo blanco aún no había llegado a su fin.

Respiré profundamente tratando de calmarme, mientras mi mente procesaba lo que acababa de suceder. El conejo blanco había resultado ser un simple peluche, olvidado en la parte trasera del auto por una de mis hijas. Me sentí aliviado de que no hubiera sido una criatura real, pero, aun así, me sentí inquieto y un poco confundido.

¿Cómo pude confundir un peluche con una criatura viva? ¿Qué me hizo pensar que el conejo estaba tratando de atacarme? Mi mente seguía dando vueltas y vueltas tratando de encontrar una explicación lógica para lo que acababa de suceder.

Finalmente, decidí que debía dejarlo ir. Quizás fue solo mi imaginación jugándome una mala pasada, o tal vez había algo más en juego que aún no comprendía. Sea lo que sea, sabía que no encontraría respuestas al seguir obsesionándome con el asunto.

Cerré los ojos y tomé una respiración profunda, tratando de liberar mi mente de toda preocupación. Al abrirlos de nuevo, el peluche seguía allí como prueba de mi locura. Pero no pude evitar sentir que algo había cambiado en mí, algo que no podía explicar con palabras.

Después de ese episodio, no pude dejar de pensar en cómo la mente puede engañarnos y llevarnos a situaciones tan absurdas. ¿Qué otros engaños me esperan en el futuro?

SEGUNDO 22

Estaba valorando el estado de mi mente cuando de repente una ráfaga de viento sacude mi coche y mi mirada se desvía hacia el espejo retrovisor. Allí veo a un individuo de mal aspecto, (conocido por ser el terror de los conductores atrapados por un semáforo en rojo), acercándose con su cubo lleno de agua sucia y su trapo viejo. El individuo lucha contra la fuerza del viento mientras intenta limpiar el parabrisas de un coche que está detrás de mí.

No sé por qué, pero comienzo a divagar sobre la persona que se está ganando la vida limpiando parabrisas. ¿Qué tan diferente soy de él? Él está tratando de ganar algo de dinero para sobrevivir, mientras yo estoy sentado en mi coche cómodo y climatizado, preocupado por mantener mi vehículo limpio. Me pregunto si su vida es realmente tan diferente a la mía. ¿Qué historias tiene que contar? ¿cuántas dificultades ha tenido que superar para llegar a donde está ahora?

Mientras se acerca, no puedo sacudirme la sensación de incomodidad y culpa que me embarga. ¿Qué puedo hacer para cambiar esta situación? ¿Cómo puedo ser más consciente de las personas que están alrededor de mí y sus necesidades?

La pregunta sigue dando vueltas en mi cabeza mientras sigue acercándose. Aunque no tengo una respuesta clara, sigo observando al individuo, preguntándome qué puedo hacer para ayudar. Me siento impotente ante la injusticia del sistema, donde algunos tienen todo y otros luchan por sobrevivir.

Todas esas cuestiones acaban cuando empieza a limpiarme los cristales, es tal la chapuza que al ver lo mal que quedan opto por gritarle que me deje en paz, mandándolo a él y su cubo a ensuciar los otros autos.

Continúo sentado en mi coche, con la mente divagando en estas reflexiones, mientras el semáforo sigue en rojo. Aliviado observo al individuo que se acerca a otros coches para ofrecer sus servicios de limpieza, algunos lo rechazan, otros aceptan.

Finalmente, el individuo se acerca a mi coche nuevamente, esta vez sin ofrecer sus servicios, sino para preguntarme si necesito algo. Su gesto me sorprende y su preocupación me conmueve. Decido hablar con él, preguntarle sobre su vida, sus luchas, sus sueños.

La conversación fluye todo el tiempo, y me sorprende gratamente que un individuo como él puede ofrecerme una charla tan amena, llena de matices inteligentes que a muchos les haría sonrojar. Luego de hacerme pasar un buen rato. Me despido del individuo con una sensación de conexión humana que no había sentido en mucho tiempo. Pero no puedo dejar de pensar en esas conversaciones.

Me hace reflexionar sobre las diferencias sociales que existen y cómo emergen a la vida de las personas. Me pregunto cómo sería su vida si tuviera las mismas oportunidades que yo. Me doy cuenta de que hay mucho por hacer para lograr una sociedad más justa e igualitaria.

A medida que sigo aferrado en mi zona de confort, mi mente sigue dando vueltas sobre la plática. Me doy cuenta de que ha sido una de las pocas veces que hablo con alguien que proviene de un entorno diferente al mío.

Mientras sigo reflexionando sobre el coloquio con el individuo, de repente mi teléfono suena. Es la policía, me informan que mi casa ha sido allanada y que mi familia está en peligro.

El mundo se derrumba a mi alrededor mientras sigo atrapado. Todos mis pensamientos anteriores parecen irrelevantes ahora, lo único que importa es la seguridad de mi familia. ¿Cómo pudo pasar esto? ¿Quién lo hizo?

En ese momento, me doy cuenta de que todo lo que pensaba que importaba antes no era más que trivialidades. La única cosa que importa en este momento es la seguridad de mi familia y su bienestar. Mis pensamientos y reflexiones previas parecen pálidos en comparación con la situación actual. Del mismo modo, la conversación con el individuo ahora parece tan lejana, y de que la vida puede cambiar en un instante.

Mi mente se adelanta a los acontecimientos, veo a mi familia herida, asustada, mi casa allanada y mi corazón se rompe en pedazos, pero no puedo pasar el semáforo en rojo sería un ultraje a las leyes de tráfico, ¡Imposible moverme!

Aunque la situación de mi familia es desgarradora, de repente me doy cuenta de algo extraño. El individuo con el que hablé antes y que parecía tan diferente a mí, pensé que se había ido, de hecho, lo vi irse y desaparecer. Sin embargo, ahora lo veo en el fondo, observando silenciosamente todo, como si hubiera estado en la escena desde el principio.

De golpe, el individuo cambia su expresión y su tono de voz. Me recrimina mi actuación anterior, diciéndome que no debí rechazar su ayuda y que no debí gritarle de esa manera. Me dice que reniega de mí y se va, dejándome solo con mis pensamientos.

Me siento abatido y confundido por su reacción, pero al mismo tiempo, me doy cuenta de que tenía razón en su crítica. Me arrepiento de mi comportamiento y me siento agradecido por su honestidad y franqueza. Su crítica me hace reflexionar sobre mis acciones y me obliga a reconocer que a veces mis prejuicios pueden nublar mi juicio y hacer que actúe de manera impulsiva.

La reprimenda del individuo no terminó ahí. A continuación, comencé a escuchar una voz extraña en mi cabeza, una voz que parecía ser la del individuo, pero que también sentía venir de algún otro lugar.

Me sentí totalmente desorientado, confundido y un poco asustado. No entendía cómo había llegado a ese lugar y por qué me sentí tan extraño. Todo parecía surrealista, como si estuviera dentro de un sueño.

Traté de recordar cómo había llegado allí, pero no podía encontrar una explicación lógica. ¿Estaba en un estado de coma? ¿Había sido secuestrado por extraterrestres? ¿Estaba pasando por una alucinación? No pude encontrar una respuesta clara.

Mientras flotaba por el extraño ambiente, me di cuenta de que había algunas figuras borrosas a mi alrededor, como si se presentaran sombras sin forma. Traté de hablar con ellas, pero no podía emitir sonido. Me sentí atrapado, una merced de lo que fuera que estaba sucediendo.

De repente, un sonido estridente me sacó de mi aturdimiento. Miré hacia abajo y vi una gran puerta de metal que se abría. Una luz cegadora salió de la puerta y me envolvió. Me di cuenta de que mi extraña experiencia aún no había terminado. Sentía que flotaba sin rumbo fijo por un espacio indeterminado, hasta que de repente apareció una luz brillante y cegadora. Me acerqué a ella y descubrí que era una especie de puerta gigante que daba a un salón enorme. Cuando me di cuenta, estaba parado frente a un estrado en el que estaba sentado Dios como juez, el diablo como fiscal, mi ángel guardián como defensor abogado y yo como acusado.

En ese momento comprendí que mi ángel me había llevado ante un juicio divino para que se juzgara mi vida en la Tierra. El diablo presentó una larga lista de mis errores y pecados, mientras que mi ángel guardián defendía mi causa y resaltaba mis virtudes y acciones positivas. Sentí una gran presión y miedo al enfrentar el juicio y la posibilidad de ser condenado al infierno eterno.

Sin embargo, Dios parecía imparcial y justo, y escuchaba atentamente los argumentos de ambas partes. En ese momento, recordé todas las oportunidades que había tenido en la vida para hacer el bien y elegí el camino equivocado en muchas ocasiones. Me arrepentí de corazón y le pedí perdón a Dios.

En ese momento, la sala se llenó de una luz blanca y cálida que me envolvió, y supe que había sido perdonado. Sentí un gran alivio y agradecimiento a Dios por su misericordia. Mi ángel guardián me abrazó y me dijo que estaba orgulloso de mí por haber elegido el camino correcto al final.

Después de una larga audiencia, el juicio finalmente llegó a su fin. Dios declaró que yo era culpable de mis acciones y que debía ser enviado al infierno por toda la eternidad. Mi ángel guardián lloró lágrimas amargas y me miró con tristeza, mientras el diablo se regocijaba de su victoria.

Sentí un vacío en mi corazón, sabiendo que nunca más volvería a ver la luz del sol o sentir la brisa fresca en mi piel. Me lamenté por las oportunidades perdidas y las acciones equivocadas que me llevaron a este destino trágico.

Pero entonces, un destello de luz brilló en mi mente. Recordé las palabras de mi ángel guardián, que me hablaron de la bondad y el amor que siempre estuvieron dentro de mí, pero que había ignorado. Comencé a arrepentirme sinceramente de mis errores y pedí perdón a Dios por mis pecados.

Al momento un torbellino se apoderó de mí, el ambiente cambió y me encontré flotando en la oscuridad, rodeado de una niebla espesa y opresiva. Sentía como si mi cuerpo se estuviera desintegrando y que mi alma se estuviera separando de mí. Pensé que había muerto y que mi destino sería el infierno. Pero entonces, una luz brillante apareció en la distancia, una luz que emanaba una sensación de paz y seguridad. Me arrastré hacia ella, rogando por una segunda oportunidad, prometiendo que sería una mejor persona si pudiera volver a la vida. De repente, me encontré de vuelta en mi coche, todavía con el semáforo en rojo.

SEGUNDO 23

Sigo aquí, por increíble que parezca. Todo ha sucedido sin que me diera cuenta del tiempo. Un jaleo de ruidos, risas y parloteos en voz alta me saca de mi abstracción. Me doy cuenta de que hay un grupo de artistas callejeros preparándose para su actuación justo enfrente de mí, ocupando todo el paso de peatones. Aunque no me siento particularmente interesado en su espectáculo, decido mirarlos mientras espero.

De improviso, mientras están en plena actuación, uno de los artistas pierde el equilibrio y cae al suelo. Desde mi coche, veo cómo el resto de los artistas intentan ayudar, pero no parecen estar logrando hacer algo para salvarlo. Mientras tanto, empiezan a formar tumultos alrededor de la escena.

En ese momento, me doy cuenta de que soy el único que tiene algo de formación en primeros auxilios. Sin embargo, aunque quiero ayudar, me siento paralizado. Me siento incapaz de moverme, de actuar. La gente grita y pide ayuda, y yo me siento completamente inútil. La escena es caótica y la adrenalina corre por mi cuerpo, pero no sé cómo reaccionar.

Después de unos segundos que parecen durar una eternidad, logro juntar el valor suficiente para bajarme del coche y correr hacia los artistas. A medida que me acerco, me doy cuenta de que la situación es peor de lo que imaginaba. El artista está inconsciente y no parece estar respirando. El pánico me invade, pero trato de mantener la calma y actuar rápidamente.

Me arrodillo junto al artista y comienzo a realizarle la reanimación cardiopulmonar (RCP) mientras los otros artistas intentan tranquilizar a la multitud. La gente a mi alrededor se ha detenido y me observa mientras intento salvar la vida del artista.

Intento hacer todo lo que puedo para salvarlo, pero mis conocimientos y habilidades en primeros auxilios son limitados. A pesar de mis mejores esfuerzos, el artista muere ante mis ojos. Me siento devastado, siento que mi inacción ha sido la causa de su muerte.

Miro a mi alrededor y veo que los compañeros del artista me miran con desprecio. Me pregunto por qué me metí en una situación tan peligrosa. Siempre me habían dicho que era mejor no involucrarme en problemas ajenos. En ese momento, el miedo me invadió y opté por correr hacia mi coche en busca de seguridad. Espero que el vehículo resista los golpes y gritos de la multitud enfurecida. Grito pidiendo ayuda, sintiéndome impotente y arrepentido por no haber hecho más.

Después de estar atrapado en mi coche por un tiempo, comienzo a sentirme cada vez más ansioso y agitado. La multitud sigue gritando y golpeando mi auto, y no parece haber ninguna señal de que vayan a detenerse pronto. Me preocupa que algo terrible pueda suceder en cualquier momento.

De repente, algo extraño comienza a suceder. Un viento fuerte comienza a soplar, aunque el cielo está despejado y no hay ninguna señal de una tormenta. El viento es tan fuerte que las ramas de los árboles empiezan a agitarse violentamente y la multitud empieza a retroceder, tratando de estabilizarse en pie.

Pero el viento no es lo único que está sucediendo. De repente, una luz brillante aparece en el cielo. Es una luz blanca y resplandeciente, que parece moverse de manera errática. Mientras la luz se acerca, puedo sentir una sensación de calma y tranquilidad. La multitud, que hace unos momentos estaba tan frenética y violenta, comienza a quedarse en silencio.

Finalmente, la luz llega a mi coche y se detiene. En ese momento, puedo sentir una extraña sensación de hormigueo en todo mi cuerpo. La puerta del conductor se abre de repente y una figura alta y esbelta se acerca a mí.

—No temas, —dice la figura en una voz suave y tranquilizadora—. Todo está bien ahora. Ha sido elegido para una tarea importante.

Estoy desconcertado y confundido, sin saber qué pensar de todo esto. Pero la figura continúa hablando, explicando que tengo una misión que cumplir. Me habla de un peligro inminente que amenaza a la humanidad y de cómo soy el único capaz de detenerlo.

Aunque todavía no estoy seguro de lo que está sucediendo, comienzo a sentir una extraña sensación de determinación y valentía. Me doy cuenta de que esta es una oportunidad única en la vida, y que debo tomarla con ambas manos.

La multitud quedó paralizada, todos mirando hacia arriba, incluyéndome a mí. El ángel se acercó más y más, hasta que estuvo justo encima de nosotros. Entonces, empezó a hablar, pero no con una voz humana. Era una voz grave, profunda y poderosa, que parecía resonar en el interior de mi cabeza.

—¿Por qué peleáis y os hacéis daño unos a otros?, —preguntó el ángel—. ¿No veis que vuestras acciones sólo causan dolor y sufrimiento? Dejar de lado vuestras diferencias y aprender a vivir en paz y armonía. Sólo así podréis alcanzar la verdadera felicidad—.

La multitud estaba en silencio, escuchando cada palabra del ángel. Incluso los más violentos parecían haberse calmado. Yo mismo sentía una extraña sensación de paz en mi interior, como si las palabras del ángel hubieran llegado directamente a mi corazón.

De repente, el ángel levantó las alas y empezó a elevarse en el aire. Me quedé allí, parado y conmovido, mientras la gente a mi alrededor lo miraba con asombro mientras desaparecía en el cielo. De repente, la multitud se acercó a mí lentamente, como si estuvieran hipnotizados por lo que acababan de presenciar. Se arrodillaron y comenzaron a adorarme como a un dios, pidiendo mis bendiciones y peticiones sin fin, lo cual me resultaba abrumador y difícil de atender a todos a la vez.

La fila de enfermos iba en aumento y me resultaba abrumador atender a tanta multitud de desgraciados. Parecía que nadie valoraba mi labor, todos pedían ayuda sin ofrecer nada a cambio, sin importar quién era yo realmente. Finalmente, logré hacerles entender que no era un dios ni nada parecido, pero en lugar de calmar la situación, la multitud se quedó en silencio y comenzó a murmurar entre ellos. De repente, como un enjambre de abejas, empezaron a propagar la histeria y el nerviosismo de unos a otros.

Entonces apareció de nuevo mi Ángel, enfurecido se comunicó con la multitud profanando palabras de reproche tal que quedaron todos avergonzados por su comportamiento.

Ahora los compañeros de los artistas no se quedaron contentos y empezaron su particular guerra en mi contra, pero ahora llevaba a mi lado mi Ángel que con su espada llameante se puso en medio con actitud amenazadora.

Los artistas se pararon en seco he instaron al ángel a entregarme como pago por la muerte de su compañero. Mi ángel me miró de arriba abajo, sintiendo una profunda tristeza por mi situación. Pero yo ya había tomado una decisión. Había renegado de él y de todo lo que representaba. Me di cuenta de que, a pesar de que me había salvado la vida en varias ocasiones, su presencia no hacía más que traerme problemas. Así que, mientras él se enfrentaba a los artistas, yo aproveché la oportunidad para escapar.

Corrí por las calles oscuras, intentando poner distancia entre mi ángel y yo. Pero en el fondo sabía que no podría escapar de él para siempre. Él era un ser celestial, con habilidades que yo no podía ni imaginar. Sin embargo, algo en mí me impulsaba a seguir adelante, a pesar del peligro.

Cuando llegué a mi apartamento, estaba temblando de miedo y de frío. Me metí en la cama y cerré los ojos, tratando de olvidar todo lo que acababa de suceder. Pero sabía que no podría hacerlo. Había tomado una decisión que cambiaría mi vida para siempre, y tendría que vivir con las consecuencias.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que me durmiera, pero cuando abrí los ojos de nuevo, me encontré con mi ángel parado a los pies de mi cama. Lo miré con miedo y desconfianza, pero él no pareció sorprendido. Sabía que tarde o temprano volvería a mi lado.

—¿Por qué has venido? —le pregunté, tratando de controlar el temblor en mi voz.

—Porque te amo, —respondió él con voz suave— y porque sé que estás en peligro. No puedes escapar de tu destino, pero puedo ayudarte a enfrentarlo.

—¿Qué hago aquí perdiendo el tiempo! —exclamé con pánico— ¡Déjate de tontearías! Si de verdad me amaras, no me habrías metido en este lío. Ahora seguro que el semáforo se pondrá en verde y aquí estaré perdiendo el tiempo— Estaba enfurecido, pensando que por su culpa perdería mi turno y todo por el abandono de este ángel al que ni siquiera había llamado.

—¿Qué quieres decir con que no me llamaste? ¿No me invocaste con tu deseo de ayuda?

—No, no exactamente. Solo estaba desesperado y gritando al cielo, no pensé en invocar a ningún ángel o ser sobrenatural.

—Entonces, ¿cómo es que llegué aquí? —preguntó el Ángel con curiosidad.

—No lo sé, pero ahora mismo no importa. Lo importante es que me ayudes a salir de este problema en el que me has metido, —respondí con tono de reproche.

—Lo haré, pero necesitas confiar en mí y en que todo sucede por una razón, —dijo el Ángel con una sonrisa tranquilizadora.

—Fácil para ti decirlo, tú eres un ser celestial, yo soy un simple mortal atrapado en un semáforo en rojo, —dije con sarcasmo.

—No subestimes tu propia fuerza, tienes más poder del que crees, —respondió el Ángel con seriedad.

—¿Y cómo voy a usar ese poder para salir de aquí? —pregunté con impaciencia.

³/₄Primero, debes calmarte y enfocarte en la solución en el lugar del problema. Luego, juntos encontraremos una manera de avanzar, dijo el Ángel con calma. Le hice caso y me calmé, pero por el rabillo del ojo pude observar que ya no estaba en mi casa. En cambio, el olor a humo y aceite quemado me devolvió a la dura realidad: estaba en el medio del tráfico rodeado por una multitud de autos con sus desesperados conductores oliendo a sudor.

De repente, un estruendo ensordecedor sacudió todo a mi alrededor. El semáforo explotó en llamas y el fuego se propagó rápidamente hacia los vehículos que nos rodeaban. La gente empezó a gritar y correr en todas direcciones, pero yo estaba paralizado por el miedo y la incredulidad.

El Ángel se acercó a mí y me tomó de la mano. Sus alas se extendieron y nos elevamos en el aire, lejos de la destrucción y el caos. Desde arriba, pude ver la magnitud de la tragedia y la impotencia de las personas que quedaron atrapadas en el fuego.

Mientras volábamos hacia la seguridad, sentí una extraña sensación en mi cuerpo. Algo estaba cambiando en mí, como si una fuerza sobrenatural estuviera fluyendo a través de mí. El Ángel me miró con una sonrisa burlona.

—¿No habías renegado de mí? —preguntó.

—Pero, se supone que tienes que protegerme, ¿no? —le contesté espantado al ver la altura que íbamos ganando.

—Todo tiene un límite... —replicó con cara de pocos amigos.

—No... No te atreverías, ¿verdad? —mi voz en pánico iba en aumento a la velocidad que íbamos subiendo.

—Adiós, mal amigo, —respondió con desdén mientras me soltaba de sus amorosos brazos.

En un instante, un espasmo recorrió todo mi cuerpo y desperté en mi auto, rodeado de vehículos en una calle con la intensidad del maldito semáforo en rojo. Me palpé en busca de algún hueso roto, pero era mi alma la que estaba estropeada. Miré hacia arriba con la esperanza de ver a mi Ángel, pero lo único que vino del cielo fue una cagada de paloma que oportunamente me dio en toda la calva, deslizándose por mi aturdido rostro.

SEGUNDO 24

Estaba allí, lamiéndome las heridas de mi maltrecha autoestima, cuando noté a una niña vestida de época entre los peatones, ajena a todo como si no perteneciera a este mundo. La miré con la curiosidad propia de un aburrido conductor esperando el semáforo en verde. En un momento dado, se percató de que la miraba. Por su semblante de sorpresa deduje que le parecía algo imposible. Extrañada de que pudiera verla, se encaminó rauda hacia mi coche. Yo estaba estupefacto, no daba crédito a mis ojos. ¿Qué podría querer esa niña de mí? Pero antes de que pudiera reaccionar, un inoportuno bocinazo me distrajo y perdí de vista a la niña.

—¿Dónde está mi mamá?

Esas palabras dichas en un tono lastimero me dejaron helado, de súbito giré la cabeza y vi a la niña llorando en el asiento de atrás, repitiendo incansablemente la misma pregunta. Estaba aterrado y no sabía cómo reaccionar, mientras un montón de preguntas se acumulaban en mi interior, pidiendo urgentemente una respuesta.

Por toda contestación, la niña me tendió la mano. A pesar de mi reticencia inicial, su expresión de tristeza me conmovió y finalmente tomé su mano. En ese instante, sentí una descarga eléctrica recorriendo mi cuerpo. La escena cambió y me vi transportado a una antigua mansión. Frente a mí, había una pequeña mesa en la que reposaba una vieja máquina de escribir. Yo escribí febrilmente la misma pregunta una y otra vez: "¿Dónde está mi mamá?"

Después de un rato escribiendo frenéticamente en la máquina de escribir, me di cuenta de que estaba atrapado en algún tipo de limbo, una dimensión entre la vida y la muerte. La niña seguía llorando y aferrada a mi mano, pero parecía no darse cuenta de nuestra situación extraña.

De repente, escuché una voz débil y susurrante llamándome por mi nombre. Volteé y vi a una mujer, de aspecto etéreo, que parecía flotar en el aire. Me habló con dulzura y me dijo que ella era la madre de la niña. Me explicó que había desaparecido recientemente y que su hija estaba atrapada en esta dimensión sin darse cuenta de su muerte.

La mujer me pidió que ayudara a su hija a encontrarla, para guiarla hacia la luz, para su descanso final. Me explicó que la niña necesitaba escuchar la verdad y aceptar su situación para poder avanzar hacia el más allá.

Así que, tomé la mano de la niña y comencé a guiarla por los oscuros pasillos de la mansión. En cada habitación, encontrábamos a más almas perdidas, que parecían necesitar ayuda para avanzar hacia la luz. Pero nuestra principal misión era encontrar a la madre de la niña y ayudarla a aceptar su destino.

Finalmente, después de explorar la mansión durante lo que pareció una eternidad, encontramos a la madre de la niña en una habitación oscura y solitaria. La niña, al ver a su madre, comenzó a llorar aún más fuerte. La madre le habló con ternura y le explicó la verdad, que ella había desaparecido y que estaba allí para guiarla hacia la luz.

La niña, aunque al principio se resistió a aceptar lo que su madre le decía, finalmente comprendió y decidió su destino. Junto con su madre, desaparecieron en un resplandor brillante y cálido, avanzando hacia un destino mejor.

Yo me quedé allí, en la mansión, rodeado de otras almas perdidas, pero con la sensación de que había cumplido con mi deber y ayudé a una familia a encontrar la paz. Cuando abrí los ojos, me encontré sentado en mi auto, detenido frente al mismo semáforo en rojo de siempre. Pero algo era diferente. Podía sentir la presencia de la niña en el asiento trasero, aunque no la viera. Una voz susurró en mi oído: "Gracias por ayudarnos"

El semáforo en rojo parecía no tener fin, como si estuviera atrapado en un bucle temporal. La sensación de estar apresado en ese lugar, en ese momento, me invadió. Comencé a sentir una opresión en el pecho, una falta de aire, como si la realidad se estuviera cerrando sobre mí.

Intenté salir del auto, pero las puertas se negaron a abrir. La voz de la niña volvió a susurrar en mi oído: "No puedes irte todavía, aún hay mucho por hacer".

Fue entonces cuando vi a través del espejo retrovisor la figura de la niña, de pie en medio de la calle, mirándome fijamente. La mirada de la niña parecía estar llena de significado, como si supiera algo que yo no sabía. Me quedé allí, mirando a la niña mientras ella desaparecía lentamente de mi vista.

De repente, la escena cambió y me vi de vuelta en la mansión, frente a la vieja máquina de escribir. Sabía que tenía que seguir escribiendo, pero no sabía qué. Entonces recordé la voz de la niña y lo que dijo: "Aún hay mucho por hacer". Así que comencé a escribir. Anoté sobre la niña y su madre, sobre su lucha por encontrar la paz y su triste final. Transcribí sobre la mansión y las almas perdidas que aún estaban allí, esperando encontrar su camino. Escribí sobre todo lo que vi y sentí.

Cuando terminé, la escena cambió de nuevo y me encontré de vuelta en mi auto, detenido en el mismo semáforo en rojo. Pero esta vez, las puertas se abrieron y pude salir. Miré alrededor y todo parecía normal, pero sabía que algo había cambiado en mí. Sabía que había hecho algo importante. Sentí la presencia de la niña y su voz susurrando en mi oído: "Gracias por ayudarnos". Y sabía que había hecho lo correcto al escribir su historia y ayudarla a encontrar la paz.

Me quedé allí, contemplando el semáforo en rojo, reflexionando sobre todo lo que había pasado. Sabía que algo había cambiado en mí, pero no podía entender exactamente qué era. Sentía una extraña conexión con la niña y su madre, como si los conociera de toda la vida.

De repente, escuché una voz que me llamó desde la otra acera. Era una anciana con un rostro amable y arrugado, que me miraba con curiosidad. Se acercó a mí y me dijo: —¿Todo bien, joven? Pareces perdido. —Le conté sobre mi experiencia en la mansión y cómo había ayudado a la niña a encontrar a su madre. La anciana me escuchó atentamente y luego me dijo: —Creo que has aprendido una gran lección, querido. La vida es un misterio, pero siempre hay una respuesta, solo hay que buscarla. —Sus palabras me impactaron profundamente y me hicieron reflexionar sobre mi propia vida. Me despedí de la anciana y volví a mi auto, sabiendo que había hecho algo importante ayudando a la niña y a su madre a encontrar la paz.

SEGUNDO 25

Estaba en paz conmigo mismo. Por una vez, respiraba sin sentir la necesidad de vomitar. Disfrutaba del paisaje, aunque no era particularmente idílico. Era mi paisaje y no había otro igual. Me vino a la mente el refrán: "en la casa del pobre, el oro se vuelve cobre". De repente, un toque en la ventanilla me sacó de mis pensamientos. Sabía que no debía hacerlo, pero estaba de tan buen humor que de alguna manera invité a mi siguiente actor en esta burda representación teatral.

Era el típico vendedor de pañuelos de papel que me obligaba a comprarlos a un precio que doblaba el valor del producto. Además, solo pedía la voluntad. Bien dicho, supongo que la voluntad debería estar en función de los ingresos de cualquiera, pero no era así. Parece que la voluntad está en proporción al grado de lástima que nos produce la persona que pide. En mi caso, en lugar de lástima, me produjo una molestia tan grande que al momento me arrepentí.

El vendedor siguió insistiendo y yo comencé a sentirme cada vez más frustrado y enojado. ¿Por qué no podía simplemente dejarme en paz? ¿Por qué tenía que hacer su trabajo justo cuando yo estaba tratando de relajarme? Mis pensamientos se volvieron más oscuros y comenzaron a sentir una sensación de rabia creciendo dentro de mí.

Espontáneamente, sentí como si todo el estrés y la frustración que había estado acumulando dentro de mí en los últimos días estuvieran explotando en ese momento. La voz del vendedor se convirtió en un zumbido irritante, y mi mente se nubló con el enojo. Sin darme cuenta, comencé a gritarle al vendedor y lo empujé con tanta fuerza que cayó al suelo.

Entonces, los vecinos salieron en masa de sus respectivos autos y formaron corrillos alrededor mío y del vendedor herido. Criticaron mi comportamiento y parecieron celosos de mi frustración. No dudaron en insultarme y luego ofrecieron ayuda al vendedor ambulante.

Estaba fuera de mí e intenté a gritos hacerles comprender a estas personas que no estaba haciendo nada malo al expresar nuestra frustración y enojo hacia los vendedores ambulantes que constantemente interrumpían nuestra tranquilidad en los semáforos en rojo. Me cubría con la bandera de la sufrida clase media. Para mí, esta mendicidad era el terror que afectaba a todos los conductores y peatones por igual. No entendía por qué estas personas no compartían mi punto de vista y se escandalizaban por mi comportamiento.

Entonces ocurrió algo inesperado. El vendedor que estaba en el suelo empezó a convulsionarse, y yo me quedé pasmado, sin saber cómo reaccionar. La gente me miró como si fuera responsable de su estado de salud, pero yo no había hecho nada más que empujarlo un poco para apartarlo de mi camino, pero la gente parecía cada vez más molesta. Algunos se acercaron al vendedor para prestarle ayuda, pero antes de que pudieran hacer algo, el hombre se abalanzó sobre uno de ellos, mordiéndolo con fuerza en el cuello. La sangre brotó a borbotones y los demás se alejaron, horrorizados. El vendedor se levantó, sus ojos se volvieron blancos y su piel estaba pálida como la muerte. Miré en

shock mientras comenzaba a atacar a la gente a su alrededor, mordiendo y arañando con fuerza. Sus víctimas, una vez mordidas, comenzaban a convulsionarse y a transformarse en criaturas deformes y desfiguradas por la enfermedad. Cuando empezó a morder a diestro y siniestro, a gruñir como un perro rabioso entonces, me encogí de hombros, intentando explicar mi inocencia, recalcando que ahora ya no daba tanta lástima y a ver quién era el buen Samaritano que quisiera ayudarlo. Nadie me hizo el menor caso, estaban muy atareados en salvar sus propias vidas

A medida que la horda de zombis crecía en número, me di cuenta de que ya no había escapatoria. Grité, tratando de encontrar una solución, pero todo parecía perdido. Decidí refugiarme dentro de mi auto, bloqueando las puertas y ventanillas. Era una decisión desesperada, pero por el momento, era lo único que podía hacer para protegerme. Podía oír el sonido de los zombis golpeando el metal del vehículo y sus gemidos persistentes, pero al menos estaba a salvo por el momento. Mientras esperaba en silencio, pude sentir mi corazón latiendo con fuerza y mi mente luchando por procesar la realidad de la situación.

En estos momentos siento una angustia tan grande que me dan ganas de vomitar. Estoy acurrucado en el asiento trasero de mi auto, tratando de pasar desapercibido mientras la horda de zombis golpea y sacude el vehículo. El olor a podredumbre y el ruido constante me recuerdan la dura realidad de mi situación.

Mis pensamientos se vuelven confusos mientras intento encontrar una solución, pero parece que no hay escapatoria. Me siento impotente y aterrorizado, preguntándome si alguna vez saldré vivo de esta pesadilla.

Intento controlar mi respiración y mantener la calma, pero la tensión en mi cuerpo es palpable. Sigo acurrucado en el asiento trasero, esperando lo peor mientras el mundo que conocía se desmorona a mi alrededor.

Asumo con cuidado la cabeza por la ventanilla, solo lo suficiente para observar la horda de zombis que tengo alrededor del auto. Escucho los gruñidos que emiten y veo cómo se empujan unos a otros tratando de encontrar alguna parte vulnerable del vehículo. Los golpes que dan resuenan en mi cabeza como si fueran bombas, me duelen los oídos y las sienes parecen a punto de explotar.

La tensión y el miedo se apoderan de mí y siento como mis esfínteres se aflojan, dejando salir mis fluidos. Intento controlar mis reacciones y mantener la calma, pero es difícil cuando tengo a la muerte golpeando a mi alrededor. La idea de que pronto seré devorado por esos monstruos me produce una sensación de desesperación que me paraliza.

Cierro los ojos y me concentro en mi respiración, tratando de bloquear todo lo que está sucediendo a mi alrededor. Sé que no puedo quedarme así para siempre, pero en este momento lo único que puedo hacer es esperar y rezar para que todo esto acabe.

Lo peor que pudo haber sucedido, sucedió: la puerta del auto cedió y uno de esos monstruos pudo entrar. Se abalanzó sobre mí y sentí su aliento fétido mientras me empujaba con una fuerza sobrenatural. No sé de dónde saqué fuerzas, pero luché por mi vida y empujé a la criatura apartándola de mí.

El ruido de la lucha atrae a otros muertos vivientes. Ahora estoy rodeado, todos luchando incluso entre ellos para tratar de arrancarme un bocado de carne. Intento escapar, pero las puertas del auto están bloqueadas por los bichos. Estoy como si una camisa

de fuerza me hubiera atrapado. Grito desesperadamente, tanto que por un momento parece que los zombis se detuvieron.

La necesidad me hizo recordar cosas que en un estado normal olvidaría. Con la velocidad del pensamiento, recordé que tenía en la guantera del auto un gran destornillador, lo más parecido a un arma que tenía en ese momento. Lo agarré con fuerza y aprovechando el desconcierto de los muertos vivientes, empecé a perforarles el cráneo. Con una destreza que no sabía que tenía, acabé con todos los bichos que estaban en mi auto. Era increíble lo lentos que eran y yo aproveché esa circunstancia a mi favor.

Finalmente logro salir del auto y empiezo a correr, detrás mía las hordas de muertos vivientes se mueven a una velocidad más lenta, pero incansable. Mi corazón late a tal rapidez que se me sale por la boca. Ya solo me mueve mi instinto de supervivencia y la lucha solo acaba de empezar.

Corro casi sin fuerzas, sin mirar atrás. Los gemidos, el arrastre de sus pies, y el pestilente olor me indican que están cerca. Busco desesperadamente un lugar seguro para esconderme, donde los bichos no pueden alcanzarme. Por suerte, veo justo enfrente de mí un edificio que parece ser un antiguo almacén abandonado de ladrillos. Se ve fuerte y seguro, y debe contener a las hordas de muertos vivientes. Hay una puerta de hierro de dos hojas, que parece robusta y está entreabierta. La abro del todo y la vuelvo a cerrar, asegurándome de bloquearla con un oportuno madero abandonado.

Me paro apoyándome en la misma puerta, intento calmar mi respiración y mi corazón desbocado. De momento estoy a salvo, intento ordenar mis ideas, ahora que el pánico no me atenaza, me siento más seguro, pero no sé cuánto aguantaré y cuánto tiempo tardarán los bichos en encontrar una entrada.

Miro a mi alrededor, el lugar está en ruinas, lleno de escombros, suciedad y restos de cadáveres de ratas y algún animal irreconocible. Las paredes están llenas de humedades y pintadas obscenas que representan lo que se le ocurrió a algún pandillero drogado. Aquí y allá observo pequeños altares con pentagramas dibujados y claros símbolos satánicos.

Decido explorar el lugar más detenidamente en busca de algo que me pueda servir de arma para defenderme. Al otro lado del diáfano almacén hay una habitación, me dirijo hacia allí con la esperanza de encontrar algo útil.

Llego a la habitación y la puerta está cerrada con llave. Busco algo para forzarla y encuentro una palanca de metal oxidada. Con cuidado de no hacer ruido, hago palanca en la cerradura hasta que cede y la puerta se abre.

Dentro de la habitación, veo varias cajas apiladas y una estantería con herramientas y materiales de construcción. Reviso cada caja y encuentro algunas herramientas de mano, como un martillo y un serrucho. También localizo algunas cajas de clavos y tornillos, y decido tomarlos para usarlos como munición improvisada.

Continúo revisando la habitación y encuentro una escopeta de doble cañón en una esquina, corro hacia ella y la agarro con fuerza, siento su peso y me doy cuenta de que es una herramienta letal. Compruebo que esté cargada y la guardo junto con las otras herramientas en mi mochila.

Salgo de la habitación y regreso a la entrada del almacén, asegurándome de que la puerta esté firmemente bloqueada. Me siento un poco más seguro ahora que tengo una forma de defenderme, pero sé que el peligro aún acecha en todas partes.

Decido subir las escaleras que llevan a la planta superior, quizás desde allí pueda tener un mejor control de la situación. Encuentro una pequeña ventana que me brinda la sensación de seguridad que tanto busco, desde allí puedo observar a los no-muertos sin ser visto. La vista me proporciona una perspectiva completa de lo que sucede alrededor, pero también me hace sentir solo y aislado.

Nada ha terminado, tengo que encontrar una forma de salir de esta ratonera. Por ahora, tengo que quedarme aquí a la expectativa y luchar por mi vida. Tomo mi escopeta y me siento junto a la ventana, observo cómo el sol se pone por el horizonte. Es entonces cuando los bichos son más activos con la oscuridad.

En un arrebato de valentía o desesperación, decido salir del almacén y continuar mi búsqueda de un lugar más seguro. Camino por las calles desiertas, obstaculizadas por detritos de escombros, animales muertos y restos de cadáveres, pero espero que la oscuridad sea mi aliada. En estas circunstancias, el sigilo es fundamental, pero debido a la negrura de la noche sin luna, tropiezo y voy a dar con mis huesos a un montón de basura llena de latas vacías, produciendo un estruendo digno de un derrumbe de cacharros.

Maldiciendo mi mala suerte, me giro y efectivamente observo cómo un grupo de no-muertos se ha percatado de mi torpeza y corre hacia mí. Todavía tengo un as en la manga, gracias a su lentitud, puedo utilizar mi escopeta y disparar ambos cañones.

Les reviento la cabeza y los bichos caen uno a uno en medio de charcos de color grisáceo, despidiendo un olor nauseabundo. Me siento aliviado al ver que me defiendo muy bien con la escopeta. Me pregunto si tendré suficiente mientras toco los cartuchos dentro de mi bolsillo en un movimiento tranquilizador, advirtiéndome que tengo bastante para unos cuantos bichos. Como segunda opción, dispongo de mi gran destornillador al cinto, al que le auguro un futuro muy prometedor.

Me preocupa todo el ruido que estoy haciendo, ya que puede que haya más no-muertos deambulando por los alrededores. Decido moverme con mucha precaución para evitar cualquier encuentro desagradable.

Finalmente, después de varias búsquedas, encuentro una sucursal bancaria. Las puertas, antaño bien cerradas, ahora están reventadas, pero entro con la esperanza de encontrar la seguridad que busco. Tengo suerte, este banco tiene lo que esperaba. Hallo unos grandes paneles de cristal a prueba de balas que protegían a los empleados de posibles atacadores.

Entro por una puerta metálica que da acceso al interior de los mostradores, cierro el gran pestillo y me siento seguro detrás de ese gran cristal que abarca desde el mostrador hasta el techo, sin posibilidad de fisura alguna por donde los bichos puedan entrar.

Mientras intento descansar, no puedo dejar de pensar en la soledad y la tristeza que me rodea. Fuera, la muerte y la destrucción campan a sus anchas, mientras que aquí, la seguridad que me ofrece el lugar es ideal. El sueño propiciado por todos los acontecimientos del día pronto me vence, y me sumerjo en un profundo sueño reparador.

Un ruido ensordecedor me despierta y me saca de mi sueño reparador. Al mirar afuera, veo que el sol ilumina todo, pero dentro de la sucursal bancaria, un ejército de bichos

está golpeando la mampara de cristal con fuerza. Rápidamente me levanto y me acerco a la zona de peligro. La cantidad y la fuerza de los bichos es tal que pronto el cristal empieza a mostrar sus primeras fisuras, lo que me hace preocuparme por mi seguridad.

Me doy cuenta de que debo actuar con rapidez para evitar que los no-muertos entren y me ataquen. Observe mi entorno y busco una manera de detenerlos. Investigo desesperadamente buscando algo con lo que pueda defenderme y deduzco que tiene que haber algo en alguna parte. Hostigado por la urgencia, busco frenéticamente en todos los rincones y habitaciones, y finalmente localizo en la parte trasera de la sucursal una sala de seguridad con armas y municiones. Una vez dentro, recojo todo lo que necesito para luchar contra los bichos.

Regreso a la zona de peligro y empiezo a disparar con mi escopeta a los no-muertos, haciendo todo lo posible para detener su avance. Sin embargo, la cantidad de bichos es demasiado grande y pronto se abren paso a través de las fisuras en el cristal.

Me doy cuenta de que debo hacer algo drástico para detenerlos, así que decidí activar la alarma de incendios y rociarlos con el extintor que encuentro en la pared. El humo y el polvo del extintor dificultan su visión y su avance, lo que me permite seguir luchando contra ellos con más facilidad.

Por fin, logro abrirme paso fuera de la sucursal, entre cadáveres, restos de agua y polvo del extintor. El panorama que se presenta es apocalíptico: autos en llamas, edificios derruidos y el sonido de gritos y detonaciones de disparos por todas partes. La ciudad parece un campo de batalla donde los no-muertos se alimentan de los desafortunados que yacen moribundos en el suelo.

Dando tumbos sin rumbo fijo, tropiezo con un helicóptero en llamas. En su interior, los militares aúllan pidiendo auxilio, y yo me siento impotente al no poder ayudar. Solo me queda rezar por sus almas y esperar que su sufrimiento sea lo menos posible. Observo a mi alrededor y veo un sinfín de armamento, vehículos militares y soldados calcinados, y el suelo cubierto de casquillos de diversos calibres. La escena es ensangrentada y aterradora.

Mientras me adentro en el complejo militar, me doy cuenta de que el lugar refleja perfectamente la devastación y muerte que ha tenido lugar. Con mi entrenamiento militar en mente, empiezo a buscar el lugar donde se guardan las municiones y el armamento. A pesar de los obstáculos que se presentan en mi camino, logro encontrar unas instalaciones semienterradas que parecen ser el polvorín. Al acercarme, veo que la puerta está forzada, probablemente por los militares que buscan sacar las municiones para luchar contra los no-muertos. Al entrar, me encuentro con un desorden absoluto. Pero entonces, una caja de madera grande con insignias llama mi atención y decido investigar.

Estoy observando detenidamente las cajas con las tibias cruzadas y la calavera grabada, y me doy cuenta de que no auguran nada bueno. Sé que debo tener cuidado y que lo que hay dentro de ellas podría ser extremadamente peligroso. Con la ayuda de una palanca de hierro, estoy forzando la tapa de las cajas. Al abrirlas, veo varios frascos de cristal cuidadosamente protegidos por el embalaje y con las mismas insignias de advertencia de peligro si se manipulan sin la indumentaria de seguridad adecuada. Aunque mi inglés no es muy bueno, puedo deducir que debe tratarse de algún producto químico con un poder devastador.

Estaba sumido en un mar de dudas, no sabía qué hacer. Sentía que mi vida no valía la pena y que seguir luchando contra los no-muertos era una tarea sin fin. ¿Qué sentido tenía todo esto? Quizás debería acabar con todo de una vez y limpiar la faz de la tierra de estas criaturas. Pero ¿a qué costo? Yo también tengo que morir. No era un héroe, pero tampoco podía seguir así. Finalmente, decidí tomar la opción más obvia: había un bidón de gasolina en un rincón abandonado. Con rapidez, saqué mi mechero y el paquete de tabaco que había olvidado en el fondo de mis bolsillos.

Tomo la gasolina y la impregno cuidadosamente en todo el polvorín. Salgo y me siento para fumarme un cigarrillo mientras contemplo cómo el sol se pone en el horizonte. Enciendo mi mechero y lo arrojo dentro del polvorín.

¿Qué estoy haciendo? ¿A quién quiero engañar? Me pregunto mientras le doy un puñetazo al salpicadero de mi coche. ¿Cómo llego a este punto de considerar la destrucción de todo el planeta? Yo no soy ningún héroe ni mucho menos, estoy en mi mundo de confort, un idiota del montón haciendo lucubraciones mentales mientras espero el semáforo en verde.

Aunque estoy en mi propia mente, miro a mi alrededor por si alguien está notando mi extraño comportamiento o cualquier señal que revele mis fantasías. No hay nada de qué preocuparse, todos parecen ajenos a mis pensamientos, excepto por una niña de pocos años en un automóvil paralelo al mío. Está pegada al cristal, con una expresión de asombro y preguntándose qué demonios estoy haciendo. Trato de comportarme con normalidad y le dedico una sonrisa amplia y encubridora.

Con disimulo miro por el espejo retrovisor y veo a la niña que sigue mirándome fijamente. Siento su juicio sobre mí y el peso de la vergüenza me aplasta. ¿Qué pensará de mí? ¿Cómo puedo haber llegado a este punto de considerar la destrucción del mundo?

Intento hacer como si nada hubiera pasado, pero su mirada y la expresión de su rostro me hacen sentir aún más avergonzado. ¿Sabe ella lo que estaba pensando? ¿Sabe que estaba a punto de causar la muerte de millones de seres vivos?

La niña se acerca a su madre y le habla al oído, como si estuviera contándole un secreto. La madre me mira con desprecio, juzgándome sin conocerme. Me siento tan pequeño y miserable en este momento, expuesto a la crítica y al ridículo.

Esta experiencia me ha hecho darme cuenta de lo peligroso que puede ser permitir que mi mente divague sin control. Me prometo a mí mismo trabajar en mi autocontrol y en la forma en que manejo mis pensamientos para evitar volver a sentirme así de vulnerable y avergonzado.

Estoy rodeado de vergüenza y me siento expuesto ante el juicio de la gente. La niña me ha pillado fantaseando con la idea de la destrucción del planeta, y ahora su madre también me mira con desaprobación. Me siento tan pequeño que me gustaría desaparecer. La niña sigue sacándome la lengua, como diciéndome que soy un tonto, y su madre parece estar contándole a alguien sobre mi extraño comportamiento. ¿Qué pensarán de mí? ¿Cómo pude llegar a pensar en algo tan tonto como la destrucción del mundo? Me siento ridículo expuesto y ante el juicio de los demás.

Me siento oscuro expuesto, como si todo el mundo pudiera leer mis pensamientos. La vergüenza me consume por dentro y me arrepiento de haber tenido esas ideas. Me

doy cuenta de lo peligroso que puede ser dejar que mi mente se des controle de esa manera.

Intento pensar en algo más positivo para alejar esos pensamientos de mi cabeza, pero me siento atrapado en un remolino de emociones. La niña y su madre se dedican a lo suyo ya ha pasado la novedad y no soy para ellas nada más que una anécdota, pero la sensación de haber sido juzgado me sigue persiguiendo.

Finalmente, avanzo, tratando de dejar atrás esos pensamientos negativos y prometiéndome a mí mismo controlar mi mente y no dejar que me lleve a lugares peligrosos.

SEGUNDO 26

Sigo escondido del mundo, agazapado dentro de mi auto, cuando unos golpes apresurados me sacan de mi espacio. Asomo con mucho cuidado la cabeza y veo la cara del individuo que está aporreando mi puerta. Está en pánico, sus ojos están abiertos como platos y los regueros de sudor cubren su frente. Sus lamentaciones me indican que se trata de un caso de vida o muerte. Me vocea, gesticula, y deduzco que quiere que lo acompañe. En un primer momento, dudo, pero ante la reiterada insistencia del individuo, resuelvo acompañarlo.

Al llegar a su auto, observo que la situación es mucho más crítica de lo que imaginaba. Una mujer está pariendo en el asiento del pasajero, evidentemente con gran dolor. El hombre me pide que la ayude a subir a mi auto para llevarla al hospital más cercano. Aunque me siento un poco nervioso, sé que no hay tiempo para esperar a los médicos y que debo actuar rápidamente.

No tengo ninguna preparación para situaciones como esta, pero pongo mi buena voluntad al servicio de la mujer. Pido a los curiosos toallas limpias, agua caliente y que los entrometidos que están a mi alrededor nos dejen hacer nuestro trabajo. Sin embargo, a diferencia de las películas, aquí no hay médico ni suministros adecuados. No hay toallas limpias, ni agua caliente, y los mirones están a la expectativa de ver a una mujer semidesnuda dando a luz. La situación es tensa, pero sé que debo hacer lo que pueda para ayudar.

La atmósfera es tensa y dramática mientras la mujer grita de dolor. Trato de mantener la calma y la compostura mientras improvisamos todo lo necesario para ayudarla a dar a luz en las condiciones más precarias. La mujer aguanta con fuerza mientras se aferra a mi mano, y yo hago lo que puedo para sostenerla y brindarle un poco de consuelo.

La falta de suministros médicos y la ausencia de un profesional en el campo de la obstetricia son obstáculos importantes, pero no me rindo y sigo adelante, trabajando para asegurarme de que todo salga lo mejor posible. Los mirones en el exterior están asombrados a la ventana, curiosos por lo que está sucediendo dentro del coche. Aunque su presencia no ayuda en nada, logro mantenerlos alejados con un gesto firme.

Finalmente, después de un arduo trabajo, la mujer da a luz a un hermoso bebé. A pesar de todas las dificultades, el nacimiento es un éxito, y siento una gran satisfacción al saber que hemos sido capaces de ayudar a la mujer y al bebé a través de esta difícil situación.

Todo esto es muy idílico, pero en este momento noto que el padre mira al recién nacido y observa un detalle que para algunos no tiene importancia, pero para él y para mí, poniéndome en sus zapatos, es primordial. El color café con leche del bebé no augura nada bueno, si tenemos en cuenta que la pareja es de aspecto, como dirían los indios, rostros pálidos. Final del formulario

Desafortunadamente, el padre no parece estar contento con la situación. Puedo sentir su tensión mientras sostiene al bebé en sus brazos, y noto cómo evita mirar al niño directamente a los ojos. Es evidente que no sabe o no quiere aceptar la nueva situación.

Intento buscar las palabras adecuadas para aliviar su preocupación, pero parece que nada de lo que diga será suficiente para calmarlo. Puede que tenga miedo del juicio de la sociedad, o simplemente no se siente preparado para enfrentar la realidad de tener un hijo de raza mixta.

Es una situación difícil, y me preocupa el futuro de la familia. Sin embargo, en lugar de dirigir su ira hacia la madre, el padre se enfoca en mí, un actor que ha entrado a última hora en este vodevil. Trato de apaciguar los ánimos, pero el mal genio del padre ultrajado sale a la luz. Arremete en mi contra con suma violencia, acusándome de ser el culpable de la situación.

Me siento atrapado en medio de este ambiente tenso y peligroso. Trato de explicar que yo solo he sido llamado para ayudar, pero el padre parece no querer escuchar razones. Su enojo y frustración son palpables, y me doy cuenta de que podría ser capaz de hacerme daño si sigue así.

Intento mantener la calma y encontrar una solución pacífica para todos, pero el padre sigue lanzando insultos y amenazas. Me siento impotente y vulnerable, sin saber cómo puedo salir de esta situación a salvo.

Finalmente, después de un rato de discusión tensa y angustiosa, logro convencer al padre de que el color de la piel de su hijo no tiene nada que ver con el amor que le tiene y que debe gastar en disfrutar de la paternidad y en cuidar a su esposa e hijo recién nacido.

El padre, lentamente, comienza a calmarse y a aceptar la realidad de la situación. Veo en su rostro una mezcla de tristeza, miedo y arrepentimiento, pero también de amor y cariño hacia su familia. Me doy cuenta de que ha sido una experiencia difícil para él, pero espero que pueda superarla y convertirse en un buen padre y esposo.

Me despido de la pareja, aunque la tensión aún se siente en el aire. La esposa me lanza una mirada coqueta y me roza la mano al despedirse. Me sorprende su gesto, ¿qué pretende con esto?, me pregunto. Pero al llegar a mi auto, noto algo extraño de mi reflejo en el retrovisor. ¿Desde cuándo soy tan moreno?, me pregunto desconcertado. No puedo evitar pensar en la posibilidad de que haya alguna conexión entre la mujer y yo. Pero no, eso es imposible, ¿o no? La duda me carcome y no puedo evitar sentirme incómodo con la idea.

Me vuelvo a mi auto y regreso atrás en mi memoria y sí, una luz pareció alumbrar mis recuerdos, ¿cómo pude olvidarla? Me recriminaba a mí mismo, es como si la estuviera viendo ahora mismo.

Estaba parada en la calle, con una sonrisa coqueta en su rostro, y cuando me acerqué, me dijo mi nombre con tanta familiaridad que me sorprendió. Yo no la reconocía, pero ella me habló como si fuéramos viejos amigos.

Intenté recordarla, pero todo lo que encontré fue un vago recuerdo de su rostro y su voz. No tenía idea de cómo habíamos podido conocernos antes.

Ella pareció darse cuenta de mi confusión y rápidamente me ofreció un trago en un bar cercano. Aunque tenía mis reservas, acepté, no queriendo ofenderla. Mientras tomábamos, ella me contó algunas anécdotas sobre mi vida, como si las hubiera vivido junto a mí.

Cada vez me sentí más incómodo y confundido. ¿Cómo podía saber tanto de mi vida? ¿Cómo podría haber olvidado haber conocido a esta mujer?

Pero lo peor es cuando ella me toma de la mano y me dice con un tono apasionado que quiere que sea el padre de su futuro hijo. Me siento estupefacto, no sé cómo reaccionar. Según me explica, ha tenido un sueño con una persona de color, y esa persona soy yo. Según ella, estamos hechos el uno para el otro, almas gemelas según dice.

Después de ese encuentro incómodo con la mujer, decido alejarme de ella y tratar de olvidar lo que ha pasado. Pero no puedo sacarla de mi mente. Me encuentro pensando en ella todo el tiempo, en sus ojos brillantes y en su sonrisa cálida. Empiezo a cuestionarme si ella tiene razón y si realmente estamos destinados a estar juntos.

Fue en una fiesta de amigos en común, donde ella se acercó con una sonrisa y me preguntó si quería bailar. A partir de ahí, empezamos a hablar y a conocernos mejor. Descubrimos que teníamos muchas cosas en común, incluyendo su amor por la música y la literatura.

Finalmente, decido llamarla y hablar con ella de nuevo. Después de muchas conversaciones y citas, nos enamoramos profundamente el uno del otro. Pero a pesar de que nos amamos, seguimos enfrentando problemas debido a nuestras diferencias raciales. Algunas personas en nuestra comunidad nos miran mal y nos juzgan por estar juntos, pero no dejamos que eso nos detuviera.

Un día, mientras paseamos por el parque, ella me dice que está embarazada. Me siento abrumado por la emoción y el miedo. ¿Cómo seré como padre? ¿Podré criar a un niño en este mundo lleno de prejuicios y discriminación? Pero ella me tranquiliza y me dice que juntos podemos superar cualquier obstáculo.

Esa era la fórmula: estar juntos, pero finalmente terminé la relación, mejor dicho, yo la terminé. Ella se lo tomó muy mal, su salud cayó en picado. Yo sabía que había lastimado a una buena persona que no le importaba los prejuicios raciales y me quería de verdad. Lo sé, fui un cobarde incapaz de luchar contra la sociedad y me refugié en mi zona de confort acabando por casarme con una mujer de un color apropiado al mío.

Aunque mi mente la apartó de mis recuerdos, nadie, ni siquiera mi propia esposa, consiguió hacerme sentir lo que llegué a sentir por ella. Ahora mis viejos fantasmas vuelven a mi mente y no dejo de preguntarme cómo habría sido mi vida con ella.

Estoy lamiendo mis heridas cuando aparece ella con el niño en brazos. Entre hipos y sollozos me dice que ha dejado a su esposo, manifestando que soy el amor de su vida y que juntos nos escapamos con el fruto de nuestro amor.

Ahora que tengo de alguna manera lo que quería, siento que mi mente se nubla con preocupaciones y problemas: la hipoteca, mis hijos, mis mascotas, el chalet en la montaña, la casita en la playa y, por supuesto, los gritos de mi esposa llamándome de todo menos bonito. La realidad me golpea de nuevo y me doy cuenta de que quizás nunca fui lo suficientemente valiente para enfrentar las consecuencias de mis decisiones. No puedo simplemente abandonar todo lo que construí en mi vida y escapar con la madre de mi hijo.

¿Qué hago ahora?, prisionero dentro de mi auto esperando el maldito semáforo que cambie de color con una antigua amante y encima con premio. La miro de arriba a abajo, tratando de encontrar una razón para justificar por qué no la quiero tanto como antes.

Pero, a pesar de todo, su presencia a mi lado me hace sentir incómodo y confundido. ¿Debería seguir adelante con mi vida actual y dejarla ir, o arriesgarme y volver a intentarlo con ella?

En ese momento aparece el marido lleno de furia, dispuesto a defender su honor ultrajado. Después de golpear mi auto varias veces y descargar su ira sobre mi coche, viendo que ignoro todos y cada uno de sus insultos entonces decide hablar con su esposa. Desde fuera del auto establecen un diálogo, mientras yo espero un desenlace a mi favor por lo que trato de mantenerme en un segundo plano. Pero ella insiste en que soy su gran amor y no piensa volver con él.

Entonces, enajenado y viendo en mí el destructor de su mundo, se vuelve hacia su auto. Acto seguido, sin dejarme tiempo para nada más, lo veo volver con una escopeta. Me pregunto de dónde narices tiene este tipo un arma en su auto.

La situación se vuelve aún más tensa cuando yo estoy presente y el marido enfurecido apunta con la escopeta hacia mi auto y amenaza con disparar si no me alejo de su mujer. Ella sale de mi auto y en un alarde de amor se pone en medio de mí y su iracundo marido. Me grita a viva voz que soy lo que más le interesa y si se atreve que dispare, proclamando orgullosa que, sin mí, su vida no vale nada, estando dispuesta a sacrificarse ella y su hijo.

El marido, impulsado por la ira y los celos, dispara aun sabiendo que la mujer está en medio de los dos. Yo, loco de rabia y sin entender al marido, salgo con la intención de rescatar a mi antigua amante, pero llego tarde. La misma yace en un gran charco de pegajosa sangre. Me acerco a ella mientras el asesino está allí inmóvil como una estatua de sal. Me arrodillo tomando su cabeza y acercando mi oído a sus labios en un afán de entender lo que quiere comunicarme entre estertores.

Después de escuchar el susurro débil en mi oído, trato de enfocar mi atención escuchando con más atención lo que la mujer moribunda me está diciendo. Parece que está hablando directamente conmigo, con una voz temblorosa y dolorida.

Ella me dice:

—Yo te amaba... —y siento una punzada en el corazón al escuchar esas palabras. Trato de responderle con sinceridad:

—Lo sé, —pero sé que mis palabras no son suficientes para calmar su dolor.

Luego, ella me hace otra pregunta:

—¿Ahora qué será de nuestro hijo?, —y puedo sentir el tono suplicante en su voz. Trato de tranquilizarla, diciéndole que ya he llamado a una ambulancia y que, con un poco de suerte, nuestro hijo sobrevivirá. Pero en el fondo, sé que las cosas no son tan sencillas y que esta situación cambiará nuestras vidas para siempre.

De repente, la mujer exhaló un suspiro seguido de un estertor, y pude sentir cómo su cuerpo se aflojaba en mis brazos. Sus ojos vidriosos miraban a ninguna parte, mientras sus facciones se relajaban en un último suspiro de vida. Traté de sostenerla, pero su cuerpo ya no respondió. En ese momento, un estruendo sonó detrás de mí y me giré para ver al marido. Él había tomado la decisión desesperada de salir de esa situación y se había pegado un tiro en plena cara. La sangre y su materia gris quedaron esparcidas por todo el lugar, y todos los presentes quedaron horrorizados por el espectáculo dantesco. La gente salió de sus autos, asombrada por lo que acababa de ocurrir.

Yo permanezco arrodillado junto a la mujer, tratando de procesar todo lo que acaba de pasar. La ambulancia finalmente llega, pero ya es demasiado tarde para salvarla a ella y al neonato. Al final, la ambulancia resulta innecesaria, ya que llega la policía y la furgoneta del forense para llevar ambos cuerpos. Ahora, juntos son transportados no en vida, pero la muerte nos hace a todos iguales. A mí, que estaba esperando el semáforo en verde, me ordenan seguir dentro de mi coche y presentarme en breve en la comisaría.

Una vez recluido dentro del coche, siento una profunda tristeza y vergüenza. Llora sin control, sin importar quién pueda verme. Me siento impotente y culpable por no haber podido hacer más para salvar a la mujer que amaba y a mi propio hijo. Me reprocho por haber permitido que la situación llegara a ese punto y por no haber actuado de manera más decidida para protegerlos. Me siento atrapado en una mezcla de dolor y arrepentimiento, con la mente llena de preguntas sin respuesta y un sentimiento de vacío abrumador.

Un lastimero lloriqueo me despierta de mi mundo de desgracias y arrepentimientos. En el asiento trasero hay un bebé de aspecto mulato que me mira con esos grandes ojos parecidos a dos faros deslumbrándome. No salgo de mi estupor, lloro mientras voy raudo a abrazarlo en un afán buscando su perdón, pero la sensación no es la de tomar a un pelado bebé. Al abrazarlo noto una extraña sensación en mi piel, como si su cuerpo fuera tibio, pero al mismo tiempo frío como el hielo. De repente, el bebé comienza a reír de una forma siniestra, como si supiera todo lo que ha pasado y estuviera disfrutando de mi sufrimiento.

La criatura parece un ser infernal. Su cuerpo está cubierto de pelo negro y áspero, y el olor que desprende es nauseabundo. Me doy cuenta de que este bebé no es humano y siento un escalofrío recorriendo mi cuerpo. Intento apartarlo de mí, pero sus pequeñas manos se aferran a mi ropa con una fuerza sobrenatural, como si no quisiera dejarme ir.

De repente, un rugido ensordecedor hace temblar el coche y siento como si algo hubiera entrado en mi mente. Una voz gutural y malévola susurra: "No puedes escapar de mí, soy tu castigo por tus pecados". Siento el miedo apoderándose de mí y me doy cuenta de que estoy en peligro. Intento abrir la puerta del coche, pero no cede.

De repente, el bebé se transforma ante mis ojos en una criatura alada con colmillos afilados y ojos rojos como la sangre. Me mira fijamente y siento que me está devorando con la mirada. Intento huir, pero es demasiado tarde. La criatura se abalanza sobre mí con un aullido ensordecedor y todo se vuelve oscuro.

De repente, despierto en mi auto, empapado en sudor y con el corazón latiendo a toda velocidad. Miro hacia el asiento trasero y allí está el bebé, durmiendo plácidamente en su asiento. Recapacito a la velocidad de la luz ¡Yo no tengo niño! exclamo restregándome los ojos con los puños. Me tomo unos minutos para recuperarme y controlar mi respiración. Unos ladridos me sacan de mis cavilaciones ¿Desde cuándo está el chuchito dentro de mi coche? Me pregunto estupefacto...

SEGUNDO 27

Aquí sigo esperando, pero el tiempo se eterniza. Me acabo de dar cuenta de que el perro se ha metido de nuevo en el auto. No sé cómo lo hizo, pero tendré que sacarlo antes de que haga sus necesidades. Lo aparto con cuidado, revisando si ha dejado algún rastro en el interior del auto. Afortunadamente, no hay restos biológicos y lo felicito con una palmada por su cuidado.

No sé por qué los animales son tan impredecibles. De repente, sin causa aparente, el perro comienza a ladrar a todos mis vecinos que me dirigen miradas asesinas. Me pregunto qué culpa tengo yo en todo esto. Por supuesto, el perro es de mi hija, pero yo me encargo de su cuidado y manutención.

Abro la puerta y el perro sale corriendo sin pensarlo dos veces. Salgo detrás de él a toda velocidad, preocupado por las posibles consecuencias de sus acciones. Me preocupa que moleste a los vecinos o incluso cause algún accidente en la calle. Corro tras él, tratando de alcanzarlo, pero parece que se ha vuelto loco. Esquivo a los peatones y a los coches que pasan por la calle mientras trato de atraparlo.

Sigo corriendo como un pollo sin cabeza, sorteando a espantados peatones. El perro parece disfrutar de la carrera acelerando todavía más. Yo, con la lengua fuera, me cuesta mantener su ritmo. Desde las maldiciones pronunciadas por los pobres peatones atropellados por mí y los ladridos del perro, estoy deseando alcanzarlo para detenerlo o, en su defecto, darle un par de palmadas muy fuertes. No, no es violencia animal. Es solo que hoy me hace esta faena y en cuanto lo atrape, tendrá que pagar las consecuencias.

Al fin el condenado can se mete en un callejón sin salida. ¡Ahora es mío, no escaparás! exclamo con satisfacción. Para mi sorpresa, el animal está quieto con el rabo tieso. Parece que intenta señalarme algo curioso e inesperado. El olor es insoportable debido a la basura que se desborda de un par de contenedores, pero en principio no le doy mayor importancia. Me acerco con cuidado para evitar que se escape de nuevo. Lo miro a los ojos y noto algo extraño en su mirada.

Cuando un perro toma esa actitud, nada bueno se puede esperar, así que mi curiosidad puede más que cualquier precaución. Me acerco con cautela hacia donde señala el perro y descubro algo que me deja sin palabras. Ahora sí sé de dónde sale el hedor. Un cuerpo en descomposición yace entre la basura. Me acerco estupefacto y lo muevo con mucho cuidado con el pie para confirmar que está muerto.

Consigo darle la vuelta y observo, escandalizado, que su cara, aunque algo desfigurada por los roedores, me resulta familiar. Tras unos segundos recordando, lo reconozco: es un amigo de la infancia, un chico aplicado y modélico que era la envidia de su familia. Nunca en mi más profundo ser imaginé que algún día lo encontraría en esta situación. Siempre que pensaba en él, lo visualizaba casado, con un buen empleo, hijos y acomodado, ya que los profesores auguraban un futuro prometedor para él. En cambio, para mí, nadie apostaba por mi futuro.

La verdad es que tengo que reconocerlo, en cierta forma aquello me consuela de la vida asquerosa y monótona que llevo. Una punzada de superioridad me atraviesa al es-

tar delante de los despojos de quien había sido el ejemplo a seguir que muchas veces mis propios padres me reprochaban. Me pregunto a mí mismo, ¿dónde estaría yo ahora si hubiera seguido su ejemplo? A pesar de que mis padres murieron hace mucho, siento que aún seguimos discutiendo.

Sigo en tensión, el can continúa gruñendo mientras aparece un individuo mal encarado. Al principio me asusto y me pongo en guardia, preparado para cualquier eventualidad. Le pido al can que se quede quieto, por ahora solo se trata de un tipejo que ha aparecido de la nada.

El tipo se acerca con una mirada fría y desafiante, con las manos en los bolsillos. Parece que no tiene intenciones amistosas.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con voz firme, tratando de disimular mi nerviosismo.

—Este es mi territorio —responde el hombre con una voz ronca y amenazante—. ¿Qué estás haciendo aquí? —a su vez me pregunta con impaciencia.

—Solo estaba paseando al perro —respondo tratando de mantener la calma.

El hombre parece no creermelo y se acerca más a mí. Siento su aliento fétido que sale de su boca. El perro gruñe más fuerte, como si supiera que algo malo está por suceder. Me doy cuenta de que estoy en una situación peligrosa y debo actuar con cautela. No me atrevo a seguir la conversación, evalúo la situación y busco una manera de salir ileso de ahí. Pero el individuo se impacienta y comienza a avanzar hacia mí con actitud agresiva. El perro empieza a ladrar y gruñir más fuerte, lo que me hace pensar que tal vez lo pueda usar a mi favor.

Al llegar a mi altura se para y me pregunta desafiante:

—¿Conoces al fiambre?

Tardo un par de segundos en contestar, indeciso:

—Sí, lo conozco...

El individuo continúa con su chulería:

—Es lo que pasa cuando tienes deudas de juego y drogas.

Yo me encojo de hombros, como si aquello no tuviera nada que ver conmigo.

El individuo me observa fijamente, tratando de evaluar mi reacción, pero yo mantengo una actitud indiferente, como si la vida del difunto no tuviera nada que ver conmigo. Aunque en mi fuero interno sé que esto no es del todo cierto.

Me doy cuenta de que el can sigue en tensión, como si supiera que algo no está bien. Empiezo a sentirme incómodo en la presencia de este extraño y decido marcharme antes de que la situación empeore.

Cuando hago amago de dar media vuelta e irme, siento una fuerza que me impide avanzar, es el individuo que me agarra del brazo, indicándome que no tenga tanta prisa:

Trato de mantener la calma mientras el individuo se acerca a mí y me toma del cuello de la camisa levantándome del suelo. Siento su aliento a alcohol y tabaco en mi cara, mientras me mira fijamente a los ojos. —Te estoy hablando en serio, amigo. ¿Quién paga la deuda?— me pregunta de nuevo con voz amenazante. En mi mente empiezan a pasar todo tipo de ideas y posibles respuestas, pero ninguna de ellas me parece adecuada. Finalmente, la cobardía me hace hablar. —Lo siento, no tengo nada que ver con su deu-

da. No soy su amigo, ni siquiera le conozco bien, —le digo en voz baja, tratando de mantener la calma y no provocarlo. El hombre me suelta y me empuja al suelo. —Mira bien lo que pasa cuando no pagas tus deudas, —me espeta mientras me acerca tanto al cadáver que el hedor se vuelve insoportable. —¡No tengo dinero!, —le exclamo desesperado. Me mira muy fijamente y en un visto y no visto me saca la cartera, la abre y con desprecio la vacía. Efectivamente, no miento, no tengo nada aparte de las tarjetas de crédito caducadas.

Al no disponer de dinero, el hombre me ofrece un trato diciéndome que hay muchas formas de pagar las deudas. Me quedo mirándolo, sin saber a qué se refiere exactamente. Él me sonríe de manera siniestra y me dice que puedo trabajar para él, haciendo "trabajos especiales" que él me irá indicando. Siento un escalofrío recorrerme el cuerpo y sé que estoy metido en problemas graves. Pero no tengo otra opción, así que acepto su oferta. Me levanto del suelo y él me da un par de golpecitos en el hombro, como si fuéramos viejos amigos.

Me hace una señal como indicándome que me puedo marchar no antes sin dejar claro cuando me encargará esos "trabajitos" Cuando pienso que todo acaba aquí. Me alejo del callejón sin mirar atrás, tratando de dejar atrás la escena macabra y la sensación de peligro que se respiraba en el ambiente. Pero la imagen del cadáver en defecto no me abandona, me persigue como un fantasma grabándome lo frágil que es la vida y lo fácil que es caer en la oscuridad.

Un ruido como si estuvieran reventando un saco de patatas llama mi atención. Viene del callejón al que estoy intentando escapar. Me vuelvo, aunque sé que no debería hacerlo, pero el miedo me da el suficiente valor. Observo como dos mastodontes luchan y mi nuevo y recién adquirido amigo cae al suelo. Su agresor me hace señas para que me acerque. Yo, que ya casi había conseguido salir de la escena, doy media vuelta y como un cordero que va al matadero, le obedezco. Al llegar a su altura, puedo comprobar la carnicería. El desgraciado yace boca arriba ahogándose en su propia sangre entre esteriores.

—Un momento. —Me señala con la mano. Acto seguido clava un cuchillo de grandes dimensiones entre los ojos del hombre como forma de darle la puntilla— No es plan de hacerle sufrir más de lo necesario. —Dice con parsimonia mientras limpia el cuchillo en su manga y luego lo guarda en su funda.

Me quedo atónito observando la escena, mientras el agresor se acerca a mí con una sonrisa burlona en su rostro.

—¿Qué pasa? ¿Te ha impresionado mi habilidad con el cuchillo? —me pregunta con sarcasmo. Trago saliva y trato de mantener la calma.

—No, no es eso... —balbuceo tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Entonces qué es? —me interrumpe, impaciente.

—Es solo que... no entiendo por qué hiciste todo esto. ¿Por qué mataste a ese hombre? —pregunto con sinceridad. El agresor se queda en silencio por unos segundos, como si estuviera sopesando si responder o no. Finalmente, suspira y me mira con seriedad.

¾Ese hombre tenía una deuda conmigo. Una deuda muy grande que no podía pagar. Yo le di muchas oportunidades, pero él decidió no cumplir su palabra. Así que tuve que hacer lo que tenía que hacer. —explica con frialdad.

—Pero... ¿eso justifica matarlo? —cuestiono, sin evitar sentir un nudo en el estómago. El asesino se encoge de hombros con indiferencia.

—Hay muchas formas de pagar las deudas. Algunas personas deciden hacerlo de forma justa, otras... no tanto. —responde enigmáticamente. En ese momento, me doy cuenta de que estoy tratando con alguien peligroso, alguien que no tiene reparos en usar la violencia para conseguir lo que quiere. Trago saliva de nuevo y decido que lo mejor es tratar de salir de allí lo antes posible.

Me doy media vuelta y como si hubiera descubierto la rueda, exclamo estupefacto: "¡No entiendo nada! Ese que ves allí es el cadáver de mi amigo de la infancia y al que acabas de acuchillar era quien lo mató por no pagar su deuda. Ahora tú lo asesinas y también te quedarás sin cobrar tu deuda. De seguro que, si hubiera cobrado del primero, tú también hubieras cobrado. Así de esta manera no cobraréis ninguno de los dos, —sentencio muy altanero. No sé de dónde estoy sacando la valentía para decir tal cosa.

El hombre me mira con desprecio y se acerca amenazante. Me doy cuenta de que estoy en peligro, así que trato de retroceder, pero tropiezo con algo y caigo al suelo. El hombre se ríe de mi torpeza y me agarra el brazo para levantarme.

—Tú no sabes nada de negocios, ni de deudas, ni de nada, —me dice con una sonrisa malvada.

—Sólo sé que esto es una locura y que no quiero tener nada que ver con esto, —le respondo tratando de liberar mi brazo.

Pero es inútil, el hombre es demasiado fuerte y no me suelta.

El hombre me mira fijamente, como si estuviera analizando mis palabras. Luego, con una sonrisa sarcástica, me responde:

—Interesante teoría, pero no es tan simple como piensas. Las deudas son un asunto serio y si se permite que alguien las incumpla sin consecuencias, todo el sistema se derrumbaría. Por eso, es necesario hacer valer nuestra reputación y que todos sepamos que no toleramos los impagos. —Me quedo sin palabras ante su explicación fría y el hecho de que tenga tan clara su postura en este asunto—. Pero no te preocupes, pequeño, tú no tienes nada que ver en todo esto. Déjame ayudarte a levantarte. —Dice mientras me extiende la mano.

A pesar de mi reticencia, decido aceptar su ayuda y me pongo de pie. El hombre me mira con una mezcla de desprecio y lástima. Yo me quedo allí, aturdido y tratando de asimilar lo que acaba de pasar.

Luego de mi arriesgado comentario, el hombre que acababa de matar al deudor me mira fijamente por unos segundos, como si estuviera evaluando mis palabras. Finalmente, habla con una voz grave y ronca.

—Tienes razón en parte, pero hay cosas que no conoces. Yo no era el único al que le debía dinero ese desgraciado, y no todos somos tan comprensivos como yo. Si no hubiera hecho lo que hice, otro hubiera venido a cobrar su parte y no hubiera sido tan piadoso como yo. —No puedo evitar sentir un escalofrío recorrer mi espalda al escuchar sus pa-

labras. ¿Qué clase de personas se mueven en estos círculos de deudas y venganzas?— Además, no te preocupes tanto por mi deuda, no es algo que me quite el sueño. Hay muchas formas de obtener lo que se quiere en este mundo, y no todas implican dinero.

Dicho esto, el hombre acarició al can que por cierto lo consintió, se dio media vuelta y comenzó a caminar en dirección opuesta, alejándose de mí y de los cadáveres que yacían en el suelo.

Quedé allí, paralizado por el miedo y la incertidumbre, sin saber qué hacer o a quién recurrir. ¿Cómo había terminado metido en esta situación tan peligrosa y desconocida para mí? Y, sobre todo, ¿qué más secretos oscuros y misteriosos se escondían en las sombras de este oscuro callejón? El can el único que mantuvo la compostura y en todo momento estuvo presto a morder a cualquiera.

De repente, algo se mueve en la oscuridad y un escalofrío recupera mi cuerpo. Siento la necesidad de correr, pero no sé hacia dónde. El can comienza a gruñir y a ladrar, alertándome de que algo se acerca.

Intento mantener la calma, pero el miedo se apodera de mí y no sé qué hacer. ¿Debo esperar y enfrentarme a lo que sea que viene hacia mí, o huir y correr el riesgo de perderme aún más en este laberinto oscuro?

Decido respirar profundamente y mantenerme alerta, con el can a mi lado para protección. No puedo permitirme el lujo de perder la cabeza en este momento. Observo cuidadosamente a mi alrededor, buscando cualquier señal o pista que pueda ayudarme a entender lo que está sucediendo. Pero todo lo que veo son sombras y oscuridad, sin nada que pueda indicar el camino correcto.

De repente, escucho un sonido que me hace saltar de miedo. Es como un susurro, una voz que habla en un idioma que no entiendo. Me doy la vuelta rápidamente, pero no veo nada. ¿Estoy perdiendo la cabeza? ¿O hay algo más aquí conmigo en la oscuridad?

Sigo caminando lentamente, tratando de encontrar una salida o algún tipo de refugio. Pero cuanto más camino, más confuso me siento. ¿Es este callejón infinito? ¿O estoy atrapado en algún tipo de bucle temporal, condenado a caminar para siempre en este oscuro laberinto?

La incertidumbre y el miedo me hacen sentir cada vez más pequeño y vulnerable. Pero, aun así, mantengo mi coraje y sigo adelante, con la esperanza de encontrar una respuesta y salir de este callejón oscuro e interminable.

De repente, escucho unos pasos apresurados que se acercan a mí desde la oscuridad del callejón. Me tensó y me preparo para lo peor, pero en vez de un agresor o una amenaza, veo un anciano con el pelo blanco y arrugas profundas en su rostro. Me sorprende al verlo allí y me pregunto qué hace en este lugar tan peligroso.

El anciano se acerca y me mira fijamente a los ojos. Su mirada es intensa y misteriosa, y me da la sensación de que sabe algo que yo no. Después de unos segundos de silencio incómodo, el anciano me habla en un susurro grave:

—Los muertos hablan, joven. Escucha con atención lo que tienen que decirte. —Me quedo perplejo por sus palabras y me pregunto si el anciano está en su sano juicio. Pero antes de que pueda decir algo, siento un escalofrío recorrer mi espalda y veo cómo los cadáveres de mi amigo y su asesino empiezan a moverse. Sus ojos sin vida se abren y

me miran directamente a mí. Me quedo sin hablar, sin saber qué hacer frente a esta escena surrealista.

De repente, los cadáveres empiezan a hablar en una voz gutural y tenebrosa. Sus palabras son ininteligibles, pero puedo sentir la intensidad de su mensaje. El anciano me mira de nuevo y me dice:

—Escucha, joven. Ellos tienen algo que decirte. Y lo que escuchas, cambiará tu vida para siempre.

Estoy atónito, sin saber cómo reaccionar ante esta situación tan surrealista. Pero, al mismo tiempo, siento una extraña curiosidad que me impulsa a acercarme a los cadáveres y tratar de escuchar lo que tienen que decirme. A medida que me acerco, la voz se hace más clara y puedo distinguir algunas palabras sueltas que me resultan familiares.

De repente, le cadáver de mi amigo me agarra la mano, siento una oleada de dolor recorrer mi cuerpo. Puedo sentir su sufrimiento y su angustia, como si hubiera sido transportado directamente a su experiencia en el momento de su muerte. Es una sensación abrumadora y aterradora, y me hace comprender la verdadera magnitud del horror que se esconde en las sombras del callejón. Intento separarme de él, pero siento como si estuviera pegado a su cuerpo inerte. Cierro los ojos y trato de concentrarme en mi respiración para calmarme, pero el dolor persiste. Finalmente, logro despegar mi mano de la suya, pero la experiencia me deja temblando de miedo y con una sensación de profunda tristeza.

Miro hacia arriba y veo que el anciano sigue allí, observándome en silencio. Me mira con una expresión triste y compasiva, como si supiera lo que acabo de experimentar.

Algo superior a mis fuerzas me arrastra fuera de esta realidad. El semáforo, tan rojo como siempre, lo inunda todo con ese color que significa prohibición. El anciano con mucha paciencia espera, yo intento alcanzarlo, pero mi mano está prisionera, el cadáver de mi amigo no me suelta. Le miro y una risa macabra se dibuja en su demacrado rostro.

Siento un dolor intenso que me atraviesa el cuerpo, como si estuviera siendo quemado por dentro. El rostro del cadáver de mi amigo se retuerce en una mueca de satisfacción, mientras su mano sigue aferrada a la mía, transmitiéndome todo su dolor y sufrimiento.

Intento liberarme de su agarre, pero es como si sus dedos estuvieran pegados a los míos, como si nunca pudiera soltarlos. El anciano sigue a mi lado, observándome con una mezcla de pasión y temor.

—¡No puedo soportar esto más tiempo! —grito, mientras siento que el dolor se intensifica.

El anciano se acerca a mí y con una voz grave me dice:

—Debes dejar ir a tu amigo. Él ya ha muerto y su sufrimiento no te pertenece. Si lo aferras, solo prolongarás tu propio dolor. —Sé que tiene razón, pero es más fácil decirlo que hacerlo. Finalmente, con un esfuerzo sobrehumano, logro soltar la mano del cadáver y me alejo de él. El dolor desaparece gradualmente, pero la imagen del rostro retorcido de mi amigo se queda grabada en mi mente.

Miro al anciano, que asiente con aprobación.

³/₄Bien hecho, joven. Ahora, debemos seguir adelante. Hay mucho más que ver y aprender en este lugar. —Me siento tembloroso, pero decido seguir al anciano, sabiendo que él es la ayuda que tengo en este lugar oscuro y desconocido.

Me adentro en un mundo desconocido para mí. Está lleno de cadáveres, unos rotos, otros tirados de cualquier manera, como si fueran juguetes abandonados por un caprichoso niño. Voy de aquí para allá sin rumbo fijo, La niebla y la plomiza lluvia no paran de caer sobre un embarrado suelo entre el mismo se mueven esos cadáveres como si fueran gusanos. No tengo más que compasión por ellos y me pregunto qué habrán hecho para merecer semejante castigo.

De repente, un ruido estridente acompañados de lamentos me hace saltar en el sitio. Me giro para ver qué es y me encuentro con una figura encapuchada que arrastra con pena unas cadenas. Me acerco con cautela, mi curiosidad puede más que mi precaución. Intento de alguna manera averiguar de quien se trata.

Mientras me acerco a la figura encapuchada, comienzo a reconocer algún detalle que me hace pensar que podría tratarse de alguien conocido. Un tatuaje en el antebrazo que se vislumbra bajo el manga, típico de un personaje que le gustaba llamar la atención.

Mis sospechas se confirman cuando la figura levanta la cabeza y me mira a través de la capucha. Reconozco de inmediato la sonrisa torcida de mi amigo, pero sus ojos parecen haber perdido su brillo. Parece estar en un estado de trance, como si algo lo controlara.

Me acerco a él y le pregunto qué le sucedió, por qué está en este lugar y encadenado. No responde y sigue arrastrando las cadenas, como si no me hubiera escuchado. Decido seguirlo para averiguar más sobre su situación y encontrar una forma de ayudar.

A medida que avanzamos, la niebla se hace más densa y los gemidos se vuelven más fuertes. Finalmente, llegamos a un claro en el que hay varias personas encadenadas y atrapadas en jaulas. Reconozco a algunas de ellas como antiguos conocidos de mi amigo.

Comienzo a darme cuenta de que algo muy extraño está sucediendo en este lugar y que mi amigo de la infancia puede estar en peligro. Decido buscar una forma de liberarlo a él y a las demás personas encadenadas antes de que sea demasiado tarde.

Intento de alguna manera sacarle sus cadenas y abrir las jaulas, pero no tengo suficiente fuerza o las cadenas son tan duras como el granito, lo que hace imposible liberarlos, por mucho esfuerzo que aplico. Finalmente, abatido por el cansancio, decido desistir en mi empeño.

Impotente me pongo de rodillas he imploro perdón para mi amigo y los demás. Al momento y como salidos de la nada unos Angeles se me aparecen. Los mismo se detienen en seco y me miran con sorpresa.

Uno de ellos se acerca y me dice que no hay perdón para los que venden drogas y arruinan vidas. Intento explicarles que mi amigo también fue víctima de su propio vicio, pero ellos no quieren escuchar razones.

A mis espaldas escucho un lamento y me doy cuenta de que es mi amigo que se está retorciendo de dolor. Vuelvo sobre mis pasos y trato de calmarlo y consolarlo, pero no hay nada que pueda hacer para liberarlo. Los ángeles parecen estar en desacuerdo entre

sí sobre qué hacer con él, y siento que mi corazón se rompe en mil pedazos al verlo sufrir de esa manera.

Al final y después de sus discrepancias, los ángeles me ordenan que me aleje de ese lugar y que no vuelva nunca más. Me siento abrumado por la situación y me cuesta entender cómo una escena tan caótica puede ser parte del castigo por ser drogadicto. Camino hacia la salida, observando a los vendedores de droga encerrados en sus jaulas y siento tristeza por su destino.

Me sobresalto al escuchar el sonido de mi teléfono. No sé cómo llegué a mi auto después de lo sucedido en el callejón. Tomo mi teléfono y veo que es un número desconocido. Contesto y escucho la voz del viejo, quien me dice que mi amigo tiene un mensaje para mí.

Me quedo sorprendido al escuchar al viejo mencionar a mi amigo. ¿Cómo puede ser posible que alguien que dejé atrás en ese oscuro callejón pueda tener un mensaje para mí? Pero la curiosidad me consume y le pido al viejo que me lo transmita.

Escucho con atención las palabras que me dice mi amigo: "No te preocupes por mí, estoy en un lugar mejor ahora. Lo siento por haberte arrastrado a todo esto. Gracias por haber intentado liberarme. No te sientas culpable, yo tomé mis propias decisiones y ahora debo enfrentar las consecuencias".

Siento un nudo en la garganta al escuchar las palabras de mi amigo. No puedo evitar sentir culpa por no haber hecho más por ayudar. Pero al mismo tiempo, siento alivio al saber que al menos está en un lugar mejor. Le agradezco al viejo por transmitirme el mensaje y cuelgo el teléfono.

Me siento abrumado por las emociones y me doy cuenta de que necesito tiempo para procesar todo lo que ha sucedido. Espero que el semáforo cambie a verde y continúo mi camino, reflexionando sobre lo que ha pasado y pensando en cómo puedo hacer una diferencia positiva en el mundo.

Aunque intento volver a cerrar los ojos, no puedo ignorar la realidad a mi alrededor. El semáforo sigue en rojo y todo sigue igual. Los demás conductores están impacientes, tocando la bocina y mirando el reloj, mientras que los peatones cruzan la calle con prisa, como si el tiempo les fuera a devorar. Me pregunto si alguno de ellos ha experimentado lo que acabo de vivir en el callejón, si alguna vez se han sentido atrapados en una jaula invisible de su propia creación. Observo a mi alrededor y siento que todo sigue igual, pero algo ha cambiado en mi interior. No sé cómo explicarlo, pero algo ha cambiado.

De repente, el anciano aparece a mi lado en el asiento del copiloto y me susurra al oído: "No te preocupes, joven. Todo ha sido una prueba". Al instante, el motor de mi auto comienza a ronronear por sí solo, y siento que mi cuerpo se llena de una energía sobrenatural.

Finalmente, entiendo que estoy donde debo estar, me doy cuenta de que mi perspectiva sobre la vida ha cambiado radicalmente después de mi encuentro con el infierno y la experiencia con los cadáveres. Ahora tengo una nueva comprensión del mundo y estoy dispuesto a enfrentar cualquier desafío que se me presente...

SEGUNDO 28

Tengo que admitir las tonterías que me digo a mí mismo para consolarme. Después de todo, todavía estoy aquí en el mismo lugar de partida. Una rabia e impotencia se apodera de mí, quiero gritar, quiero romper algo, cualquier cosa. Empiezo a golpear el salpicadero del auto hasta que me sangran los puños.

En este momento, intento hacer un pacto con el diablo en un arrebato de desesperación. Busco la satisfacción de mis deseos más profundos, aunque sé que hacer un pacto con el diablo puede tener graves consecuencias. Aun así, la idea de obtener todo lo que quiero es demasiado tentadora para resistir.

Los gritos resuenan en los pasillos infernales:

—¡Maligno, por favor majestad, dueño del Averno! —Un ser deforme, con una enorme joroba y cojeando, se apresura hacia los aposentos del Maligno.

A pesar de su apariencia grotesca, el ser se mueve con determinación, ansioso por cumplir su objetivo. Sus gritos llaman la atención de los habitantes del inframundo, que lo observan mientras pasa.

Finalmente, llega a los aposentos del Maligno y se presenta ante su imponente presencia. El ser se siente abrumado por la magnitud de su solicitud, pero está dispuesto a hacer cualquier cosa para obtener lo que desea.

El Maligno observa al ser deforme con curiosidad mientras este se acerca. El rey del infierno sabe que las solicitudes que recibe no son pocas, pero la determinación y la urgencia de este ser lo intrigan.

El ser deforme respira profundamente, preparándose para encontrarse cara a cara con el Maligno, sabiendo que está a punto de entrar en un mundo oscuro y peligroso.

—¿Qué quieres, Corcoles? —pregunta el Maligno con asco, mientras intenta matar una mosca con su rabo, aburrido.

—¡Señor, me ha llegado una petición —exclama Corcoles entusiasmado.

—Maldito gusano, bien sabes que estoy de vacaciones, —vocea el Maligno mientras se come la mosca aplastada por su pesada cola.

—No, Su Majestad, esta es una petición muy peculiar que, de seguro, os interesará, —habla Corcoles implorando su atención.

—¡Corcoles! ¿Qué dices? Estos humanos son todos iguales, quieren solo riquezas, amor y buena salud, —responde el Maligno con desgana.

—Su Deidad... Le aseguro que esta vez es distinto, —asegura Corcoles con un hilillo de voz apenas audible.

Después de escuchar la petición a través del jorobado, el Maligno queda pensativo. De un salto sale de su mullida cama y toma su celular, donde destaca un gran botón rojo con la palabra "Dios" en letras grandes.

—¡Ya tengo otro! —exclama el Maligno muy contento.

—Los enajenados no valen, —le contesta con voz grave y autoritaria.

—¿Cómo y desde cuándo no sirven? —pregunta desilusionado el Maligno.

—Desde que los humanos enajenados se suicidan, —responde Jehová molesto.

³/₄A mí eso me da igual, para mí es un alma tuya, —enajenada o no. Además, lo que pide es de lo más sencillo, —responde el Maligno de manera redicha.

—¿Tú crees? —pregunta sarcástico el Todopoderoso.

—Estoy de vacaciones, pero voy a hacer un extra con este humano, —contesta el Maligno, ignorando la advertencia de Dios.

El Maligno, firme en su determinación de llevar a cabo su plan, prosigue con su objetivo a pesar de la advertencia de Dios. Una sonrisa maliciosa se dibuja en su rostro mientras sostiene el celular y continúa la conversación. Al instante, se desata una intensa discusión entre los dos seres todopoderosos.

—Dime, Maligno, ¿cómo piensas llevar a cabo esto?" dice Dios con una voz firme y tranquila, aunque se percibe una pizca de preocupación en sus palabras.

El Maligno, confiado en sí mismo, expone su plan detalladamente. Explica cómo ha encontrado a un humano enajenado cuya alma está dispuesta a adquirir a cambio de un simple y sencillo deseo. Argumenta que el estado mental del individuo no importa, ya que una vez que un alma le pertenece, su destino está sellado.

Dios escucha atentamente, evaluando cada palabra del Maligno. Sabe que este tipo de situaciones pueden tener consecuencias desastrosas para las almas humanas y para el equilibrio del universo.

—No subestimes el poder y la importancia de las almas humanas, responde Dios con seriedad. Cada una de ellas tiene un propósito y un potencial único. No puedo permitir que juegues con su destino de manera tan irresponsable—.

El Maligno, desafiante, mantiene su posición y no muestra intención de ceder—. Mis métodos pueden ser oscuros, pero no olvides que es el libre albedrío humano el que me permite actuar. Si no estás dispuesto a ayudar, entonces no interfieras.—

La tensión entre ambos seres todopoderosos se hace palpable. Dios, consciente de los límites de su intervención en los asuntos terrenales, decide tomar un enfoque diferente. En lugar de negar rotundamente la petición del Maligno, propone un desafío.

—Si estás tan seguro de que este humano enajenado merece ser atendido, entonces demuéstramelo, —dice Dios—. Deberás guiarlo por un camino de redención y transformación, mostrándole el verdadero poder del amor y la compasión. Si logras devolverle la esperanza y restaurar su conexión con el bien, entonces consideraré tu petición.—

El Maligno, intrigado por el desafío, acepta con una mezcla de confianza y arrogancia. Sabe que no será una tarea fácil, pero está dispuesto a poner a prueba su influencia y poder para cumplir con las condiciones impuestas.

Así, el Maligno se adentra en el mundo humano una vez más, esta vez con un propósito ambiguo, pero con la certeza de que el destino de un alma está en juego. El resultado de esta empresa se convierte en un desafío no solo para él, sino también para el propio Dios, quien espera que la luz prevalezca sobre la oscuridad y que el bien triunfe sobre el mal.

Al pronto y en respuesta a mi petición. Me encuentro en una situación surrealista dentro de mi coche, donde Dios y el maligno han aparecido frente a mí. En este momento, Dios intenta convencerme de lo equivocado que estaría si decidiera vender mi alma,

mientras que el maligno se esfuerza en persuadirme de los beneficios que obtendría si lo hiciera.

Dios, con su voz serena y compasiva, me expone sus teorías y principios fundamentales. Me habla sobre el valor intrínseco de la vida y la importancia de la virtud y la bondad. Me recuerda que mis acciones tienen repercusiones no solo en mi propia vida, sino también en el bienestar de los demás. Dios me insta a considerar el impacto duradero que tendría el renunciar a mi alma y a elegir el camino de la rectitud y la integridad.

Por otro lado, el maligno se presenta con una sonrisa maliciosa y una voz seductora. Me promete que el semáforo cambiara a verde si accedo a vender mi alma.

Ahora, es el momento de tomar una decisión. Con el corazón palpitante, considero las palabras de Dios y el maligno. Me pregunto cuál de sus voces resuena más profundamente en mi interior y cuál elección es coherente con mis valores y creencias personales.

En este punto, me doy cuenta de que la elección es mía y solo mía. No puedo culpar a ninguna entidad externa por mis decisiones. Evalúo cuidadosamente lo que he escuchado y confío en que puedo encontrar una respuesta que esté en armonía con mi propia brújula moral.

Mientras sopeso las palabras de Dios y el maligno, una inesperada ráfaga de viento sacude mi automóvil, causando un caos repentino. La oscuridad de la noche se intensifica y el ruido ensordecedor de un trueno irrumpe en el ambiente. En ese preciso momento, una figura misteriosa y enigmática aparece frente a mí.

La figura, vestida con una túnica brillante, irradia una presencia divina y poderosa. Reconozco a un ángel enviado por Dios para intervenir en este crucial momento de mi vida. Su voz resonante llena el espacio, desafiando las palabras del maligno. Con una claridad y convicción asombrosas, el ángel me revela verdades ocultas y dismantela las mentiras del maligno.

Me encuentro en medio de la tensión mientras considero las palabras de Dios y el Maligno. Pregunto cuál de sus voces resuena más profundamente en mi interior y cuál elección es coherente con mis valores y creencias personales.

El Maligno se enoja y manifiesta su frustración. Afirma que Dios juega con una carta marcada, que este no era el trato establecido entre los dos. Su voz se llena de rabia y resentimiento, desafiando la intervención divina.

En un acto de desafío, el Maligno convoca a una legión de criaturas infernales. Seres oscuros y aterradores emergen a su llamado, llenando el ambiente con una presencia malévola. Se desata una batalla feroz entre estas criaturas y el Ángel enviado por Dios.

La lucha es intensa y los cielos se llenan de relámpagos y estruendos. El Ángel, rodeado de un aura de luz y poder divinos, enfrenta valientemente a las criaturas infernales. Cada golpe y cada movimiento son una danza de fuerzas opuestas.

Mientras observo este conflicto épico, mi corazón se acelera y mi mente se llena de incertidumbre. Me encuentro en un punto crucial, en medio de una guerra espiritual que desafía mi voluntad y mis creencias más profundas.

A medida que la batalla se intensifica, me doy cuenta de que debo tomar una decisión definitiva. Me conecto con mi intuición y mi valentía interna. Enfrento el caos con determinación, eligiendo alinearme con la luz y la protección divina.

En ese instante, una fuerza inexplicable me impulsa hacia adelante. Me uno al Ángel y alzo mi voz en un grito de valentía y fe. Juntos, luchamos contra las criaturas infernales, desafiando el poder y la influencia del Maligno.

A medida que la batalla alcanza su punto culminante, siento una renovada fortaleza en mi interior. La luz del Ángel brilla intensamente, y las criaturas infernales comienzan a desvanecerse una por una. El Maligno, lleno de furia impotente, retrocede ante la magnitud de la derrota.

Finalmente, la paz se instala en el espacio antes lleno de caos y violencia. Me encuentro en un estado de serenidad y convicción, consciente de que mi elección de aliarme con el bien y la divinidad fue la correcta.

Lleno de felicidad, desciendo lentamente al asiento de mi auto. Aunque sé que el semáforo nunca cambiará por voluntad del Maligno, también sé que mi alma vale más que adelantar el tiempo y esperar pacientemente a que el semáforo pase a verde.

Me siento en el asiento con una serenidad interior, sabiendo que he tomado la decisión correcta al resistir las tentaciones del Maligno. Aunque pueda ser tentador buscar atajos o soluciones rápidas, comprendo que mi alma y mi integridad valen mucho más que cualquier beneficio efímero que el Maligno pueda ofrecerme.

Enfrento la realidad de que el semáforo no cambiará a mi favor, pero también me enfrento a la verdad de que mi verdadero poder radicar en mi capacidad de tomar decisiones basadas en principios y valores más profundos.

En los subterráneos del inframundo, Corcoles se frota las manos con malicia. Ha logrado no solo arruinar las vacaciones de su amo, sino también hacer que regrese más humilde después de la derrota sufrida a manos del Ángel enviado por Dios. Ahora, el Maligno, ya no mueve el rabo y pide las cosas por favor, sin gritos ni malos tratos.

—¿Qué tal, Su Majestad?, ¿dueño del inframundo y príncipe del Mal?, —pregunta Corcoles con una risita siniestra, lo mismo que el de una hiena.

—¿Qué quieres, Corcoles? Estos humanos no saben lo que quieren. Tan pronto de-sean vender su alma como al momento se rebelan y me desafían, —responde su Majestad con resignación.

—Ya lo sabe, Su Majestad, Él los hizo a su imagen y semejanza, —responde Corcoles con ironía y una risa falsa.

—¡Él, siempre Él! ¡No me lo menciones, es un traidor que incumple sus acuerdos!, —grita el Maligno despavorido mientras huye en busca del consuelo de algunas diablesas dispuestas a escuchar sus lamentaciones. Corcoles se revuelca en el suelo, sujetándose la barriga, atacado por espasmos de risa.

SEGUNDO 29

El rojo sigue siendo la pesadilla que todo lo abarca. Mi mirada perdida bucea por toda la instrumentación de mi auto, con la esperanza de encontrar alguna lucecita del cuadro de mando que me distraiga, pero no. Este auto es de los que tienen arranque automático y, al llegar a un semáforo, se detiene solo.

Siento cómo la frustración se apodera de mí. ¿Por qué el semáforo no cambia de color? ¿Cuánto tiempo más tendré que esperar aquí? La impotencia comienza a socavar mi paciencia, mientras mi mente se llena de pensamientos negativos.

Las voces en mi cabeza se vuelven cada vez más fuertes, susurrándome ideas derrotistas. Me dicen que este momento de espera interminable es solo una muestra de cómo la vida siempre conspira en mi contra. Cuestiono mi suerte y me siento atrapado en una espiral de negatividad.

Mis pensamientos se llenan de autocompasión y resentimiento. Me pregunto por qué siempre me encuentro en situaciones desfavorables, por qué parece que el universo se ensaña conmigo. La frustración se convierte en enojo, y mi ira se dirige hacia todo lo que me rodea.

Mi mente se llena de pensamientos oscuros y pesimistas. Veo el semáforo como un símbolo de todas las cosas que no puedo controlar en mi vida, como si estuviera atrapado en un ciclo interminable de obstáculos y decepciones.

La impaciencia se convierte en desesperación. Quiero escapar de este momento, de esta sensación de estar estancado y sin progreso. Mis pensamientos negativos me empujan hacia abajo, como una carga pesada que se aferra a mi espalda.

Hay un niño, en medio del paso de peatones. La sonrisa del niño captura mi atención de inmediato. Su mirada refleja una inocencia y una alegría genuina que parece iluminar todo su ser. Me sorprende su actitud despreocupada, a pesar del ajetreo y el bullicio de la calle.

Intrigado por su gesto, decido bajar la ventanilla del coche y saludarlo. Su sonrisa se ensancha aún más cuando me acerco y me devuelve el saludo con entusiasmo.

— ¡Hola! —le digo con una mezcla de curiosidad y calidez en mi voz.

— ¡Hola! —responde el niño con entusiasmo.

— ¿Estás esperando a alguien o algo en particular? —pregunto, tratando de entender qué lo ha llevado a detenerse en medio del paso de peatones.

—No, solo estaba disfrutando del momento —responde con una sinceridad sorprendente para alguien de su corta edad.

Su respuesta me deja perplejo y al mismo tiempo me llena de admiración. Este niño ha captado algo que muchos de nosotros olvidamos en nuestra prisa diaria: la capacidad de apreciar y disfrutar el presente, sin preocuparnos por lo que vendrá después.

—Es genial que puedas disfrutar del momento así —le digo, con una sonrisa en mi rostro.

—Sí, es divertido —responde el niño, con una chispa de travesura en sus ojos.

Me siento inspirado por la actitud desinhibida y alegre de este niño. Su simpleza me recuerda la importancia de detenernos de vez en cuando y apreciar las pequeñas cosas de la vida, en lugar de dejarnos arrastrar por las preocupaciones y el estrés.

— Gracias por recordarme lo hermoso que puede ser el momento presente —le digo, con gratitud en mi voz.

El niño asiente con una sonrisa radiante y luego continúa su camino, dejándome con un sentimiento de ligereza y renovación. Me doy cuenta de que, a veces, son los encuentros inesperados y las pequeñas lecciones de los demás los que nos hacen ver las cosas desde una perspectiva diferente.

— ¿Sabes quién es ese niño? —me sobresalto al escuchar una voz que viene desde la parte de atrás de mi auto. Rápidamente me giro y mi corazón se acelera al ver al mismo niño que desapareció entre la multitud de peatones. Lo observo con incredulidad, sintiendo una extraña familiaridad que resuena en lo más profundo de mi ser, como si lo hubiera conocido antes.

Lo observo con los ojos bien abiertos, tratando de comprender lo que está sucediendo. Su presencia evoca un sentido de conexión profunda, como si nos conociéramos de toda la vida.

— ¿Quién eres? —pregunto, con voz entrecortada, mientras mi mente intenta procesar la situación.

El niño me mira con una sonrisa cálida y tranquilizadora.

—Soy aquel que siempre ha estado contigo, tu guía y compañero en este viaje llamado vida —responde con serenidad.

Mis ojos se llenan de asombro y reconocimiento. El niño frente a mí es una manifestación de mi propio ser interior, de esa parte de mí que a menudo ignoro o descuido en medio de la vorágine del día a día.

—Eres... ¿mi yo interior? —pregunto, apenas creyendo las palabras que salen de mi boca.

El niño asiente con ternura, sus ojos llenos de sabiduría y comprensión.

—Soy esa voz que te guía, esa intuición que te susurra al oído cuando más lo necesitas. Soy tu conexión con tu verdadera esencia.

Mis emociones se agolpan en mi pecho, un torrente de gratitud y admiración. Me doy cuenta de cuánto he dejado de escuchar a esa parte de mí, de cuánto he desviado mi atención hacia el mundo externo en lugar de prestarle atención a mi propio ser.

—Perdóname por haberme olvidado de ti —le digo, con sinceridad y arrepentimiento.

El niño sonríe comprensivamente, sin rastro de juicio en sus ojos.

—Lo siento —le digo, con sinceridad en mis palabras—. He estado tan atrapado en las preocupaciones y en la búsqueda externa de respuestas que me olvidé de ti, de nuestra conexión.

El niño me sonríe comprensivamente.

—No hay necesidad de disculparse. Estoy aquí ahora y siempre estaré contigo. Lo importante es que te des cuenta de nuestra presencia y de la fuerza que llevas dentro.

Mi corazón se llena de gratitud mientras abrazo la sabiduría de mi niño interior. Siento una renovada determinación de nutrir y cultivar esta conexión, de escuchar y honrar esa voz interior que tanto me ha guiado a lo largo de mi vida.

Mientras tanto, en el inframundo, el diablo mantiene una conversación con su esbirro. — ¡Corcoles! —exclama el diablo, mirando al jorobado a su lado. — ¿Qué desea, su magnificencia? —pregunta Corcoles, mostrando su enojo y sumisión al mismo tiempo. —Ahora sí que será mío, no escapará de esta. Palabra de Belcebú —responde el diablo, con una expresión de gran satisfacción.

—¿Su Majestad, no es jugar sucio? —pregunta Corcoles en un hilo de voz apenas audible.

—¡Jugar sucio! —exclama enojado satanás. —¡Él rompió las reglas del juego, esto es la guerra Corcoles!— La colera le puso su faz de color rojo a punto de entrar en combustión. El Jorobado se hizo pequeño por miedo a que le salpicara la ira de su jefe.

—Los humanos tienen libre albedrío, —recalca el jorobado. —¡Por eso mismo voy a ayudarlo a ejercer el suyo! —responde el Maligno, frotándose las manos con malicia. No sé... qué tendrá que decir nuestro enemigo sobre esto... —responde dubitativo el jorobado. —¿Decir? rata inmundada, no tiene nada que decir. No puede interponerse en mis deseos, está prohibido por él mismo. Sin mí, no existiría el bien, al igual que sin lo oscuro no podría existir lo claro. ¿Entiendes, hijo de una ramera del puerto? —recalca iracundo el Maligno. —Perdone, su majestad, es que a veces este insignificante gusano no coordina muy bien. —dice humildemente el jorobado, encogiéndose tanto que casi es aplastado por la cola del diablo. ¡Muy bien, envíame al más dulce y apuesto de mis infantes! —ordena el maligno con autoridad.

Ante mi vista mientras contemplo al niño frente a mí. Sus ojos, inocentes en apariencia, ocultan la oscuridad de su propósito. Sus palabras, dulces y persuasivas, intentan seducir mi voluntad y arrastrarme hacia un destino incierto. El niño se convierte en un arma en manos del Maligno, utilizada para torcer mi juicio y llevarme por el camino de la perdición.

Mi corazón se llena de confusión y lucha interna. Por un lado, siento la tentación de ceder ante las promesas que el niño representa, el cambio de color del semáforo. Por otro lado, una voz interior me recuerda mis valores y creencias, advirtiéndome sobre las consecuencias de vender mi alma.

La batalla espiritual se intensifica dentro de mí. Me encuentro en una encrucijada, donde la elección que tome definirá mi destino. ¿Aceptaré el trato y sucumbiré a los engaños del Maligno, sacrificando mi esencia y condenando mi alma? ¿O resistiré la tentación, aferrándome a mis convicciones y buscando la salvación?

En medio de la turbulencia, una chispa de esperanza se enciende en mi interior. La fuerza de mi espíritu se fortalece y la determinación se apodera de mí. Aunque el juego sea sucio y la tentación sea poderosa, decido enfrentar al Maligno con valentía y rechazar su propuesta malévola.

El niño, revelado como una herramienta de Satanás, muestra una sonrisa malévola. De repente, su figura se desvanece en la oscuridad y una fuerza sobrenatural me envuelve. Siento cómo mi voluntad se debilita y mi resistencia se desvanece ante el poder

abrumador del maligno. Satanás se regocija ante su victoria y proclama su dominio sobre mi alma. Me encuentro atrapado en un abismo de desesperación y perdición, mientras la oscuridad me consume por completo. Todos mis intentos de resistir son en vano, y me doy cuenta de que he caído en la trampa fatal de la tentación.

La atronadora música me despierta abruptamente, empapado en sudor. Me encuentro confundido y aturdido, preguntándome desde cuándo está reproduciéndose esta música infernal. Busco frenéticamente los controles de la radio y finalmente logro apagarla, sumiendo el coche en un silencio aliviador.

Me tomo unos momentos para recuperar el aliento y calmar mi agitado corazón. La pesadilla que acabo de experimentar aún está fresca en mi mente, y la presencia de esa canción malévola solo aumenta mi inquietud.

Me pregunto cómo es posible que esa música haya aparecido de la nada en mi coche. Reviso los ajustes de la radio, buscando alguna explicación lógica, pero no encuentro nada fuera de lo común. Es como si la canción se hubiera manifestado de forma sobrenatural.

Una sensación de incomodidad y desasosiego se apodera de mí. ¿Acaso hay fuerzas oscuras en juego que intentan perturbar mi paz? La pesadilla y la música infernal parecen estar conectadas, como si fueran una advertencia o una señal de algo más siniestro acechando en las sombras.

La música suave y relajante comienza a sonar en la radio, ofreciéndome un bálsamo para el alma. Cierro los ojos por un momento y dejo que su melodía reconfortante me envuelva. Siento cómo la tensión en mi cuerpo se disipa gradualmente, reemplazada por una sensación de calma y serenidad.

Aunque la experiencia ha sido aterradora, también me ha recordado la importancia de mantenerme firme y proteger mi mente de las influencias negativas. Estoy determinado a enfrentar cualquier desafío que se presente en mi camino y a permanecer en control de mis pensamientos y acciones.

Entre la música suave, de repente una voz gutural irrumpe en los altavoces. La frase resonante llena el espacio, enviando un escalofrío por mi espalda. La combinación de la voz y la risa siniestra crea una atmósfera inquietante que parece envolverme por completo.

Siento cómo la sorpresa se apodera de mí, y mis manos se tensan en el volante. La voz, llena de malicia y arrogancia, parece susurrar palabras de amenaza y advertencia. Cada palabra pronunciada aumenta mi intranquilidad y me recuerda el peligro que acecha.

Intento encontrar una explicación racional, revisando los controles de la radio una vez más. Pero todo parece estar en orden. La voz gutural continúa resonando, burlándose de mi impotencia y recordándome que mi escape es solo temporal.

Una mezcla de miedo y determinación se apodera de mí. No permitiré que esta voz aterradora tome el control sobre mí. Aunque mi corazón late rápidamente, me obligo a mantener la calma y la compostura.

Concentro toda mi energía en bloquear la voz y su influencia perturbadora. Me repito a mí mismo que soy más fuerte de lo que parece, y que no permitiré que esta oscuridad me consuma... Con cada fibra de mi ser, me resisto a la influencia maligna que intenta

aprimionarme. Cierro los ojos y me sumerjo en una profunda meditaci3n, buscando mi fuerza interior. Visualizo una luz brillante y poderosa que me envuelve, protegiéndome de las sombras que intentan atraparme.

A medida que mi determinaci3n se fortalece, la voz gutural se va desvaneciendo gradualmente. La m3sica infernal se transforma en una melodía suave y reconfortante, como si mi mente estuviera recuperando el control.

Con cada respiraci3n, siento c3mo mi ser se libera de la opresi3n. Me repito a m3 mismo que soy el dueño de mi destino, que tengo el poder de elegir mi camino y resistir cualquier tentaci3n maligna.

De repente, un destello de luz atraviesa el interior del coche, dispersando la oscuridad por completo. La voz gutural se desvanece por completo, y una sensaci3n de paz y liberaci3n llena el espacio.

Abro los ojos y me encuentro de nuevo en la realidad, en mi coche, rodeado de silencio. La m3sica suave sigue sonando. Respiro profundamente, sintiendo c3mo la tranquilidad y la fortaleza se apoderan de m3. He vencido a la oscuridad, he encontrado la fuerza para resistir y mantenerme fiel a m3 mismo.

A partir de este momento, sé que debo estar alerta y protegerme de las tentaciones que puedan surgir en mi camino. La lucha contra el mal es constante, pero ahora sé que tengo el poder para enfrentarla y superarla.

Aumento el volumen de la m3sica suave, tratando de contrarrestar el impacto de la voz gutural. Me enfoco en la melodía tranquilizadora y trato de encontrar paz en su ritmo reconfortante. Cierro los ojos por un instante, permitiendo que la m3sica me envuelva y me lleve a un lugar de serenidad.

Poco a poco, la voz gutural se desvanece en el fondo, perdiendo su fuerza y presencia. A medida que la m3sica suave llena el espacio, siento c3mo la tensi3n se disipa y mi mente se aclara.

Respiro profundamente, liberando las últimas huellas del miedo. Aunque la voz gutural todav3a resuena en mis o3dos, estoy determinado a no dejar que me afecte. Sé que tarde o temprano, superaré esta oscuridad y encontraré la paz y la seguridad que busco.

Continúo, manteniendo la guardia alta y consciente de que esta experiencia me ha recordado la importancia de proteger mi mente y mantenerme fuerte ante las adversidades. Aunque la voz gutural haya dejado su marca, sé que tengo el poder de elegir c3mo responder y qu3 influencias permitir en mi vida.

El semáforo continúa en rojo, y estoy decidido a enfrentar cualquier desafío con valentía y determinaci3n. Aunque las sombras acechen, me aferraré a la luz y seguiré adelante, confiando en mi capacidad para superar cualquier obstáculo que se interponga en mi camino...

SEGUNDO 30

Por fin el semáforo de los peatones parpadea, en cuestión de 3 segundos el color rojo cambiará a verde. Los motores rugen y parece una salida de Fórmula 1. Todos nos aferramos a los volantes como si nos los fueran a quitar. Uno, dos y tres, allá vamos, quemando gasolina. Algunos peatones rezagados apuran para que no los atropellemos. Ni viejos ni niños, el color manda y desgraciado aquel que se despiste.

Por fin llego a mi puesto de trabajo, es todavía una hora prudente, ni demasiado tarde ni demasiado temprano. Me siento desconcertado mientras camino por el pasillo hacia mi puesto de trabajo. Todos parecen estar absortos en sus propias tareas, sin levantar la mirada ni siquiera por un segundo. Saludo a mis compañeros con entusiasmo, pero mi voz se pierde en el aire, como si fuera inaudible para ellos.

Intento entablar conversaciones, hacer comentarios o simplemente captar su atención, pero todo es en vano. Mis palabras parecen desvanecerse en el vacío, sin despertar el más mínimo interés. Es como si fuera invisible, un mero espectador en este mundo laboral.

La sensación de soledad y exclusión me envuelve, y comienzo a cuestionarme si algo anda mal. ¿Por qué nadie me mira ni me presta atención? ¿Acaso he perdido mi lugar en este ambiente laboral? La confusión y la frustración se apoderan de mí.

Trato de mantener la compostura y continuar con mis tareas, pero la sensación de invisibilidad persiste. Me pregunto si mis logros y contribuciones son realmente reconocidos o si simplemente me he convertido en una sombra en este entorno.

Enfrento el desafío de mantener la motivación y el compromiso en un lugar donde parece que no existo. Me pregunto si debo esforzarme aún más, si debo buscar formas de destacar y hacerme notar. Sin embargo, la sensación de ser invisible puede resultar desalentadora y agotadora.

A medida que el día avanza, trato de encontrar respuestas y soluciones. Tal vez sea el momento de hablar con mi supervisor, de expresar mis inquietudes y buscar una mayor interacción con mis compañeros. Tal vez haya algo que se me escapa, algo que pueda cambiar esta situación.

Pero por ahora, sigo adelante con la esperanza de que esta sensación de invisibilidad sea solo temporal. Mantengo mi compromiso y mi determinación, recordando que mi valía y mi contribución van más allá de la atención que reciba de los demás.

Quizás, en el trasfondo de esta aparente invisibilidad, encuentre la oportunidad de desarrollarme y crecer como profesional. Quizás aprenda a valorarme más por mí mismo y no depender tanto de la validación externa.

Así que continúo con mi trabajo, consciente de que, aunque parezca invisible para los demás, mi presencia y mi labor siguen siendo importantes. Me esfuerzo por hacer lo mejor que puedo y confío en que, con el tiempo, mi voz será escuchada y mi labor reconocida.

Cansado de que nadie me hace el menor caso, me voy a mi casa, dando un portazo tan

fuerte que el cuadro que está al lado de la puerta se cae. Nadie oye el fuerte ruido, pero veo cómo recogen el cuadro y lo vuelven a poner en su sitio.

Aquello me plantea varias preguntas, pero lo achaco a lo poco simpático que siempre he resultado hacia los demás. Llego a mi casa y me encuentro con la misma situación, todos me ignoran como si no estuviera presente.

El sentimiento de desolación y soledad se apodera de mí mientras observo a mi alrededor. Intento entablar conversación con mi familia, pero mis palabras se pierden en el vacío. Parece como si hubiera desaparecido de sus vidas, como si fuera un espectro sin existencia.

Me siento abrumado por la tristeza y la confusión. ¿Qué ha sucedido para que todos me ignoren de esta manera? ¿Acaso he hecho algo para merecer este tratamiento? Me cuestiono una y otra vez, buscando respuestas que parecen esquivarme.

Intento llamar la atención de mis seres queridos, pero mis esfuerzos son en vano. Grito, golpeo objetos, pero mi presencia sigue siendo invisible para ellos. Me invade una sensación de impotencia y desesperación, como si estuviera atrapado en un oscuro abismo del que no puedo escapar.

El mundo que conocía ha perdido todo sentido. Me siento como un extraño en mi propio hogar, una sombra que pasa desapercibida. Las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos mientras me sumerjo en la más profunda tristeza.

¿Cómo he llegado a este punto? ¿Qué puedo hacer para recuperar mi lugar en la vida de aquellos que amo? Las interrogantes me atormentan, pero no encuentro respuestas. Me siento perdido, abandonado en un universo indiferente.

La noche cae y me encuentro solo en mi habitación. Miro al espejo y apenas reconozco al reflejo que me devuelve la mirada. Mi imagen parece desvanecerse, como si mi existencia estuviera desapareciendo junto con la atención de los demás.

Enfrento una dura realidad: la invisibilidad ha invadido mi vida y no sé cómo combatirla. Me sumerjo en un mar de incertidumbre, esperando que algún día, de alguna manera, recupere mi lugar en el mundo y vuelva a ser visto y valorado por aquellos que me rodean.

Mis palabras se pierden en el aire mientras mi voz apenas es un susurro en medio de la habitación. Mi esposa continúa llorando, sumida en sus recuerdos y ajena a mi presencia. Me acerco lentamente, tratando de tocar su hombro, pero mi mano atraviesa su figura como si fuera una ilusión.

El dolor se apodera de mi corazón al darme cuenta de que mi cercanía no la reconforta. No puedo consolarla, no puedo secar sus lágrimas. Siento un profundo vacío al saber que estoy tan cerca y, a la vez, tan distante de ella.

Observo con tristeza cómo se aferra al álbum de fotos, reviviendo aquellos momentos de felicidad que compartimos juntos. Quisiera poder abrazarla, susurrarle al oído que estoy aquí, pero mis palabras se pierden en el eco del silencio.

Mi amor por ella es inmenso, pero mi invisibilidad me separa de su mundo emocional. Me siento impotente y desgarrado, deseando desesperadamente que algo o alguien pueda romper este hechizo que me ha convertido en un espectador invisible de mi propia vida.

Me mantengo a su lado, observando su dolor y compartiendo en silencio su llanto. Aunque no puedo ofrecerle consuelo físico, mi amor y mi presencia siguen siendo reales. Quizás, algún día, encuentre una manera de romper esta barrera invisible y hacerme visible nuevamente para aquellos que amo.

En tanto, continúo enfrentando mi realidad con valentía, esperando que la fuerza de mi amor y la perseverancia puedan finalmente restaurar nuestra conexión perdida y traerme de vuelta a la luz de su mirada.

Con determinación, me acerco al perro que ha despertado mi atención. Me agacho y le extiendo la mano, esperando establecer algún tipo de conexión con él. El perro me observa con curiosidad y, de repente, parece captar mi presencia invisible. Empieza a olfatear el aire a mi alrededor y sus ladridos se vuelven más intensos.

La familia, intrigada por el comportamiento del perro, se acerca para ver qué ocurre. Aprovecho esta oportunidad y trato de enviarles señales de que estoy presente. Concentro toda mi energía en transmitirles mi amor, mi tranquilidad y mi deseo de hacerles saber que estoy bien.

El ambiente se llena de una extraña calma mientras mis pensamientos se dirigen a ellos con fuerza. Siento como si mis palabras flotaran en el aire, buscando una forma de llegar a sus corazones. Espero ansiosamente alguna señal de que me han escuchado.

De repente, mi esposa levanta la mirada y sus ojos se encuentran con los míos, aunque invisibles. Puedo ver la sorpresa y el asombro en su rostro. Un brillo de esperanza aparece en sus ojos, como si hubiera captado algo que va más allá de lo tangible.

Lentamente, se acerca hacia el lugar donde estoy y extiende su mano en el mismo punto en el que yo me encuentro. Un escalofrío recorre mi ser mientras nuestras manos se rozan en un gesto de conexión invisible. Puedo sentir su calor, su amor y su aceptación.

Mis hijos, cautivados por la situación, también se acercan con curiosidad y respeto. El perro, que antes ladraba sin cesar, se queda en silencio y observa con atención lo que está sucediendo.

En ese momento, en medio de la incertidumbre y la invisible comunicación, logro transmitirles un mensaje en sus corazones. Les digo que estoy bien, que, a pesar de mi invisibilidad, sigo estando presente y los amo más que nunca. Les pido que sigan adelante, que encuentren la fuerza para superar mi ausencia física y que siempre me lleven en su corazón.

La emoción se apodera de todos y las lágrimas comienzan a brotar. Aunque no pueden verme, sienten mi amor y mi presencia de una manera profunda y genuina.

En ese momento, la luz de la esperanza brilla intensamente en nuestras vidas. Aunque mi forma física pueda estar ausente, mi espíritu perdura en cada uno de ellos. Juntos, encontraremos la manera de atravesar esta prueba y mantener vivo el vínculo que nos une.

Así, en medio de la incertidumbre y la invisibilidad, descubrimos que el amor trasciende las barreras físicas y nos une en un lazo eterno.

Al momento, una luz lo invade todo, no molesta a la vista. Desde el fondo, un ser aparece delante de mí, irradiando bondad y amor en su esencia. Su presencia me llena de serenidad y paz interior, como si estuviera envuelto en un abrazo cálido y reconfor-

tante. Contemplo al ser de bondad que se presenta ante mí, lleno de serenidad y paz. Su presencia irradia una energía reconfortante que parece envolverme por completo. Sin embargo, la idea de separarme de mi amada familia y dejarlos atrás me atormenta.

Mis pensamientos se agitan en una lucha interna mientras el ser continúa insistiendo, invitándome a seguirlo por un camino desconocido. Sé en lo más profundo de mí que esta decisión determinará mi destino, pero la perspectiva de dejar a mi familia atrás me llena de angustia y dudas.

Me acerco lentamente hacia mi esposa, quien me mira con ojos llenos de comprensión. Ella parece entender el conflicto que me consume y me transmite un amor incondicional, alentándome a seguir el llamado del ser de bondad.

Mis hijos, aunque jóvenes, también me transmiten su apoyo y confianza. Sus miradas, llenas de valentía y entendimiento, me impulsan a tomar una decisión que trasciende mi propio miedo y apego.

Finalmente, con el corazón lleno de amor y gratitud hacia mi familia, tomo una difícil pero necesaria elección. Me despido con un beso en la mejilla de cada uno, prometiéndoles que siempre estaré con ellos, incluso en la distancia.

Me giro hacia el ser de bondad y, con determinación, le digo que estoy listo para seguirlo en este nuevo camino. La luz que nos envuelve se hace más brillante y cálida, acogiendo mi espíritu con amor y aceptación.

Mientras me alejo de mi hogar, siento una profunda tristeza, pero también una profunda certeza de que mi amor y mi conexión con mi familia trascenderán cualquier barrera física. Aunque esté separado de ellos en el plano terrenal, mi presencia y mi amor los acompañarán siempre.

Confío en que el ser de bondad me guiará hacia un destino en el que encontraré paz y cumpliré un propósito más grande. Agradezco el tiempo que he compartido con mi familia y me llevo sus recuerdos y enseñanzas en lo más profundo de mí.

Así, con la esperanza en el corazón y la certeza de que el amor trasciende las distancias, me aventuro en un nuevo capítulo de mi existencia, confiando en que mi familia y yo nos encontraremos nuevamente en algún lugar más allá de lo visible.

EPILOGO

A las afueras de la ciudad se encuentra un recinto apartado de todos, un lugar destinado a ser una casa de reposo. En el tranquilo jardín de este recinto se encuentran varios pacientes junto a sus dedicadas cuidadoras.

«Así, con la esperanza en el corazón y la certeza de que el amor trasciende las distancias, me aventuro en un nuevo capítulo de mi existencia, confiando en que mi familia y yo nos encontraremos nuevamente en algún lugar más allá de lo visible».

—Y fin. —afirma la cuidadora mientras cierra el libro— ¿Te ha gustado? —pregunta con curiosidad. El hombre, sentado en una silla de ruedas, le sonríe con una expresión grotesca, dejando escapar un hilillo de baba de su boca. La cuidadora rápidamente se apresura a limpiarlo.

—¿Qué le ha pasado a este hombre?, —le pregunta una compañera con preocupación en su voz. La cuidadora suspira y asiente, preparándose para compartir la triste historia.

—Este hombre viene del hospital, donde estuvo siendo atendido en urgencias, —comienza la cuidadora—. Sus compañeros de trabajo notaron un comportamiento inusual en él. Llegó tarde y cuando le preguntaron qué le había sucedido, los ignoró por completo. Parecía estar en otro mundo, en otra dimensión, como si estuviera desconectado de la realidad, similar a un autista".

—A mitad de la jornada, empezó a hablar solo, mostrando signos de enojo. Sin decir nada a nadie, se marchó a su casa, —continúa la cuidadora—. Sus superiores y compañeros se preocuparon y decidieron contactar a su familia. Al llegar a su casa, su comportamiento seguía siendo el mismo: distante, ajeno a lo que sucedía a su alrededor y sin responder a las preguntas de su esposa e hijos".

—Viendo la gravedad de su estado, su esposa decidió contactar a las autoridades sanitarias para buscar ayuda. Desafortunadamente, su condición se ha vuelto permanente y ahora pasa sus días aquí con nosotros, —concluye la cuidadora con pesar.

La compañera mira al hombre con compasión, reflexionando sobre la fragilidad de la mente humana y los misterios que pueden llevar a una persona a un estado tan desesperado.

—Es triste pensar en cómo es la vida y puede cambiar en un instante, ¿verdad? —comenta la compañera con una mirada melancólica.

La cuidadora asiente, sintiendo la carga emocional de su trabajo y la importancia de brindar apoyo y cuidado a aquellos que lo necesitan.

—Es por eso es por lo que estamos aquí, para ofrecerles un poco de consuelo y compañía en medio de sus dificultades. Aunque no podamos cambiar su situación, podemos hacer que se sientan amados y comprendidos —responde con sinceridad.

Ambas cuidadoras comparten un momento de silencio mientras observan al hombre en la silla de ruedas, perdido en sus propios pensamientos. Aunque su pasado y su presente sean un misterio, lo más importante es que están ahí para acompañarlo en su presente y brindarle un poco de alivio en su camino.

La compañera, intrigada por la situación del hombre en silla de ruedas, continúa su interrogatorio y señala el libro que la cuidadora tenía en sus manos.

—Por cierto, ¿qué libro le estabas leyendo?, —pregunta la compañera mientras señala el libro que la cuidadora acaba de cerrar.

La cuidadora mira el libro por un momento, sintiendo una ligera incomodidad al recordar su contenido, pero decide compartir la información.

—Aunque él no respondía ni parecía prestar atención, esperaba que, en algún lugar dentro de su mente, hubiera algún destello de reconocimiento, —añade la cuidadora con una mirada pensativa.

La compañera asiente, comprendiendo el esfuerzo de la cuidadora por tratar de establecer un vínculo con el hombre a través de la lectura. Ambas mujeres comparten un momento de silencio, reflexionando sobre la complejidad de la situación y la importancia de encontrar formas de conexión y compasión hacia aquellos que atraviesan por momentos difíciles en sus vidas.

La historia de este hombre no solo revela su propia lucha personal, sino también la dedicación y la empatía de las personas que lo rodean, como la cuidadora y su compañera, que buscan comprender y ayudar en la medida de lo posible. A través de pequeños gestos y acciones, intentan romper las barreras que lo separan de su entorno y brindarle la atención y el cuidado que necesita.

La cuidadora mira sorprendida a su compañera cuando menciona el título del libro: "30 Segundos". Sus ojos se llenan de curiosidad y comprensión mientras asimila la revelación.

—¿Entonces me dices qué, él mismo escribió ese libro, —pregunta la cuidadora con asombro, buscando confirmación.

La compañera asiente con solemnidad. —Sí, su esposa me contó que antes de perder la cordura, él escribió ese libro. Parece que intentaba capturar algo importante en esas páginas, quizás una parte de su propia historia o una experiencia significativa. —La cuidadora se siente intrigada y conmovida por la idea de que el libro podría contener pistas sobre el pasado del hombre y las razones detrás de su estado actual.

—Espero que este libro sea una llave para desentrañar los misterios que lo rodean, —dice la cuidadora con determinación—. Quizás al leerlo en voz alta o examinarlo más detenidamente, podamos descubrir pistas que nos ayuden a entender su situación y brindarle el apoyo adecuado. —Ambas mujeres se sumergen en una conversación llena de especulaciones sobre el contenido del libro y su posible relación con la condición del hombre. La cuidadora siente una mezcla de esperanza y responsabilidad, decidida a explorar el libro en busca de respuestas y, al mismo tiempo, consciente de que el camino hacia la comprensión total podría ser largo y desafiante.

FIN.